

UNIVERSIDAD

MENSUAL

DE CULTURA

POPULAR

MAYO DE 1936

UNIVERSIDAD

MENSUAL DE CULTURA POPULAR

DIRECTOR: ABOG. MIGUEL N. LIRA

SUMARIO

De la Nueva Universidad,
PROF. AURELIO MANRIQUE, JR.

Recado sobre Victoria Kent,
GABRIELA MISTRAL.

En Torno al Romanticismo.—El Drama,
ARTURO TORRES RIOSECO.

Organismos Simbióticos.
PROF. DEMETRIO SOKOLOFF.

La Hora de Don Juan,
JULIO JIMENEZ RUEDA.

Diálogo con Martín Luis Guzmán,
RAFAEL HELIODORO VALLE.

Décima de Olvido,
MIGUEL N. LIRA.

Sociología de la Obligación Moral,
SAMUEL RAMOS.

Muerte y Supervivencia de la Nueva España,
SALVADOR TOSCANO.

"Gambusino",
RUBEN SALAZAR MALLÉN.

Mañanas,
FRANCISCO GONZALEZ LEON.

¿Cuál es la Educación más Valiosa?
WILL DURANT.

Tres Libros.

Notas.

Oleos y Acuarelas,
FERMIN REVUELTAS.

Esculturas,
MARDONIO MAGAÑA.

EL GRANO EN LA ESPIGA.

M A Y O

NUMERO 4

TOMO I



VIAJIE

por

AIRIE



EXPEDITARA SUS
NEGOCIOS
Y AHORRARA
TIEMPO
Y DINERO

**CIA. MEXICANA DE
AVIACION, S. A.**

AGENTES DEL SISTEMA
"PAN AMERICAN AIRWAYS"

OFICINAS DE PASAJES
Y EXPRESS AEREO

AV MADERO Y
FILOMENO MATA

PAA

MEXICO, D.F.



VIAJE

AIRLINE



EXPEDITIVA SUS
NEGOCIOS
Y AHORRA
TIEMPO
Y DINERO

PARA NUESTROS AVIONES NO EXISTE LA DISTANCIA

COMPAÑIA MEXICANA DE
AVIACION S.A.

AGENTES DEL SISTEMA
PAN AMERICAN AIRWAYS

OFICINAS DE PASAJES
Y EXPRESS AEREO

AVIACION
MEXICANA



PAA

MEXICO, D.F.



AMAURY MUÑOZ

VULCANIZADORA PACKARD Y ANEXO

LA MAS MODERNA RENOVADORA

I Renueve sus llantas garantizándole que le darán el mismo servicio que le dieron las nuevas hasta el momento que las mandó usted renovar.

HECHOS, NO RAZONES!!

IMPORTADOR DE
ACCESORIOS,
REFACCIONES
Y NOVEDADES

DISTRIBUIDOR DE LAS FAMOSAS LLANTAS
Y CAMARAS

GOODRICH EUZKADI

Tel. Ericsson 3-15-97 Tel. Mexicana L-19-54

ATENAS NUM. 10. MEXICO, D. F.

PISOS CASTELAN

PULIMOS, ENCERAMOS, BARNIZAMOS

NUESTRA EXPERIENCIA Y BUENA VOLUNTAD

A SUS ORDENES

20 AÑOS DE SERVIR
ESTRICTAMENTE AL PUBLICO

SOLO USAMOS
MATERIALES DE PRIMERA

VENUSTIANO CARRANZA NUMERO 5

ERIC. 2-88-07 Y 2-81-06

MEXICANA L-08-20

LA CASA
HOFFMANN - PINTHER & BOSWORTH, S. A.

NUNCA HA TENIDO SURTIDO SUPERIOR EN
REACTIVOS, COLORANTES Y ESPECIALIDADES.
APARATOS, MEDIOS DE CULTIVO Y ENSERES
PARA LABORATORIOS DE PRIMER ORDEN

Visítenos en nuestro amplísimo local: 8a. calle del Artículo 123, Núm. 128
Teléfonos: Mex. L-03-73. Eric. 2-00-05 Apartado Postal, 684. México, D. F.

Eugenio Villain

1a. Motolinia 13 Apartado 1166
México, D. F.

**Instrumentos
de Cirugía**

**Muebles para Hospital
y Consultorio**

**Suturas Lukens
Bragueros y Fajas**

EL LIBRO MERCANTIL

AV. 16 DE SEPTIEMBRE NUM. 45

Papelería, Grabado en Acero,
Fábrica de Libros en Blanco,
Registradores y Pastas Eléc-
tricas. Especialidad en Libros
con Lomo Flexible. Extenso
Surtido en Artículos para Es-
critorio

**Fausto y Gutiérrez,
Sucr.**

Apartado, 1000. Tel. Eric. 2-10-13
Tel. Mex. J-05-10. México, D. F.

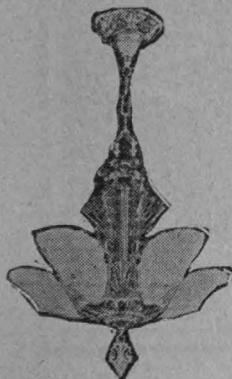
ALUMBRAMOS LA CAPITAL

CASA SUAREZ DEL REAL

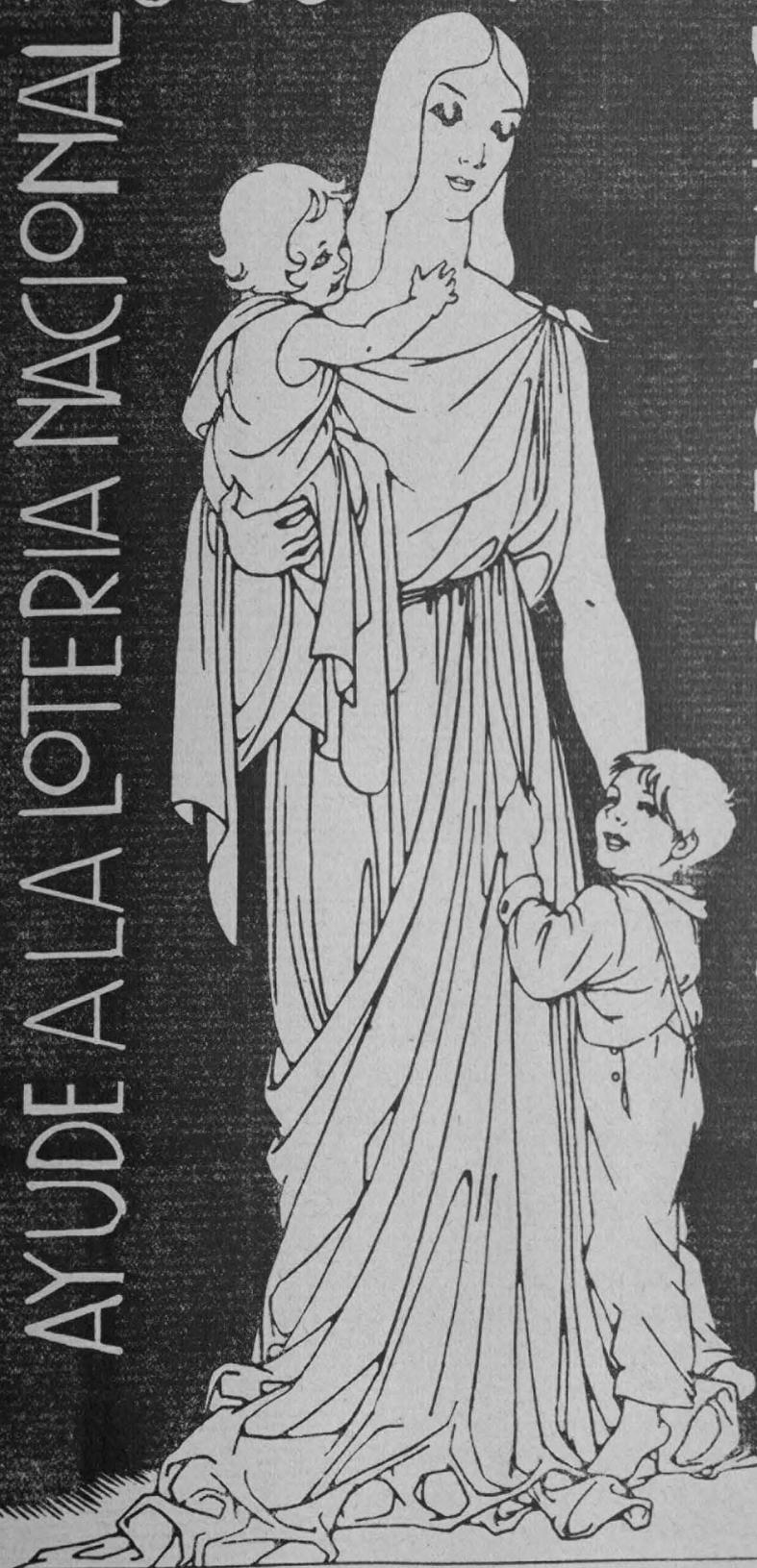
Venustiano Carranza, 39. (Antes Capuchinas)
Eric. 2-13-57. México, D. F. Apdo. 7260.

IMPORTACIONES DIRECTAS
MATERIAL ELECTRICO
CANDILES, LAMPARAS DE MESA

ARTICULOS PARA REGALO



AYUDE A LA LOTERIA NACIONAL A SOSTENER LA BENEFICENCIA PUBLICA



SAUV
PUBL. DA
- 1917

DE LA NUEVA UNIVERSIDAD

Por el Prof.

AURELIO MANRIQUE, JR.

Director de la Biblioteca
Nacional de México

SIGNO gratamente consolador, verdadera "señal de los tiempos", el escuchar a porfía, de labios de maestros y estudiantes, con enfático acento de convicción firmísima, la expresión de que la Universidad de hoy vive con vida nueva, de cómo con renovado vigor traza nuevos rumbos a la acción y al pensamiento de su época.

A fuer de observadores serenos, sentimos, claro está, la necesidad de atenuar y precisar el alcance de tales afirmaciones, recordando desde luego que no hay solución de continuidad en la historia humana y que nada surge entre los hombres por generación espontánea; que cada generación está ligada a las que la precedieron, y de ellas recibe el legado de la tradición y la experiencia, que ha de transmitir a su vez a la posteridad.

Reducida así la cuestión a justas proporciones, resulta, sin embargo, innegable que la actual generación universitaria mexicana tiene características que la definen subjetiva y objetivamente, permitiéndole destacarse con individualidad inconfundible.

Si hay un ritmo en la vida y en la historia y por él nos es dado observar cómo se suceden, alternándose, épocas de pasión e indiferencia, de egoísmo y generosidad, de sórdido cálculo reflexivo y de romántico desdén de toda ventaja material; si a las generaciones que regatean su participación en la lucha, con especiosas sofisticas razones, siguen luego otras que se prodigan hasta el sacrificio; si a las gentes que proclaman la urgencia de establecer sobre la tierra el reinado de la justicia absoluta y de la razón pura, suceden en breve aquellas que se prosternan ante el becerro de oro; si esto es verdad, en México como en otras partes, no cabe duda que asistimos a un resurgimiento de la fe, del entusiasmo, de la generosidad; a una resurrección del anhelo generoso, de la vanidad su-

perior de dejar una huella de nuestro paso por la vida; a una reviviscencia del santo impulso de acercarse a los débiles, a los ignorantes, a los desheredados y darles y compartir con ellos nuestro vigor, nuestra ciencia, nuestra riqueza.

La primera y más definida consecuencia de tal sentimiento, de tal estado de conciencia de nuestra generación universitaria; el primer rasgo que justifica con creces a quienes os hablan de una "nueva Universidad", es una clara noción de "solidaridad humana". El aislamiento egoísta y estéril de antaño, hijo de prejuicios e intereses de clase, de casta, de capilla, desaparece ante la necesidad imperiosa de participar de anhelos, de intereses, de sufrimientos comunes.

Yacen por tierra las "torres de marfil" de estetas o soñadores, ajenos al dolor y la angustia de los demás. Y "como desdeñaron a la vida, la vida los desdeña", según la justiciera expresión de la Condesa de Pardo Bazán. Es esta, querámoslo o no, la era de la vida multitudinaria, la vida del ágora y en ella hemos de participar si queremos ser hombres de nuestra época y gentes de nuestro siglo. Y si de tarde en tarde disfrutamos el goce voluptuoso de un baño de soledad ¡ay, bien sabemos que sólo nos es dado para renovar energías y reanudar con ánimo la brega! ¡El lote del guerrero es la batalla y la tumba su único descanso!

La cultura, entonces, no será más privilegio de minorías ni instrumento eficaz de opresión al servicio de los poderosos de la tierra, sino por el contrario, como debió serlo siempre, riqueza para disfrute de todos; factor de primer orden para la liberación de los esclavos y víctimas de la desigualdad, de la explotación, de la miseria; panacea para el alivio de todas las miserias y las podredumbres del cuerpo y el espíritu del hombre.

Con esta convicción inquebrantable, el universitario, que ya sólo busca el aislamiento y la soledad para sus horas fecundas de meditación y estudio, siente el impulso irrefrenable de compartir con los menos afortunados el tesoro de su cultura, de su saber, "la única riqueza que no mengua al repartirse". Y realiza así el ideal de "poner la cultura al servicio de la humanidad", "la Universidad al servicio del pueblo".

Así se explican, ya en el terreno de las realidades objetivas, los Centros Obreros fundados por la Universidad en las grandes barriadas populares de nuestra metrópoli;

las brigadas estudiantiles que recorren los poblados campesinos circundantes, llevando por dondequier un mensaje animoso y jovial; así ese otro esfuerzo, serio y disciplinado de investigación y estudio con finalidades prácticas, que en los últimos meses viene desarrollando una Misión Universitaria en una de las zonas de nuestro país (la del Valle del Mezquital, en el Estado de Hidalgo), que menos beneficios ha recibido nunca de gobiernos y clases directoras de nuestro atormentado país.

Pero nutrirse en las aulas de nobles idealidades y volver en seguida la vista a nuestra realidad ambiente, comprobando sus miserias, sus dolores, sus seculares injusticias, ha de llevar a los jóvenes, no a la amarga conclusión de la esterilidad de todo esfuerzo sino a la decisión heroica de luchar y esforzarse por corregir y rectificar las imperfecciones y los absurdos de nuestra organización. Forje, en hora buena, el espíritu generoso de estudiantes y maestros la solución ideal a los problemas humanos. Surja de las mentes limpias y brote de la razón esclarecida la "República" de Platón, la "Utopía" de Tomás Moro, la "Ciudad de Dios" de San Agustín, la "Sofocracia" de Comte, la República Socialista de Fourier o Saint-Simon o la "Sociedad sin Clases" de Marx y Lenin; que cada uno señale su propia solución al problema social de nuestros tiempos; pero que no se olvide

que nada vale confesar y reconocer que "el mundo está mal" y que hay en él dolor e injusticia, si no nos ponemos animosamente a la tarea de remediarlo.

Nada, sin embargo, podrá realizar de sólido y duradero la Universidad, si no cuenta con el respeto de propios y extraños. Hecha ya su profesión de fe, de ponerse sin reticencias ni regateos al servicio del pueblo, de donde dimana y de que forma parte ella misma, no puede, no debe, no quiere convertirse en instrumento de facción ni servir intereses de grupo. En armonía con el Poder Público, mientras éste cumpla su misión esencial de servicio colectivo, no podría, en cambio, perder la propia autonomía, para convertirse en simple órgano de aquél, cuando tanto le importa el defender celosamente su propia estabilidad y substraerse a las contingencias y los riesgos de las luchas de facción a la mexicana.

Sólo esta posición, de independencia sin aislamiento, de colaboración sin sumisión, de solidaridad en el bien sin complicidades con ningún prevaricador, podrá garantizar a la vida universitaria la condición esencial para el éxito de su misión histórica: el desarrollarse y vivir en un ambiente de SERENIDAD.

Que el hombre de facción, de capilla, de secta, mire en hora buena la vida del país tras de su vidrito de color ahumado por el pesimismo, amarillecido por envidias y rivalidades o enrojecido por el odio; que cada faccioso no abarque del conjunto sino la estrecha porción que le consienta su ventanillo; pero que todo genuino universitario, exornado y vigorizado su espíritu con esa capacidad de síntesis característica de la verdadera cultura, sepa elevarse por encima de la visión limitada o deformada por contradictorios, antagónicos intereses, hasta la cabal comprensión del panorama nacional, orientarse en medio del tumulto y la algarabía de las pasiones y marcar con índice seguro a los vacilantes y medrosos el rumbo de la lejana meta.

Acaso otros, con visión diversa de los problemas y finalidades de la educación en la hora actual, crean hallar en la Universidad obstáculo y estorbo a sus propios fines. Tal creencia sería de su exclusiva responsabilidad. Por nuestra parte, recordando la bella imagen del Evangelio, según la cual "la mies es mucha, mas los obreros pocos", no podemos dar al olvido que estamos en un país enfermo de ignorancia e incultura, con una abrumadora proporción de analfabetas e iletrados, en que todo esfuerzo encaminado a la redención por el alfabeto, por la educación, por la cultura, lejos de alarmar a nadie, debe ser bienvenido; en que toda contribución a la magna tarea ha de acogerse, antes que con hosco ánimo de rivalidad mezquina, con noble espíritu de emulación, cordial y comprensiva.

Una cosa ha de defender la Universidad, por encima de todo, si en verdad la inspira el alto propósito de renovarse y contribuir a la renovación de México: sus valores morales; su decoro, su libertad, su pureza, su desinterés frente a los halagos de los prevaricadores del poder o del dinero, su desdén frente a las asechanzas y las insidias de gratuitos enemigos. Cumpla animosamente cada uno, sin regateos ni cobardías, con su deber y reclame su porción de sacrificio y el noble país nuestro, nuestro pobre pueblo enfermo de miedo y pesimismo, a fuerza de ser víctima de engaño, sentirá encenderse en su espíritu una firme esperanza, al escuchar a lo lejos, vibrante y jubilosa como una clarinada de combate, la palabra de aliento de la NUEVA UNIVERSIDAD.

RECADO SOBRE VICTORIA KENT

P o r

G A B R I E L A M I S T R A L

GABRIELA MISTRAL, maestra excepcional, cuya vida de idealidad y abnegaciones, resuma, cual un agua fresca y pura, a través de su prosa y de sus versos, que tienen siempre un sabor de tierra próspera. Las figuras y los paisajes que caen bajo su hondo mirar, adquieren bíblica gravedad y gracia. Aquí la vemos asomada entrañablemente a las palpitaciones de la España moderna.

UNA INDOLE

VICTORIA Kent es una malagueña de media raza inglesa. Las dos franjas de sangre corren y se expresan en su carácter. Lleva de la mediterránea los óleos humanos que regara Roma en cada lugar en que se retardó creando una convivencia; lleva de anglo-sajona el sentido del aseo del mundo por la organización del trabajo colectivo y de la vida individual.

Su formación fue la comun de la niña que aparece bien dotada en la escuela secundaria de la provincia. Después de su bachillerato pasó a la capital que, buena pulidora en su colegio especializado, "doma, tornea y lustra". Vino de su Málaga amasada por esos escultores ligeros y fuertes que se llaman luz y olas. Castilla tal vez haya cumplido en ella el trabajo que le atribuyen de estilización o rubricación de la criatura española. Victoria Kent hace visible en su vida un estilo, y ese es el de la escuela hispana del futuro: una eficacia aliada a la fineza; una profundidad antigua vetada de una modernidad expurgada.

Alta, sólida sin pesadez, la talla sajona y el rostro latino, la voz grave, que va bien con su alegato austero en el tribunal; la conversación en bloques netos de conceptos, y nunca divagadora. Su persona exhala una dignidad exenta de arrogancia. No es la pechi-erguida, según llaman los españoles a la soberbia, aunque su autoridad fuerte arrastra a las mujeres detrás de ella hacia las faenas sociales. Quisiera saber cómo se llamaría en física la condición de los cuerpos graves que no son extáticos pero que se agitan raramente, y me gustaría saber también cuáles son las materias que, sin ser neutras, sino bastante individualizadas, influyen en sus semejantes y en sus opuestos. La fórmula de Victoria Kent andaría entre ese dechado de la física y este otro de laboratorio industrial.

De tarde en tarde se bendice la condición humana, cuando cae a las manos en un ejemplar cumplido; se olvida de un golpe el fracaso conocido sobre los muchos que viven a cien jornadas de la ecuación hombre o mujer de las épocas clásicas. Saludamos aquello como el éxito completo tras del cual se corrió mucho, cansándose primero y al final encolerizándose. Y se emplean algunas semanas en averiguarse al individuo con curiosidad bien dichosa.

FEMINISMO

Hay en los gremios profesionales de mujeres, las que atraen por el temperamento mejor que por la ideología; hay otras a las cuales la técnica conquistada del oficio ha endurecido como una intemperie marina; y hay el género más común en el feminismo; el que se bate a pura sentimentalidad en una liza donde sobren las lágrimas. Es raro de disfrutar en la masa de las sufragistas el caso de la conciencia lisa y llana. Parece que seamos las mujeres insinuaciones apenas apuntadas, hoces de luna nueva de una conciencia profesional o política. Pide ésta una larga escalera de estratos morales, y los cuajaremos en el porvenir, pero tan lenta camina la operación como van rápidas nuestras emancipaciones... El desequilibrio inquieta y con harta razón.

No me fiaría para entregarle la suerte de mi pueblo a "la temperamental" arrebatada que he dicho; ni haría camino muy largo al lado de la criatura minerviana, salida del seso de Júpiter y vaciada de entraña emocional. En cuanto a las emotivas, que en vez de hacer música se han puesto a hacer política, éstas suelen cansar con su ignorancia garrula. Pondría, eso sí, cualquier causa personal o gremial en las manos de una Victoria Kent de conciencia cenital, como de cuantas caen dentro de su familia o su orden.

POLÍTICA

Llevaron a las Cortes Constituyentes a Victoria Kent unos electores que conocían la trayectoria de su vida, servicial y recta como una estrada romana, y allí estuvo haciendo, y no luciendo, durante dos años, en los debates. La seriedad de su carácter la conduce a repugnar desde la retórica de los frondosos hasta el cubileteo de los ladinos. Donde hay industria activa sobre la cual poner la mano, realizando el bien para la colectividad, ella toma su sitio. Desprovista en cuanto a medio sajona de la piel de raso que son nuestras vanidades, estará allí trabajando sin énfasis, sentada en la zona donde el ingenio vicioso espejea menos y no atrae a los novedosos y noveleros.

LA PENALISTA

La República la colocó desde sus comienzos en un cargo desde el cual diese la medida de su energía y la nobleza de su cultura penal: le entregó la jefatura de las cárceles españolas.

Ella llevaba consigo esa materia en todo tiempo peligrosa—dinamita para los flacos de ánimo y para los aceptadores de su mal—que llaman con palabra desacreditada “ideales”. Una pasión real del derecho le hizo seguir la abogacía; luego, sus años de un bufete, asomado a diario a las cárceles—¡y qué cárceles!—la había cargado de experiencia. Contra la costumbre del criminalista teórico, ella se sintió llamada a realizar en el cargo cuanto planeó durante su vida: la reforma de los servicios carcelarios, ni más ni menos.

Realizó en catorce meses lo que es dable hacer en campo de calamidad tan dilatado, guerreando día a día con la vieja poltrona que es la costumbre perversa. Sus golpes de azada al régimen penitenciario fueron los siguientes: Aumentó la ración alimenticia a los presos: el que castiga, a lo menos ha de alimentar. Duplicó las provisiones de coberturas, pensando en que se hiela el que está quieto como un banco. Dió la orden, que azoraría a los jefes, de la recogida de las cadenas y grillos en las celdas de castigo. El dato pone no sé qué calofrío: mandó fundir los objetos infames para sacar de ellos el hierro, que bastó para el monumento a Concepción Arenal. Llevó el baño y la ducha a los nuevos edificios carcelarios. Suprimió las cárceles llamadas de *partido* (de pueblos pequeños) que en varias partes existían en inefable revoltura con cuadras y... escuelas.

HEREDERA DE CONCEPCION ARENAL,

La obra en la que se daría gusto entero fue la construcción de la Nueva Cárcel de Mujeres de Madrid.

Ha contado Victoria Kent al periodista Angel Lázaro, que a lo largo de su vida, ella alimentó la idea de esta creación y que llegando a la jefatura general de prisiones se dijo como así misma y como a la otra que hay en nosotros: “Ahora hago la Cárcel de Mujeres”. Cuenta que pidió al arquitecto: “Mucha luz, toda la posible. Una casa como la que quisiese una para vivir. Luz por todo costado. Seis patios, seis terrazas y una soberana azotea general”. El amor de holgura, aseo y claridad, no se quedó en las oficinas: maravilla en la cárcel nueva, por ejemplo, la magnífica cocina. Cuarenta y cinco cuartos de baño para la pobre clientela. Setenta y cinco dormitorios independientes, una gran enfermería, un honorable salón de actos, los talleres abastecidos para el trabajo manual, la biblioteca que es para los presos la cotidiana salida al mundo; y el santo departamento para las madres delincuentes que deben criar a sus niños. (¿Han pensado los jueces hasta la última raíz del concepto en la madre *presa*, que cría y en lo que ella cría?) Faltan en la nueva cárcel las “celdas de castigo”; se han reemplazado con unas celdas de aislamiento para las reclusas rebeldes, y en ellas, la única penitencia es la separación de las compañeras. Victoria Kent ha dicho que cuando una mujer entra en esa cárcel “conocerá un choque moral desde su primera pisada, y que esa casa empujará suavemente la buena crisis de su consciencia.”

Ahí está plantada en el barrio de “Ventas” de Madrid la masa blanca albergadora de la delincuencia mujeril. Su arquitectura ostenta la dignidad de las cosas hechas para un vasto servicio social; la sencillez geométrica que ha aventado barroquismos, promete los modos judiciales de la época, ni sentimentalotes ni sargentescos. Victoria Kent ha debido probar una satisfacción profunda, mirando su sueño de media vida vuelto pasta de piedra y logro aplacador. Las delincuentes castellanas de tres centurias vivirán, gracias a ella, bajo esos techos de clemencia y detrás de esas puertas más comunicadoras que tajadoras del mundo. Santa Concepción Arenal no pudo alcanzar en su tiempo este remate de su sacro empeño. Dejó sus libros a la manera de un fermento, y en química, como en letras, las levaduras o revientan o enlindan la harina, por pesada que sea. A una distancia de cuarenta años, que pudieron ser menos, pero que no son demasiado, Santa Concepción Arenal, la gallega, gana su batalla por el brazo prestado de una mujer que comió su doctrina, en una eucaristía secreta. “Esta es mi sangre”, dice cada libro esencial a su lector pronto. Si tales hostias se comen en la adolescencia, pueden más sobre nosotros, y Victoria Kent es un caso de esas adoles-

cencias heroicas que auguran y cumplen unas mardures grandes.

Cuando le dijeron que el menester de la reforma carcelaria correspondía a varón y no a mujer, pudo contestar que manos viriles habían manejado el problema sin sacarlo de su encenagamiento en la crueldad o el abandono. Cuando la enrostraron una anarquización del servicio, pudo desplegar el cuadro que encontró y enfrentar la libertad dichosa que ella trajo con la anarquía satánica encontrada al llegar.

Ella dice: "O creemos que nuestra función sirve para modificar al delincuente o no lo creemos. En el caso de no tener esta fe, todas las mazmorras y el repertorio entero de los castigos será poco. Si tenemos, en cambio, esa fe, hay que dar al hombre, trato de hombre, no de alimaña".

Son conceptos de la mente muy lógica que ella lleva, aun cuando la elevación doctrinal de ellos la haga aparecer a los palurdos como mujer de utopías lacrimosas.

IDEOLOGIA

La teoría y la conducta política de Victoria Kent se resuelve en un ángulo formado de una democracia corajuda que acepta el socialismo y de una fórmula de realización que suaviza por medio de una densa cultura la realización de esa democracia subida. En este como en otros puntos, camina con el equipo de las intelectuales españolas. Su espíritu de solidaridad parece que sea uno de sus atributos sajones más nobles: ella escoge parsimoniosamente el grupo humano con el cual se funde y al que no abandona por la pequeña desidencia de ayer o de mañana.

Admirable parece también su tino en Parlamento y Asamblea; se podría sacar de sus discursos una pequeña antología de pensamiento social y de táctica política, que podía llamarse: "Breviario de la Sabiduría política feminista para el uso de mujeres latinas".

Es de estimar en la literatura política de Victoria Kent la ausencia de cualquier forma de demagogia. Pudor escaso en la casta política, cuyo menester es el batir a las multitudes como a clara de huevo, pudor de líder de altura, delicadeza doblada por la condición mujeril. Nos sabemos la facilidad con que las feministas caen de bruces en la demagogia, a causa de nuestro terremoto pasional y de nuestro apetito de éxito inmediatos.

Algunas lectoras podrían sacar malamente de este acápite la conclusión de que Victoria Kent es una diputada Centro-Derecha, Centro-Moroso o Centro-Cómodo, y se equivocarían porque Victoria Kent es mujer de izquierda y de un doctrinarismo diamantino por su terca firmeza. Es

probable que en nación de justicia-social lograda, no fundase con sus amigos un partido radical-socialista; pero en la España que tiene por labrar los surcos, tan anchos como ella misma, del bienestar obrero y campesino, ni Victoria Kent ni otra criatura de su probidad podía elegir otro camino que el de una evolución social a marchas forzadas. La desorganización de los pueblos llamados hispánicos le golpea en las potencias con látigo herrado; el hambre de Castilla y de Andalucía le castiga los sentidos cuando camina sobre el pecho o la extremidad de la Península.

SUFRAGIO FEMENINO

Victoria Kent combatió en las Constituyentes el voto femenino, acarreándose con ello la hostilidad de los grupos sufragistas españoles y una verdadera explosión de los feminismos extranjeros más fogosos; una mujer, y además una diputada, quería rehusar el voto a sus hermanas.

Ella no negaba, ni siquiera discutía, el derecho a voto de las mujeres. Pensamiento tan escrupuloso como el suyo no puede nutrir el concepto de un electorado eterno de hombres. Una mujer que ha hecho la jornada dantesca por los infiernos de este mundo que se llaman niñez proletaria abandonada y niñez rural, y que se llaman, además, problemas judiciales y trabajo femenino pagados con salarios de hambre, tiene que pensar en la creación de otra sensibilidad en el Estado entero, menester que cumplirá la única que trae unas manos puras y una consciencia no relajada a las legislaturas.

De puro fiel a sí misma y a la mujer en general, ella tenía en este trance "ojos para ver y oídos para oír". Se conocía la ignorancia de la masa femenina votante y pedía a las Cortes una pausa larga para la preparación del electorado mujeril. Victoria Kent resistió la embriaguez de vino generoso o de café negro que es la demagogia sufragista sajona o latina. Ella sabe que no se trata solamente de que las mujeres votemos, sino de que no lleguemos hasta este campo tremendo del sufragio universal a duplicar el horror del voto masculino analfabeto... Arribar con mejores prendas cívicas, y a ser posible, llevando una fórmula correctora del sufragio en general, era su intención sagaz. La mera obtención del voto y la satisfacción de la vanidad del sexo, deben parecerle unas niñerías bastante atolondradas. Ha hecho la Casandra contra toda la cordialidad de su naturaleza que la lleva a las maneras suaves de convivencia, así en hogar como en asamblea. La mujer española, en gran parte, *votó contra la República que le regaló el voto, y*

esta frase ya corre acuñada llevando consigo una realidad alarmante .(1).

El tipo especial de opinión pública sin contorno acusado, que es el español, acaso salga de este mujerío votante que todavía no sabe que es lo que quiere y a donde va. Por otra parte, no son estas electoras españolas ningún fenómeno de necesidad y menos de maquiavelismo, sencillamente fueron llevadas sin tránsito a una seria función política.

UNA FRASE

He encontrado en uno de sus discursos, y como perdida, una frase de Victoria Kent, relámpago de esos que alumbran una zona del alma, y gracias a los cuales suele captarse una criatura entera. Ella habla de los sostenes morales con que cuenta para su lucha y que llegan en su correo cotidiano, y añade: "No se olvida nunca cuando un hombre o unos hombres en desgracia nos han llamado *madre*". Belleza grande de esos tres renglones que D. Miguel Unamuno comentaría sacando a la luz un género de maternidad que el mundo comienza a conocer: la maternidad de la jefe de prisiones y de hospitales, o de las veladoras de salas-cunas, y que corre

(1) Artículo escrito antes de las elecciones sorprendentes de 1936.

desde el gris desabrido de un funcionalismo laico enteco hasta una piedad patética o una mística vertiginosa.

HACER Y DESHACER

Pasó la marejada reformista del primer Parlamento y vino una mudanza visual que un óptico sabría decir: las proporciones de la faena que se iba a cumplir disminuyeron; la República habló de pronto en una lengua alguacilesca que era de paños tibios o de subterfugios. Victoria Kent no se dió por notificada de un trueque de la República española, y rehusó hacer concesiones, bajando calorías a su reforma. Había que irse, dejando los moldes abandonados a manos más consentidoras, o quedarse rompiéndolos como una alfarería fracasada en el horno.

Tiempos vendrán, o no vendrán, de reanudar el santo trabajo de la cárcel recreadora de hombres, y al revés de los apóstatas de sí mismos, ella podrá volver trayendo su plan intacto, sin averiadura ni quebrajeo, para continuarlo en el punto y la línea en que se lo interrumpieron.

Entretanto —y puede durar lo que sea el interregno—, ella da a quienes la vemos vivir de cerca o de lejos, el espectáculo lujoso— la Etica gasta en ciertos seres un verdadero lujo— de una vida apostólica, tan llana en las maneras como subida en el rigor.

EN TORNO AL ROMANTICISMO.

E L D R A M A

P o r

ARTURO TORRES RIOSECO

Publicamos la segunda parte del artículo: "En Torno al Romanticismo", iniciado en el número anterior de UNIVERSIDAD y debido a la pluma del escritor chileno Dr. ARTURO TORRES RIOSECO.

MUCHO se ha escrito acerca de las tres unidades y muchos errores han pasado desde la mente desorientada hasta el papel. Aristóteles ha sido el Pontífice infalible en estas cuestiones, y se le ha hecho responsable de ideas que nunca sostuvo. Hoy hablamos de las tres unidades de Aristóteles y si el augusto griego nos oyera no comprendería lo que queremos decir, por cuanto él nunca definió las que llamamos unidades de

tiempo y de lugar en la forma que hoy han adquirido. Para Aristóteles es requisito indispensable en la tragedia que la fábula, o el relato, desde que imita las acciones, imite una acción, y en su totalidad, y que las partes estén arregladas de tal manera que si se cambia una, o si se elimina o suprime, el conjunto necesariamente haya de cambiar y ser diferente. Porque todo lo que,

presente en la fábula, o no presente, no cause una diferencia sensible, no forma parte de ella. (1)

Lo que equivale a decir que la unidad de acción es indispensable en una tragedia perfecta por cuanto sirve para dar a la obra una forma más clara y más determinada, lo cual no significa que la tragedia deba ser esquemática ni monótona. Por lo que respecta a la magnitud de la obra.

Aristóteles trata de evitar toda clase de exageraciones, esto es, que la acción no sea ni muy larga ni muy corta, sobre lo cual, no da leyes matemáticas sino que deja al autor amplio campo de posibilidades. Lo que sí exige, es que haya suficiente espacio para el desenvolvimiento natural de la historia. El punto culminante de la tragedia debe ser el resultado lógico de la intriga sin que intervenga para nada la casualidad en el desarrollo de la misma. Todo drama debe principiar su acción en un punto bien definido y debe terminarla en otro también exactamente determinado; así que una acción completa requiere un principio y un fin naturales, sin que se haga violencia a la realidad, con una continuidad absoluta de causa y efecto. Aristóteles condena la tragedia episódica, en la cual las escenas no tienen un encadenamiento orgánico, sino que se suceden sin orden y sin propósito, tal en la obra de algunos sucesores de Sófocles. En nuestro drama español la obra de Torres Naharro (v. g. *La Soldadesca*) nos ofrece un curioso caso de desarrollo episódico en que las escenas pudieran formar sin mayor esfuerzo conjuntos completos que en la obra no tienen más relación que el capricho del autor al ponerlas en inmediata sucesión. Debe existir una completa unión en la tragedia; todos los incidentes deben estar íntimamente soldados, y esta unidad de partes se manifiesta —según Aristóteles— de dos maneras: Primera, por la trabazón causal que une las diferentes partes de la tragedia (ideas, emociones, voluntad); segunda, por el hecho de que la serie completa de acontecimientos, con todas las fuerzas morales, se dirija a un solo fin. La acción, a medida que avanza, converge a un centro, a un punto determinado. El propósito se hace más claro a cada momento; todos los efectos menores quedan subordinados al movimiento de unidad siempre en aumento. El fin y el principio están unidos con una certeza inevitable y por el fin discernimos el significado del todo. (2)

Dijimos hace poco que la Poética de Aristóteles no da reglas para las unidades de tiempo y de acción. Sólo una vez encontramos en el pre-

ceptista griego una alusión al tiempo. La tragedia tiende a desarrollarse, en lo posible, dentro de una sola revolución del sol, o a exceder este límite ligeramente. Como se ve, Aristóteles no fija una ley sino que se contenta con decirnos cómo era el teatro de su tiempo. En los primeros días de la tragedia los autores no se preocupaban de la duración de sus obras, y aún entre los mismos clásicos —Sófocles, Eurípides— hay casos en que entre escena y escena pasan meses y aún años. (3) De modo que puede decirse que aunque la tragedia trataba de limitarse a las 24 horas, las excepciones eran numerosas. La unidad de lugar no cupo en las definiciones aristotélicas. Ni una vez siquiera hace referencia a este requisito la *Poética* y su existencia se debe a la crítica del Renacimiento que la consideró como complemento de la unidad de tiempo. La tragedia griega trataba de respetar esta unidad, aunque hay numerosas excepciones al respecto. Como lo hace notar Butcher, la controversia acerca del valor de la teoría aristotélica gira alrededor de la frase: una sola revolución del sol. Los críticos italianos, españoles y franceses eran de opiniones diferentes, unos que el período era de doce horas, otros de veinticuatro. Corneille se declaró en favor de las veinticuatro horas, pero aún aceptaba treinta y hasta más. Dacier es mucho más categórico que Corneille; para él el término es de doce horas; afirma que un período de veinticuatro horas es absurdo y sólo sirve para desfigurar la realidad, para destruir la verosimilitud. La tragedia perfecta es para él aquella en que coincidan el tiempo de la acción y el de la representación; a continuación asegura —erradamente— que ésta era una ley indispensable de la tragedia clásica.

Hoy, naturalmente —y muy en especial los españoles— no comprendemos esta falta de imaginación de los poetas neoclásicos. ¿Qué necesidad hay de que la verosimilitud sea perfecta? ¿No sabemos de antemano que todo es ficticio y que sólo existe una realidad ideal que nace del contacto entre la pasión del actor y el anhelo estético del espectador? Si fuésemos al teatro a razonar, en vez de dejarnos guiar por la fuerza de nuestro sentimiento, sería necesario que la realidad y la representación coincidieran en sus más mínimos detalles, no sólo por lo que respecta al tiempo sino también a las decoraciones, ornamentos, lenguaje, etc. A este teatro que hace

(3) Butcher menciona: en *Las Eumenides* transcurren meses o años entre el comienzo de la tragedia y la escena siguiente; en el *Agamemnon* porque se suponga que no transcurren varios días entre las señales de las fogatas anunciando la caída de Troya y la vuelta de Agamemnon, la unidad de tiempo no existe. Lo mismo puede decirse de los *Suplicios* de Eurípides.

(1) *Poética*, Cap. VIII.

(2) Butcher: *Aristotle's Theory of Poetry and Fine Arts*, London, 1898. págs. 278-279.

tanto hincapié en la verosimilitud oponemos el teatro de Shakespeare, escueto pero formidable. Según las teorías de los preceptistas neo-clásicos sólo acciones de doce o veinticuatro horas debieran representarse; ¡doce horas y media— argüimos nosotros— romperían la apariencia de la realidad! En el teatro de Lope y de Calderón nadie tiene tiempo de observar ni siquiera los cambios violentos, casi absurdos.

Todo evoluciona en la vida. Religión, política, justicia, educación, industrias, ciencias, todo, sigue un progreso rectilíneo. El estancamiento es la muerte; nos lo ha dicho d'Annunzio. Sólo la literatura ha seguido bajo las supuestas reglas aristotélicas. La tragedia griega evolucionó en su época y si Eurípides ya no estaba satisfecho con los modelos antiguos ¿cómo comprender el espíritu rutinario de los preceptistas en un siglo lleno de problemas religiosos, sociales y políticos? Y sin embargo, los preceptistas no se detuvieron en la unidad de tiempo sino que inventaron la unidad de lugar que atribuyeron arbitrariamente a Aristóteles. Esta unidad había de hacer perfecta la verosimilitud porque el cambiar el lugar de las escenas significa romper la visión real de la acción, y no hay que olvidar que los espectadores deben imaginarse que están en presencia del hecho real. La escuela neoclásica no deja ni una sola ocasión para que la fantasía del espectador se remonte a regiones de armoniosa relatividad, sino que quiere que todo se verifique de acuerdo con los preceptos estrechos de la escuela. El teatro romántico vino a demostrar que la rigidez neo-clásica no era necesaria para dar la ansiada verosimilitud y que más allá de los sentidos existe el poder adivinatorio de la imaginación que, siguiendo el desarrollo lógico de una acción, no exige que ésta suceda en un cuarto, ni siquiera en una ciudad, ni aun en un país determinado. Claro está que los excesos deben evitarse para no caer en ridículo. En alguna comedia española del siglo de oro se pasa con excesiva facilidad de España a América y viceversa, pero estos cambios son notables, especialmente por ciertos errores en el desenvolvimiento de la acción y por ciertos anacronismos. Así también en un drama cuya unidad de acción no sea perfecta se notará inmediatamente el cambio brusco de edad de los caracteres, pero en un drama perfecto el héroe podrá ser introducido niño aun y morir de cien años sin que nos choque la diferencia de tiempo. Aristóteles—artista sobre todo— comprendía que la unidad de acción debía establecer cierta relación de tiempo y lugar. Los preceptistas neo-clásicos hicieron muchas veces todo lo contrario tratando de someter la unidad de acción a las otras dos. Su método era: dado

un lugar determinado (cuarto, ciudad) y un espacio de tiempo determinado (12 o 24 horas) desarrollar una acción. Si esta acción era demasiado amplia tanto peor, había que contrahacerla y forzarla dentro de los límites propuestos.

Desde la segunda mitad del siglo XVII hasta fines del siglo XVIII, estas tres unidades forman el imperativo categórico de la tragedia en casi todos los países europeos. El drama español hizo caso omiso de ellas, sin embargo, gracias al genio libérrimo de Lope de Vega y Tirso de Molina. Ambos conocían los preceptos neo-clásicos pero comprendían que el drama debe ser una manera de expresión nacional. Así decía Lope:

Quando he de escribir una comedia,
encierro los preceptos con seis llaves.

Estas tres unidades, ya en forma definida, fueron introducidas en Francia por Mairet con una comedia pastoral hoy olvidada. (4) Desde esta fecha el genio metódico, sistemático y regularizador de los franceses las aceptó como norma indiscutible, y tanto así que la palabra clasicismo parece referirse únicamente a la literatura francesa de los siglos XVII y XVIII. Así vemos que el racionalismo es lo que cuenta y la imaginación de los escritores debe someterse. Corneille luchó desesperadamente por interpretar las unidades de acuerdo con su propio temperamento y las transformó bastante. La tragedia moderna ni se preocupa ya de las unidades de tiempo y de lugar. Ahora todo depende de la maestría del poeta al concertar la unidad de acción. Ya nadie tratará de encerrar las hazañas del Cid en unas cuantas horas ni en 100 pies cuadrados de terreno.

Hemos dicho que los primeros románticos se revelaron en contra de las unidades. W. Schlegel en su famoso *Curso de Literatura Dramática* explica así su teoría del drama romántico: "El cambio de tiempo y de lugar—siempre que se represente su influencia sobre los sentimientos... El contraste de lo serio y lo cómico—siempre que conserven ambos elementos ciertas relaciones de calidad y cantidad; y por fin la combinación de diálogo y de tiradas líricas, que dan al poeta los medios necesarios de transformar más o menos sus personajes en seres poéticos, son, creo yo, en el drama romántico, no sólo simples licencias sino verdaderas bellezas. (5) E. Visconti, (6) había

(4) *Silvanise*, 1629.

(5) El drama romántico español—acaso el más romántico de Europa—puso en práctica todas las doctrinas de Schlegel. Obsérvese que Manzoni no acepta la combinación de lo serio y lo cómico y que Hugo se opone a la mezcla de prosa y verso.

(6) *Diálogo intorno alla unità di tempo e di luogo nelle opere drammatiche*. 1819.

discutido antes que Manzoni el problema de las tres unidades y se había declarado netamente romántico: (7) "Si se trata de hechos y de autoridades, yo estoy con el antiguo sistema dramático creado durante la época en que los poetas seguían libremente su inspiración natural y no las reglas impuestas arbitrariamente por los eruditos; con ese sistema al cual debe su siglo de oro el teatro español y en virtud del cual Shakespeare ha sabido crear las composiciones dramáticas más grandes de todos los tiempos... Las pasiones humanas, y por consiguiente las acciones que de ellas derivan, no nacen todas en un instante, no se desarrollan todas en unas pocas horas ni aun en un día. El cuadro de una pasión, tomada en su origen, y que muestre mediante la acción cada uno de los momentos evolutivos por los cuales se agranda, se fortifica, se apodera de toda el alma, es uno de los temas más hermosos de la poesía dramática. En resumen ¿a qué queda reducida la regla de las unidades? Nada más simple: a que el tiempo de una tragedia sea de 24 horas cuando la tragedia trate de una acción que haya podido realmente efectuarse en 24 horas, como la de *Filoctetes*; pero que el tiempo de la tragedia sea de tantos días y meses como sea necesario, cuando tenga por tema un acontecimiento que no haya podido efectuarse sino en varios días o en varios meses. Si el hecho trágico ha podido suceder en un solo lugar la escena tendrá que representar un solo lugar, pero si no ha podido suceder sino en varios lugares, habrá que cambiar el lugar de las escenas".

Un año más tarde, Manzoni publicó su célebre tragedia *Le Comte de Carmagnola*, una de las primeras obras del drama romántico europeo. En el prefacio, Manzoni expone su teoría: "Las unidades de lugar y de tiempo no son reglas fundadas en la teoría del arte, ni innatas al carácter del poema dramático, sino que se derivan de una autoridad mal interpretada y de principios arbitrarios, lo que resulta evidente cuando se estudia esta cuestión en su origen. La unidad de lugar se formó debido a que la mayor parte de las tragedias griegas imitan una acción que se verifica en un solo lugar, y al hecho de que el teatro griego haya sido tomado como modelo perpetuo y exclusivo de perfección dramática. La unidad de tiempo tiene su origen en un pasaje de Aristóteles que, como lo hace notar Schlegel, no contiene un precepto, sino la simple constatación de un hecho muy común en la tragedia helénica."

"Cuando más tarde vinieron espíritus curiosos que, sin preocuparse de las autoridades, preguntaron el por qué de estas reglas, sus defensores

no pudieron encontrar sino una razón. El espectador, dijeron, que asiste realmente a la representación de cierta acción no cree posible que las diversas partes de ella sucedan en diferentes lugares ni que duren largo tiempo, estando seguro que él no ha cambiado de lugar, y que sólo ha presenciado el espectáculo por unas pocas horas. Esta explicación se funda evidentemente en la falsa creencia de que el espectador forma parte de la acción, cuando sólo es un espíritu exterior a ella, simplemente contemplativo. La verosimilitud debe nacer de las relaciones que las diversas partes de la obra tienen entre sí y no de las relaciones entre la acción y el espectador". (8)

En seguida Manzoni afirma que las unidades no son necesarias para la verosimilitud, lo que se demuestra por el hecho de que el pueblo presencia día por día obras en las cuales no se observan las reglas y nunca deja de formarse la ilusión de la realidad. El pueblo sigue las intenciones del poeta con intuición más profunda que la gente culta, y cualquier falta de armonía o de lógica, le hace notar la carencia de verosimilitud. Además, el pueblo observa sin prejuicios y por lo tanto su apreciación es hija de una sinceridad total. Muchas veces un autor conoce las reglas y las acepta, y sin embargo no las aplica a sus tragedias, lo que viene a ser otra prueba de su inutilidad. (9)

La unidad de tiempo exige que el tiempo de la representación sea igual al de la realidad, o que no pase de 24 horas. Hay cierta razón en creer en la igualdad absoluta de tiempo, pero si se abandona este punto de vista ¿por qué poner como límite las 24 horas? Hay que confesar que ésta es una medida arbitraria. Después de demostrar la inutilidad de las reglas, Manzoni se queja de que la observancia de las mismas destruye muchas bellezas y crea innumerables inconvenientes. La fantasía en libertad puede crear inauditas bellezas, por este motivo destruyendo la tiranía de las unidades de tiempo y de lugar el poeta se crea un campo de ilimitadas experiencias; pero los defensores de la tradición—reconociendo esta verdad—dicen que hay que sacrificar estas bellezas para asegurar la verosimilitud.

En su bien conocida *Carta a M. G. sobre las unidades de tiempo y de lugar en la tragedia* (1820) Manzoni continúa desarrollando sus teorías; confiesa que admira a Shakespeare y que sigue sus tendencias, pero no se declara por esto escritor romántico. Al analizar el *Richard the Second* vuelve a insistir acerca de las unidades: "¡Oh, gran Dios! habría podido exclamar Shakespeare, ¿qué me decís de cambios y de viajes? Yo pongo

(7) Cita de Paul van Tieghem en *Le Mouvement Romantique*. Paris, 1923.

(8) Cita de Van Tieghem; op. cit.

(9) Véase el caso de Lope de Vega.

ante los ojos de mis espectadores una acción que se desarrolla gradualmente, que está formada por acontecimientos nacidos sucesivamente los unos de los otros, y que acaecen en diferentes lugares; el espectador los sigue, sin necesidad de viajar ni de siquiera imaginar que viaja. ¡Veinticuatro horas!—habría exclamado—pero, ¿por qué? La lectura de la crónica de Holinshed me ha dado la idea de una acción sencilla y grande, una y variada, llena de interés y de utilidad. ¡Y yo debía haber desfigurado esta acción caprichosamente!”

Para los primeros románticos ingleses Shakespeare fue el modelo predilecto, acaso único. Parece que los críticos de este tiempo no conocían nuestro siglo de oro, o si lo conocían, no querían acordarse de él. Stendhal, (10) con su habitual franqueza proclamaba categóricamente la inutilidad de las tres unidades: (11)

“Je dis que l’observation des deux unités de lieu et de temps est une habitude française, habitude profondément enracinée...; mais je dis que ces unités ne sont nullement nécessaires à produire l’émotion profonde et le véritable effet dramatique”.

A los defensores de la tradición citará el ejemplo de los dramaturgos ingleses y alemanes:

“En Angleterre, depuis deux siècles; en Allemagne, depuis cinquante ans, on donne des tragédies dont l’action dure des mois entiers, et l’imagination des spectateurs s’y prête parfaitement”.

A los que defienden las tres unidades en nombre de la verosimilitud Beyle dice:

“Je dis que ces courts moments d’illusion parfaite se trouvent plus souvent dans les tragédies de Shakespeare que dans les tragédies de Racine”. “Tout le plaisir que l’on trouve au spectacle tragique dépend de la fréquence de ces moments d’illusion, et de l’état d’émotion où, dans leurs intervalles, ils laissent l’âme du spectateur”. “Une des choses qui s’opposent le plus à la naissance de ces moments d’illusion, c’est l’admiration, quelque juste qu’elle soit d’ailleurs, pour les beaux vers d’une tragédie”.

“Toute la dispute entre Racine et Shakespeare se réduit à savoir si, en observant les deux unités de lieu et de temps, on peut faire des pièces qui intéressent vivement des spectateurs du dix-neuvième siècle, des pièces qui les fassent pleurer et frémir, ou, en d’autres termes, qui leur donnent des plaisirs dramatiques, au lieu des plaisirs épiques qui nous font courir à la cinquan-

tième représentation du Paria ou de Régules”.

Víctor Hugo ataca las unidades y ridiculiza a sus defensores, en su famosísimo *Preface de Cromwell* (1827).

“On ne ruinerait pas moins aisément la prétendue règle des deux unités. Nous disons deux et non trois unités, l’unité d’action ou d’ensemble, la seule vraie et fondée, état depuis longtemps hors de cause... Quoi de plus invraisemblable et de plus absurde, en effet, que ce vestibule, ce péristyle, cette antichambre, lieu banal où nos tragédies ont la complaisance de venir se dérouler?... Il résulte de là que tout ce qui est trop caractéristique, trop intime, trop local, pour se passer dans l’antichambre ou dans le carrefour, c’est-à-dire tout le drame, se passe dans la coulisse. Nous ne voyons en quelque sorte sur le théâtre que les coudes de l’action; ses mains sont ailleurs. Au lieu de scènes, nous avons des récits; au lieu de tableaux, des descriptions... L’unité de temps n’est pas plus solide que l’unité de lieu. L’action, encadrée de force dans les vingt-quatre heures, est aussi ridicule qu’encadrée dans le vestibule. Toute action a sa durée propre comme son lieu particulier”.

En 1829 ya las unidades habían perdido su razón de ser, y sólo merecían crítica displicente. Esta actitud puede observarse en las palabras de Vigny: (12)

“Grâce au ciel, le vieux trépied des unités, sur lequel s’asseyait Melpomène, assez gauchement quelquefois, n’a plus aujourd’hui que la seule base solide que l’on ne puisse lui ôter; l’unité d’intérêt dans l’action... Mais il ne suffit pas de s’être affranchi de ces entraves pesantes; il faut encore effacer l’esprit étroit qui les a créés”. (13)

Para los románticos las unidades eran un verdadero obstáculo opuesto al paso del creador literario. Al combatir las se pone de relieve la fuerte individualidad de estos escritores, y se exterioriza una actitud contraria a toda manifestación neoclásica.

La oposición no se reduce a las tres unidades. Toda distinción entre los géneros literarios queda desde entonces abolida; el estilo noble y rígido de los clásicos da paso a una manera nueva, toda sencillez y elasticidad que, en boca de gente culta es vigorosa y de gran fuerza dramática, y en boca del pueblo, graciosamente dialectal. Piérdense el decoro, la dignidad dramática y aparece la pasión

(10) Enrique Beyle (Stendhal). (1783-1842).

(11) Racine et Shakespeare, 1823.

(12) A. de Vigny, *Lettre a Lord*. (1829).

(13) Citas de Van Tieghem: op. cit.

desatada, desenfadada, exagerando los efectos hasta convertirse en melodrama. Observa muy bien Lanson (14) que "el melodrama tiene todas las cualidades que necesita el romanticismo". ¿Qué más que melodramas son todas las creaciones de nuestros románticos españoles, desde Larra hasta Echegaray? Sería inútil analizar estas tragedias una por una, todas están marcadas por el mismo signo, y sólo se salvan por el talento multiforme de sus autores. Y no hay nada más a propósito para el estudio del Romanticismo que el drama español del siglo XIX. Lo trágico puro, algunas veces hasta lo macabro, forma el eje de estos dramas. Desde la introducción se presiente esa fuerza ciega que arrastra a los caracteres a los más crueles excesos de la pasión; la combinación de prosa y verso es cosa corriente en estas tragedias; lo exótico y lo local se mezclan en favor de lo pintoresco y lo raro; héroes medioevales atraían por el drama romántico como por las viejas novelas de caballería, grandes y ridículas; todo es fuego, pasión, grito, demencia, blasfemia. He aquí el drama histórico, sucesor de la tragedia. La edad media da el tema y la inspiración; poetas más o menos eruditos estudian los orígenes de las lenguas romances, los primitivos monumentos literarios, las leyendas, las crónicas, los romances y los poemas épicos. Las novelas de caballería vuelven a surgir prestigiadas con la apariencia de estudios psicológicos exactos. Todo lo medioeval es grande desde el amante brutal que asesina a su dama y esparce sus restos por el campo hasta las iglesias góticas, con sus gárgolas. Lo histórico y lo fantástico se unen tan íntimamente en la mente del autor que sus límites se pierden; España ofrece su Cid, sus Infantes de Lara, su Macías, su Don Juan, su Romancero glorioso; luego sus libros de caballería, su Lope y su Calderón: todo pintoresco, libre, trágico, inusitado. He aquí lo grande de España.

Se ha dicho varias veces que el genio español es egocéntrico. Sea como se fuere, el hecho es que para el español lo más grande que existe es el hombre mismo, de carne y hueso. Después de su "yo" el "yo" de los otros. En la rica floresta de literaturas europeas no hay otra tan ubérrima en caracteres reales; y no es que los españoles se encierren a cantar glorias locales, sino que crean estupendos y concretos tipos, totales en un magnífico equilibrio de grandeza y de debilidades. Alguien ha dicho que lo local es lo universal. Bien entendido, cuando no se trata de dar a lo local características de oculta universalidad. Tipos como Tartufo, Calibán, Werther, y cien más a fuerza de ser universales pierden en concreción, en vitali-

dad material. En nuestra literatura abundan los tipos corporales, los que a través de los siglos adquieren una asombrosa fuerza humana, los que hoy pudieran apretarnos la mano y sentarse a nuestra mesa. Humanos como el Cid, que no es sólo el unificador y campeador, sino el hombre severo, muy hombre, de largas barbas, codicioso, justo hasta la temeridad. Lo hemos visto a este Cid, lo vemos aún en nuestras tierras, lo sentimos a nuestro lado como brioso capitán. Humanos como esa Celestina que hemos escuchado y seguimos oyendo, desmelenada, acaso desdentada, melosa, ágil, sin entrañas y con lengua de oro. Como esa Melibea, esa trotaconventos clásica, ese Don Juan, ese Lazarillo, ese Guzmán y ese Estebanillo. Luego se nos presenta el caballero loco, que nos ha hecho cavilar, reír y llorar tantas veces. No hay, creo yo, en otra literatura un tipo más humano que este Don Quijote. Desde que sale de ese lugar de La Mancha, de cuyo nombre Cervantes no quiso acordarse hasta que cae muerto en ese mismo lugar, recorreremos con él toda España. Le sentimos hombre hasta la médula de los huesos, cada palabra suya es palabra con vida, caliente, que vibra, y no sentencia filosófica de novelón; podemos tocar sus brazos flacos, contemplar sus ojos tristes y su huesuda cara; cada una de sus acciones, por monstruosamente ridículas que parezcan, nos convence, como una acción real. El nos ha creado un mundo nuevo en el cual se agita, mundo que tiene para nosotros una realidad ideal, absoluta, inquebrantable. Las cosas tienen valor sólo porque nuestro héroe se desdobra en ellas, por su exceso de personalidad, de humanidad, de "yo". Diríamos que Don Quijote es el hombre por antonomasia. ¿Y Sancho? ¿Quién dudaría de que Sancho es también de carne y hueso? ¿No lo vemos a cada hora cuidadoso de su carne, temeroso de que su pobre cuerpo sufra heridas que no se curan con los bálsamos de su amo? Síntesis de hombre, sin dejar de ser individuo, Sancho es una de las creaciones más maravillosas del genio español. Ahora lo hemos hecho símbolo, pero Cervantes lo creó en carne y a sus pechos, si es permitida la expresión. Cervantes escribía como hombre—cuando quiso escribir como literato (Pérsiles y Sigismunda) no logró el mismo éxito—y así se preocupa de estos seres andantes y pensantes, que no de pulir y limar frases. Es la vida intensa lo que le preocupa y no la literatura. Y si nos fijamos en el misticismo de nuestros santos hallaremos en ellos un amor tan profundo por el Cristo-hombre que casi se convierte en pasión desenfadada. La divinidad en abstracto desaparece, el hombre mortal, de carne y hueso, les conmueve la entraña:

(14) *Histoire de la Littérature française*. Paris, 1906.

Tú me mueves, mi Dios; muéveme el verte
clavado en esa cruz y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
muéveme las angustias de tu muerte. (15)

Más que la concepción metafísica vale el amor
concreto de aquél que todo lo prestigia con su
presencia:

Gocémonos, amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
el monte y el collado,
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura. (16)

Esta literatura que gira alrededor del hombre, que pone al hombre vivo como centro del mundo, tiene que tener muchas características románticas. Verdad es que a veces la sociedad se impone al individuo y le dicta una ideología determinada y una línea de conducta. El teatro de nuestro siglo de oro, siendo libérrimo y apasionado en sus caracteres, señala importantes limitaciones que no tuvo el verdadero teatro romántico del siglo diecinueve: Honor, Dios y Rey. Si el romanticismo consistiera en la violación de ciertas reglas clásicas, tales como las unidades, diferencias entre los géneros, separación—y no confusión—de elementos estéticos, etc., y si no hubiera un elemento íntimo y subjetivo, una clara conciencia del individuo interno, una concepción panteísta de la vida, diríamos que Lope, Moreto, Tirso y Calderón fueron poetas definitivamente románticos. Pero ahí está el sentimiento del honor que destruye el libre albedrío de los hombres y les transforma en juguetes de fórmulas convencionales; ahí está la religión que orienta por caminos de mística perspectiva la obra de los dos dramaturgos más grandes del siglo; ahí está el rey, ante el cual el hombre no vale nada, ante cuya presencia todas las pasiones desfallecen, todos los odios se aplacan, todos los bravos hombres de Castilla se ablandan. El castellano demostrará su respeto ciego al soberano y su indomable orgullo con la fórmula "del rey abajo ninguno". Américo Castro (17) nos pone en guardia contra la creencia tan favorecida de que el romanticismo español es sólo un retorno a la tradición, en tanto que en Francia es una ruptura con el pasado. Dos hechos pueden llevarnos a esta creencia: algunos de los temas dramáticos inventados por Lope y sus discípulos se tornan metafísicos en manos de Calderón y aspiran a ex-

plicar el profundo significado de la vida y del mundo. Para el romanticismo alemán nuestro teatro contiene una filosofía del universo. En presencia de la estrecha forma del drama francés, la comedia española representa una suprema armonía. W. Schlegel llegó a asegurar que Calderón había resuelto el enigma del universo en dramas como *La Vida es Sueño*. Por la simple razón de que veamos en el teatro del siglo de oro y en el romancero cierta manera especial de comprender la vida que se propagó en 1830, no debemos concluir que este teatro y este romancero sean eminentemente románticos. Podrá haber en ellos lirismo, subjetivismo, exaltación—elementos que se hallan también en la literatura griega—, pero lo que se llama romanticismo, es una metafísica sentimental, una concepción panteísta del universo, un estado especial de sensibilidad, cuyo centro es el "yo" y que, bajo forma sistemática o desordenada, intensiva o atenuada, anima toda la civilización europea en los comienzos del siglo diecinueve. (18)

El Romanticismo español del siglo diecinueve es, pues, un movimiento organizado dentro de la relatividad de sus valores, con sistema filosófico definido. Si hubiese sido la culminación de una serie de esfuerzos renovadores, como lo fue, pongo por caso, la crítica literaria del romanticismo italiano, (19) la influencia de las literaturas inglesa y francesa no sería tan evidente en nuestros escritores.

Nuestro romanticismo es menos nacionalista que nuestro siglo de oro, pero es lógicamente más exaltado, por lo mismo que es subjetivo. La teoría romántica no abunda en España. No tuvimos nosotros críticos de la talla de Muratori, Calepio, Maffei, Gravina, etc., que anunciaran la crítica moderna del romanticismo, aunque Luzán, influido por italianos y franceses, se sale a veces de las estrechas fórmulas pseudo-clásicas y sigue de cerca a algunos preceptistas italianos, y el padre Feijóo nos ofrece en su sesudo artículo: *El no sé qué*, un conjunto de ideas modernas, dignas de detenido estudio.

Se dice, y acaso con razón, que los grandes caracteres creados por el genio español son: La Celestina, Don Juan y Don Quijote. Los escritores del Romanticismo, al tomar elementos de literaturas extrañas, no pudieron darnos tipos raciales, psicológica y emocionalmente españoles. A pesar del tono marcadamente individualista de nuestros románticos hay mucho en ellos de generalizador, de simbólico. Rugero, por ejemplo, es el tipo abstracto de todos los conspiradores, como Anthony es el tipo de los amantes desventurados. Los ro-

(15) *A Cristo crucificado* (Anónimo).

(16) San Juan de la Cruz: *Canciones entre el alma y Cristo, su esposo*.

(17) *Les grands romantiques espagnols*, París, sin fecha.

(18) Américo Castro, op. cit.

(19) V. Hugh Quigley: *Italy and the Rise of a New School of Criticism in the 18th Century*; Glasgow, 1921.

mánticos acusaban a los clásicos de imperfección psicológica individual, pero ahora ellos mismos nos parecen deficientes en este sentido. Al estudiar el teatro romántico nos asalta una duda: ¿Es posible aplicar el criterio convencional de la preceptiva clásica al analizar estos dramas? ¿Debemos juzgar esta obra con una actitud crítica razonada o debemos guiarnos por nuestro sentido estético emotivo? Un teatro eminentemente emocional debe ser estudiado con todo el entusiasmo que produce y no de acuerdo con normas ante las cuales sus autores han opuesto toda la resistencia de sus temperamentos libérrimos. Azorín ha ridiculizado las exageraciones de *Don Alvaro* en su bien conocido libro *Rivas y Larra*. Azorín es injusto al aplicar su crítica fríamente razonadora a una tragedia de desmedido entusiasmo lírico y dramático. Debemos admitir todas las exageraciones, inverosimilitudes, golpes teatrales, contradicciones y hasta ridiculeces en dramas, tales como *Enrique Tercero*, *Anthony*, *Hernani*, *Don Alvaro*, *Aben Humeya*, etc., pero también debemos admirar en ellos la flexibilidad del estilo, el ardor de la prosa y la elegancia del verso, la superabundancia de cambios que produce una admirable variedad, lo pintoresco y gallardo de los caracteres, la intensidad dramática, la frescura poética y por sobre todo el entusiasmo desmedido del autor que—aunque sea negramente pesimista—pone en sus caracteres inusitadas energías. Esta exaltación del drama romántico bastaría para darle un puesto importante en la historia literaria.

Aunque el Romanticismo tiene muchos defectos, marca un verdadero avance hacia el realismo idealista, debido a su actualidad. Hemos dicho que la Edad Media le proporciona inspiración y temas; sin embargo, no es un drama medioeval el que se nos presenta, sino moderno. Sus héroes están mucho más cerca de nosotros que los auténticos. Martínez de la Rosa, el Duque de Rivas, Espronceda, reflejan en sus obras la inquietud social del siglo diecinueve; no en balde son discípulos de Hugo y Dumas. Se acercan a nosotros. En vez de reyes, dioses y héroes convencionales, en vez de mujeres estereotipadas, en vez de lugares consagrados, nos dan hombres de vida moderna, mujeres de todas clases sociales, mesoneros, bandidos, frailes, pescadores, la canalla y la nobleza en unión permanente y continua, como en la realidad. Y todos estos caracteres hablan su lengua propia, noble a veces, chabacana otras, con el grajeo y el descuido de los dialectos populares. Las escenas de carácter popular del drama romántico en que figura gente pobre e inculta, le prestan una vitalidad extraordinaria, una viveza de que carece la tragedia neo-clásica. El color local no es más que esto: abandono del estilo noble de reyes y

confidentes y aceptación del habla cotidiana, llena de sorpresas, colorista, variada. Es natural que el aparato escénico contribuya notablemente a dar el color local; pero, aunque los dramas románticos se representen en escueto lugar y aunque los vestidos de los actores queden reducidos a un modelo común, siempre lo percibiremos en la manera de ser y de expresarse de los caracteres.

Las intrigas del teatro romántico se refieren a vidas enteras, a acciones completas. Aunque la psicología no esté perfectamente determinada, siempre ha habido esfuerzo interpretador serio y desarrollo extenso. La tragedia clásica es breve a fuerza de su síntesis y su escasez de caracteres; ya sabemos que no desarrolla la acción desde el principio, sino que toma su punto culminante, muy cerca de su epílogo. El drama romántico es la antítesis de esto. Es complicado, difuso a veces, múltiple, superabundante en caracteres, desarrolla acciones completas y, por consiguiente, tiene que ser de larga duración.

Victor Hugo exige que la fealdad y la belleza vayan unidas en la obra dramática. (20) Así es la vida y así debe ser el arte, fiel reflejo de la realidad. El autor de *Hernani* dice que la vida tiene sus momentos de belleza y sus momentos de fealdad y que hasta lo deforme debe preocupar al artista verdadero. El mal y el bien van casi siempre juntos; el arte debe ser bastante amplio para admitir todas estas manifestaciones vitales. Lo abyecto, lo monstruoso y lo sublime deben combinarse en la obra dramática, manifestándose por medio de lo trágico y lo cómico. El poeta francés no necesitó inventar esta teoría y sólo tuvo que fijarse en los dramas de Shakespeare:

“En el teatro Shakespeariano, confundidos aparecen lo celestial y lo diabólico, lo monstruoso y lo idealmente bello, Calibán y Ariel, Regana y Cordelia; a veces la deformidad física, unida a la deformidad moral, da por resultado caracteres como el de Ricardo Tercero, de una beldad siniestra, la beldad del diamante negro; otras, en un mismo personaje, el de Shylock, se mezclan, como la escoria y el fuego en el volcán, los elementos de lo satírico y de lo trágico, produciendo admirable hermosura. Para Víctor Hugo, esta concepción del arte, correspondía exactamente al doble ideal filosófico y estético a que se mantuvo fiel al través de las vicisitudes de su larga vida: el maniqueísmo, que era su religión, y el violento claro oscuro, que era su manera artística, la fe en los dos principios del bien y del mal que combaten y combati-

(20) Prefacio de Cromwell.

rán hasta la consumación de los siglos; y el deleite en los juegos de la luz y la sombra, obtenidos por medio de la antítesis y del contraste. (21)

El énfasis individualista del teatro romántico pone de manifiesto la tendencia subjetiva. Por lo común el término se aplica sólo a la poesía lírica, pero el autor dramático que abandonando las generalizaciones de los clásicos, discute y dilucida ideas propias, nacidas del directo contacto entre él y su tiempo, es también subjetivo. En las largas tiradas líricas del teatro romántico, suaves emociones aparecen a flor de labios e íntimas congojas se oyen de boca de los actores. Valga como ejemplo el hermoso drama de García Gutiérrez, *El Trovador*. Y aun lo más abstracto, v. g., la fatalidad del teatro griego es en *Don Alvaro*, pongamos por caso, algo personal, emocional, que hasta hoy los críticos no saben explicar. Menéndez y Pelayo y Blanco García están de acuerdo al afirmar que "la fuerza del sino" del drama del Duque de Rivas no tiene nada en común con la fatalidad clásica. ¿Qué es, pues, esta fuerza ciega que empuja a Don Alvaro de tragedia en tragedia? Acaso el mismo Duque de Rivas no hubiera podido explicarla; acaso fuera sólo una imperiosa necesidad emocional del autor; algo que no obedece a propósito moral preconcebido.

Por lo que se refiere al paisaje, los clásicos le dieron un valor relativo y complementario en sus obras, preocupados, como estaban, de grandes problemas y pasiones. Arroyos, ríos, montes, astros, árboles y mar figuran en la tragedia clásica, formando un fondo escueto, sin movimiento, sin vida. Los pseudoclásicos ni siquiera sienten la naturaleza y se limitan a repetir conceptos y frases hechas con mil alusiones mitológicas. El Olimpo será medida obligada de altura; el ejército será "hueste impía de Marte asolador"; los poetas son "hijos de Apolo"; o "alumnos de las Musas" que nos regalan el oído con sus nombres armoniosos: Filena, Batilo, Arcadio, Filis, Mirta; el niño ciego les traspasará con las flechas de su aljaba el pecho. A. de Cueto nos define con precisión esta diferencia de escuelas, al comentar la preceptiva estrecha de Boileau; diciéndonos que el crítico francés, arrastrado imperiosamente por la fuerza de la tradición pagana, de que estaba impregnada toda la civilización literaria de su época, antepone a la verdad sencilla de la Naturaleza, a las emociones directas del alma, al idealismo cristiano, el hechizo artístico de las alegorías mitológicas. Para Boileau la poesía

"Se soutient par la Fable, et vit de fiction..."

y con este solo verso, explanado después en un largo período de dialéctica persuasiva, ha hecho más daño a la verdadera poesía, que Dante, Shakespeare y el Ariosto con la ruda y por demás natural desnudez de muchas de sus ideas y de sus palabras. Tanto se aficiona Boileau a la ficción poética, que llega a creer sinceramente que sólo de ella dependen los movimientos íntimos del alma y hasta la sensibilidad misma. Así lo manifiesta claramente en estos versos:

*"Que Neptune en courroux s'élevant sur la mer,
D'un mot calme les flots, mette la paix dans l'air,
Délivre les vaisseaux, des syrtes les arrache;
C'est là ce qui surprend, frappe, saisit, attache"*.

¿Cómo había de sospechar Boileau que llegaría una edad en que la intervención de Neptuno sería suficiente para quitar a la tempestad su conmovedor prestigio, y que la tormenta descrita en el *Don Juan*, de Byron, calcada sobre relaciones de naufragios históricos, había de tener más fuerza de emoción verdadera que los magníficos cuadros de tempestad de la *Eneida*, en que al poder de la naturaleza se sustituye la influencia mitológica de Juno, de Eolo, de Neptuno!

Cautivan a Boileau tan poderosamente las ficciones de la poesía de los antiguos, que al presentarlas como único modelo, su imaginación se temple y se colora, y escribe el pasaje más bello que hay acaso en todo el poema. Después de recomendar la mitología griega como fuente imprescindible de belleza poética, continúa así:

*"Là pour nous enchanter tout est mis en usage:
Tout prend un corps, une âme, un esprit, un visage.
Chaque vertu devient une divinité;
Miverve est la Prudence et Venus la Beauté.
Ce n'est plus la vapeur qui produit le tonnerre;
C'est Jupiter armé pour effrayer la terre.
Un orage terrible aux yeux des matelots
C'est Neptune en courroux qui gourmande les flots.
Écho n'est plus un son qui dans l'air retentisse;
C'est une nymphe en pleurs qui se plaint de Narcisse."*

Por más seducción que encierren estos elegantes versos, el consejo de Boileau no es el camino de la verdadera inspiración. La pintura fiel y sencilla del más leve murmullo de las brisas de la primavera, de cualquier ola del mar que se rompe gimiendo en la playa, del canto más insignificante de un ave perdida en la espesura, trae el alma de los modernos más deleite y más emoción que todas las rancias alegorías de Narciso, de Neptuno y de Filomela. (22)

(21) Emilia Pardo Bazán: *La Literatura Francesa Moderna. (El Romanticismo)*, Madrid, sin fecha.

(22) A. de Cueto. *Historia de la Poesía Castellana*, Vol. I, Madrid, Pags. 170 y ss.

Cuando Hugo escribía acerca de la necesidad de mezclar lo feo con lo bello pedía también el uso de palabras y expresiones adecuadas, palabras largo tiempo perdidas por rudas y plebeyas, formas de dicción, raramente o nunca usadas, préstamos de vocablos extranjeros, todo era útil en este momento reparador. Diríase que se promulga la divisa

lexicográfica de libertad, igualdad y fraternidad. El reducido vocabulario clásico—producto de una estricta selección—se multiplica; de todas partes surgen—vasos finos y toscos—palabras deseadas. Con esta oportuna invasión gana el drama y el idioma, y ambos se enriquecen y aumentan sus facilidades de expresión.

ORGANISMOS SIMBIOTICOS

Por el Prof.

DEMETRIO SOKOLOFF

El Prof. DEMETRIO SOKOLOFF, presta sus servicios en el Instituto de Biología y es colaborador de la revista UNIVERSIDAD. Sus estudios sobre la vida, de fina observación y trascendencia práctica, se aplican, a menudo, a nuestro medio, urgido, en efecto, de esta clase de disciplinas.

CON el nombre de simbiosis se conoce el fenómeno de la vida en común de dos o varios organismos en los casos en que existen intercambios entre ellos. En cambio, si solamente una clase de los organismos asociados obtiene ventajas de la existencia común, encontrándose perjudicada la otra, el fenómeno lleva el nombre de parasitismo.

En los fenómenos simbióticos existe toda una gama de transiciones entre los casos de ayuda mutua y aquellos en que se trata de una franca explotación de un organismo por otro, o sea de un verdadero parasitismo.

A veces, organismos de carácter distinto sólo coexisten en el mismo lugar; así, por ejemplo, se puede observar en las costas marinas que la base de los hidrocorales está rodeada por esponjas dentro de las cuales encuentran albergue varios gusanos póliquetos, cangrejos ermitaños, y pequeños ofiuros. Los tres últimos animales pueden abandonar las cavidades de la esponja en cualquier momento, de manera que ésta les sirve sólo de habitación temporal, mientras que los dos primeros (la esponja y el pólipto), siendo animales inmóviles permanecerán unidos toda su vida. El grupo de animales que acabamos de describir, que es una asociación, representa una cenobiosis. En esta clase de asociaciones animales o vegetales, la unión entre sus componentes no es orgánica ni muy íntima y cada miembro de la asociación puede vivir aisladamente o tomar parte en otras asociaciones distintas.

El cambio de servicios entre los organismos que forman una cenobiosis no siempre es patente y fácil de investigar.

En otras ocasiones la asociación de los animales toma un carácter más definido: un organismo de tamaño menor se adhiere a otro más grande,

aprovechándole como vehículo. Podemos mencionar como ejemplo de esta clase de relaciones entre los organismos, el caso del pez rémora que se adhiere a la superficie de un mamífero marino, aprovechándole como medio de locomoción, pero pudiendo desprenderse de él en cualquier momento. Esta clase de relaciones que a veces se denomina "parasitismo de lugar", se designa científicamente con el término de sinoiokia.

Un caso semejante, pero con relaciones más íntimas entre los organismos, es el clásico de una actinia (pólipto solitario) que vive en la superficie de la concha de un molusco ocupada por el cangrejo ermitaño, el cual esconde en ella su abdomen, pero puede caminar arrastrando consigo la concha y con ella la actinia adherida a esta última. Es éste un caso de sinoiokia (puesto que un animal ocupa cierto lugar en la superficie del otro, el cual le sirve de vehículo pudiendo desprenderse de él), pero complicado por la circunstancia que el cangrejo queda protegido por los tentáculos urticantes de la actinia, siendo, a su vez, capaz de aprovechar una parte de su presa. Este es el caso de una simbiosis típica, aunque se nota una tendencia parasitaria por parte del crustáceo.

En ciertas ocasiones la existencia prolongada de un organismo en la superficie de otro puede dar origen a un verdadero parasitismo: como, por ejemplo, podemos mencionar la Sacculina de las jaibas. Este parásito que es también un crustáceo, durante el estado larvario permanece libre y está dotado de extremidades que le permiten nadar y cuya naturaleza se reconoce fácilmente; después de haber alcanzado cierto tamaño se adhiere a la parte inferior del abdomen de una jaiba y empieza a sufrir cambios profundos, perdiendo los órganos de los sentidos, las extremidades y sufrien-

do una simplificación notable en su organización interna, se transforma en un saco que ya no tiene aspecto de animal y queda adherido por medio de unas prolongaciones en forma de raíces, que penetran con sus ramificaciones a todo el cuerpo de la jaiba, absorbiendo las sustancias que aprovecha el parásito para su alimentación. El animal parasitado resulta seriamente perjudicado con la *Sacculina*.

Un fenómeno semejante se observa en el caso de parasitismo de los machos de algunos peces sobre el cuerpo de las hembras de la misma especie. En algunas ocasiones el macho se adhiere a la superficie ventral (*Kedriolychnun schmidtii*), en otros sobre la cabeza del pez hembra (*Photocorynus spiniceps*), fusionándose los tejidos de los dos de tal modo, que la unión se hace orgánica.

Otro caso semejante de parasitismo, aunque sin que el macho se adhiera al cuerpo de la hembra, se observa en un gusano perteneciente al grupo de los Gephyreos, *Bonelia viridis*. La hembra de este gusano alcanza varios centímetros de largo, tiene el cuerpo corto y grueso y está dotada de una trompa larga y bifurcada. El macho, que durante largo tiempo fue desconocido, es casi microscópico; tiene forma y estructura muy sencillas y vive como un parásito sobre el cuerpo de la hembra, teniendo casi todo el cuerpo ocupado por las glándulas sexuales.

Pasando a los casos de una relación más íntima entre los organismos simbióticos, debemos referirnos al caso de los líquenes.

Estos últimos, si se examinan superficialmente, tienen aspecto, cada uno, de un solo organismo, pero en realidad están formados por el conjunto de un hongo y varias algas que viven escondidas en el interior del tejido formado por las hifas del hongo. Este caso parece ser el de una perfecta armonía entre el hongo y las algas: estas últimas, además de la protección mecánica, reciben la humedad necesaria, ciertas sustancias orgánicas que elabora el hongo y una abundancia del bióxido de carbono necesario para su función clorofiliana, mientras que el hongo aprovecha los hidratos de carbono que se elaboran a consecuencia de la función mencionada por parte del alga. El caso de los líquenes se consideraba por algunos como el de armonía completa entre dos organismos, pero, en realidad, existe por parte del hongo una tendencia parasitaria, puesto que este último introduce tubitos chupadores (huastorios) en el interior de las células del alga.

Aparentemente en el caso de los líquenes se trata más bien de parasitismo oculto por parte del hongo, lo que está de acuerdo con las tendencias agresivas que muestran con tanta frecuencia los micetos en relación con otras plantas.

Un caso que se aproxima mucho más a una simbiosis ideal es el de la simbiosis intracelular entre unas algas de tamaño muy reducido (a veces sólo dos a cuatro micras) con los protozoarios y organismos multicelulares, así como también posiblemente la simbiosis de las bacterias con los insectos, v. gr. *Bacillus cuenoti* en cucaracha.

Esta clase de simbiosis se denomina intracelular, porque las algas mencionadas habitan en el interior de las células del organismo simbiote.

La simbiosis intracelular entre algas y organismos multicelulares desprovistos de clorofila, tiene un carácter semejante al que se observa en el caso de los líquenes: las algas proporcionan hidratos de carbono, que sus huéspedes, incapaces de efectuar la función clorofiliana, no pueden preparar. A su vez, las algas reciben ciertas sustancias orgánicas y el bióxido de carbono que es el producto de la respiración de su huésped. La consecuencia de esta clase de simbiosis es muy notable en toda una serie de animales (protozoarios, esponjas, pólipos, gusanos), se nota que se elabora un nuevo modo de vivir: los organismos mencionados, a pesar de ser de naturaleza animal, pueden vivir alimentándose a expensas de las algas simbióticas que viven en su cuerpo. En el caso de organismos multicelulares, se elabora un tejido especial, cuyas células están repletas de algas, que proporciona hidratos de carbono y sus derivados, en tal abundancia, que el organismo huésped puede subsistir cuando menos durante un tiempo muy largo, exclusivamente a expensas de las sustancias mencionadas.

En el Lago de Xochimilco y en otras lagunas del Valle de México, los organismos simbióticos que contienen algas unicelulares en el interior de sus células son muy frecuentes. En muchos lugares donde abundan plantas acuáticas con hojas delgadas (especialmente *Potamogeton*), se puede observar que la superficie del tallo y de las hojas está cubierta de una especie de vello verde, muy delicado, que al ser tocado se contrae bruscamente, convirtiéndose en una especie de costra en la superficie del *Potamogeton*. Si dejamos la planta en reposo por algunos minutos, el vello mencionado recobra su aspecto habitual; al examinarle en el microscopio, puede verse que dicho vello es una colonia constituida por miles de pequeños organismos en forma de campana, adheridos a la planta por medio de largos pedúnculos, pertenecientes a los infusorios ciliados y cuyo nombre científico es *Vorticella campanula*. En el interior del pedúnculo existe un filamento muscular que determina su contractilidad. En el interior de estos infusorios se notan centenares de corpúsculos de forma ovalada y de color verde, que miden de ocho a catorce micras de longitud y ocupan todo

el interior del protoplasma del infusorio, dándole el color verde de las plantas, hasta el grado que los propios infusorios pueden ser confundidos con los vegetales. Estudiados, utilizando grandes aumentos en el microscopio, cada corpúsculo aparece como una planta unicelular, una pequeña alga simbiótica que se adaptó a vivir en el interior de los infusorios. Siendo capaz de efectuar la función clorofiliana, cada alga elabora cierta cantidad de almidón que se convierte en azúcar en el interior de su protoplasma. Una parte de ella se aprovecha para la alimentación de la propia alga y otra parte pasa al protoplasma del infusorio, el cual puede nutrirse con esta azúcar elaborada por las plantas que viven en simbiosis con él. El infusorio conserva su aparato bucal y es capaz de alimentarse de pequeños organismos atraídos a su boca por el remolino de agua producido por el movimiento de la corona de cilios alrededor de su parte anterior. Sin embargo, a pesar de muchos miles de observaciones hechas sobre la *Vorticella campanula*, nunca nos hemos encontrado en los infusorios con gran número de algas en su interior, los alimentos ingeridos que son fácilmente perceptibles en otros infusorios. Esta circunstancia indica que las *Vorticellas* ya no se alimentan a su modo habitual, indudablemente a consecuencia de la simbiosis con las algas que les proporcionan hidratos de carbono suficientes para su alimentación.

¿Cómo llegan las algas a establecerse en el interior de las *Vorticellas*?

Estas algas microscópicas se encuentran en aguas dulces, fuera del cuerpo de los organismos, con los cuales pueden vivir en simbiosis, y como otras algas semejantes, forman parte de la microflora de dichas aguas. Al llegar el tiempo frío mueren la mayoría de las plantas, sobre las cuales viven las *Vorticellas* y descienden al fondo de las lagunas, arrastrando consigo los infusorios. Estos, encontrándose en condiciones poco favorables para su vida (temperatura más baja, falta de luz y sobre todo la putrefacción que existe en el fondo de las lagunas), se enquistan, es decir, se cubren de una membrana de sustancia resistente, y en esta forma pueden permanecer mucho tiempo en estado de vida latente; al enquistarse, los infusorios expulsan todas las inclusiones protoplásmicas, incluyendo las algas simbióticas.

En primavera, al salir los quistes, las *Vorticellas* no tienen color verde: sus colonias tienen aspecto de vello blanquecino que cubre las hojas del *Potamogeton* joven, que acaba de surgir a la superficie del agua.

Poco tiempo después, las colonias adquieren un ligero matiz verde, y examinando los infusorios al microscopio encontramos unas cuantas algas simbióticas (de 5 a 10) en cada individuo.

¿De qué manera se infectan las *Vorticellas* con algas?

La explicación es muy sencilla: al salir de los quistes, los infusorios se alimentan de su modo habitual. Sus pestañas producen un remolino en el agua, que atrae a su boca, en forma de embudo, bacterias, pequeños protozoarios y algas. Entre estas últimas ingiere también las algas simbióticas, las cuales, como ya hemos mencionado, son capaces también de vivir independientemente y son comunes en agua dulce; pero mientras que todos los demás organismos mueren bajo la acción de los jugos digestivos de la *Vorticella*, las algas simbióticas resisten, y permaneciendo en el cuerpo de la *Vorticella* empiezan a reproducirse. En efecto, con frecuencia hemos observado dichas algas en estado de reproducción en el interior del cuerpo de los infusorios. A la vez estas algas, debido a ciertas relaciones de tensión superficial entre la superficie del alga y el protoplasma que la rodea, no son expulsadas del cuerpo como sustancia indigerible y permanecen en el interior del infusorio. Cuando éste se divide, las algas se reparten entre dos *Vorticellas* hijas, de modo que todos los individuos que provienen de la *Vorticella* originalmente infectada, resultan ya infectados "hereditariamente".

Otro organismo simbiótico de Xochimilco que igualmente pertenece a la familia *Vorticellidae*, es *Opercularia applicatilis*. Sus colonias tienen aspecto de arbolitos muy ramificados y se encuentran habitualmente en los tallos sumergidos de los nenúfares. El ciclo de la infección del infusorio por el alga es aparentemente idéntico al de la *Vorticella campanula*.

Otro organismo simbiótico es *Stentor oligonucleatus*, un infusorio de gran tamaño en forma de trompo, que abunda en algunas lagunas de Xochimilco en los meses de otoño. (Laguna de Xaltocan y los apanceles adyacentes) A veces es tan numeroso que el agua de los pequeños canales se hace verdosa y turbia debido a la infinidad de estos infusorios que se desarrollan en ella. Este infusorio es de color verde oscuro debido a la presencia de miles de algas simbióticas que habitan en su cuerpo; en ninguna época del año se encuentran individuos desprovistos de algas, de modo que la infección es constante. Sólo excepcionalmente pueden encontrarse en el cuerpo de este infusorio los alimentos ingeridos por la boca; es el alga simbiótica la que proporciona casi la totalidad de sus alimentos.

Además de tres infusorios simbióticos que acabamos de describir, existen en el Lago de Xochimilco otros tres organismos simbióticos que pertenecen a los metazoarios. Estos son una esponja "*Ephydatia viridis*" que forma pequeñas costras

verdes en la superficie de las plantas acuáticas sumergidas; un pólipo de agua dulce, "Clorohidra viridisima", cuyo endodermo constantemente se halla invadido por las algas simbióticas, y un pequeño gusano perteneciente al grupo de planarias radboceídeos, *Vortex viridis*, debajo de cuya piel se halla una capa de un tejido especial que constantemente está invadido por algas simbióticas.

En el caso de este último organismo, las algas están aparentemente muy modificadas debido a su simbiosis probablemente muy antigua con dicha planaria. El hecho es que no se logró culti-

var las algas fuera del cuerpo de su huésped, como se logra fácilmente tratándose de los otros organismos que hemos descrito.

Para terminar la presente nota, no podemos pasar inadvertida la circunstancia que la simbiosis intracelular de diversos organismos con las algas en las condiciones climáticas del Valle de México, ha de ser muy ventajosa, puesto que, especialmente tratándose de los protozoarios, abundan más que cualesquiera otros organismos en las aguas de dicho Valle que hemos estudiado, siendo los más típicos de las mismas.

LA HORA DE DON JUAN

P o r

JULIO JIMÉNEZ RUEDA

JULIO JIMÉNEZ RUEDA, crítico y dramaturgo, y cuya ejecutoria en las letras nacionales es índice de capacidad, alerta su espíritu en dirección de todas las inquietudes contemporáneas. El presente pequeño ensayo es una prueba bien clara de sus frecuentes viajes a los temas nuevos y sugestivos, y su sutilidad.

EN la Edad Media le está vedada al hombre la aventura, es decir arriesgar, exponer, agregaríamos, también, descubrir. ¿Qué necesitaba saber el hombre si todo lo tenía ya resuelto por el dogma? Bien acotado quedaba su solar para que pretendiera salirse de él. Ocupaba el sitio que la organización social, política y religiosa le había deparado. El mundo mismo, tenía los límites que la ciencia geográfica de entonces, establecía. Le importaba, sí, fijar la posición que ocupaba en un mundo organizado lógicamente y sobre principios inmutables y conformarse. Al fin y al cabo el tránsito era breve. La vida valía como antesala de la eternidad. Puente colgando entre dos eternidades. Afirmación: el principio y el fin, como en los escenarios de los Misterios que se representaban en la plaza pública. Sueño, o pesadilla, el breve tránsito por la vida terrena:

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar
que es el morir...

En los albores del Renacimiento así ha de exclamar Jorge Manrique. El mar ya era un principio

de infinito. Y el hombre vivía para eso, para llegar al infinito.

El ejercicio de la brujería no es aventura. La misa negra, el pacto con Satán, la noche de Walpurgis, no significan para el hombre que un afán de llegar, cuanto antes, a un mundo menos precario, de romper el cerco que la naturaleza y el hombre han puesto a sus semejantes; pero no porque el hombre trate de romperlo por sí mismo. Sabe que no puede y recurre a la potencia del mal en su ayuda. El auxilio le viene de fuera. Sabe que todos sus pasos están sujetos a determinados signos, el vuelo de las aves, por ejemplo. ¿Qué puede hacer el hombre si sus pasos sobre la tierra están ya marcados, si tiene que seguir una línea invariable, que desconoce en sus detalles; pero que sabe hacia dónde le conduce? Obedecer y dejarse guiar. La aventura presupone libertad. Nace con el Renacimiento.

El Renacimiento desarrolla en el hombre el espíritu de aventura. No es una vuelta a la antigüedad, ni el fin de una noche tenebrosa como lo definen los manuales de historia poco informados en la doctrina moderna. Es algo muy superior a todo eso: el nacimiento en el hombre de la conciencia de su propio valer, la posibilidad de labrar su propio destino. Colón busca la India y tropieza con América; el hombre del Renacimiento busca la

antigüedad y se encuentra a sí mismo. Encontrarse ya es un gran descubrimiento, que los historiadores del quinientos no tienen en cuenta. ¿Para qué necesitaba España la canela, el clavo, la vainilla, ni los marfiles ni las sedas, ni los perfumes, ni como pretexto siquiera para que los hermanos Yáñez Pínsón, proaran sus carabelas hacia lo desconocido? Debe haber habido un impulso más poderoso que moviera a los intrépidos marinos a lanzarse al mar ignoto. El móvil fue el espíritu de aventura que despertó el Renacimiento en cada individuo. Energías dormidas por centenares de años que se manifiestan de pronto obligando, al hombre, a moverse. Acción y no meditación. Recorrer la tierra en dos dimensiones como hicieron los descubridores, los capitanes, los misioneros; explorar el mundo en sus tres dimensiones como hicieron los filósofos, los místicos, los artistas. Tanto vale Hernán Cortés, midiendo con su planta la tierra de América, como Leonardo de Vinci queriendo penetrar en el enigma de la sonrisa de la Gioconda. Es que Italia se había movido físicamente centurias atrás. Descansaba ahora en la creación artística. España y Portugal se asomaban al Atlántico. Poned a un prisionero a la puerta, y lo veréis correr a campo traviesa. Así los marinos de España y de Portugal respondieron a la invitación al viaje que dentro de ellos mismos clamaba.

Codicia, fe, sí; pero sin espíritu de aventura no puede finiquitarse hazaña ninguna que valga la pena. Todos los músculos del hombre se encontraban listos para intentar la hazaña. Había descansado mientras el espíritu meditaba. Ahora el alma también se ponía al servicio del cuerpo. Ya no le interesaba la acción que las leyendas descubrían, libros de caballerías, por ejemplo. El mundo nuevo bien valía una experiencia personal. El Renacimiento da valor a la desbordada experiencia. No más dialéctica: acción, acción tumultuosa, a través del mar, de la montaña, de los grandes ríos. Cuando no se podía ello, enmendar la plana a la naturaleza, inventar hombres y mujeres con proporciones que no existen en la realidad. Crear un mundo, como lo hizo Miguel Ángel.

Ese espíritu de aventura linda con la locura. La sobreestima del propio valer, de la propia posibilidad de acción, lleva a la locura. Ya crear un mundo es síntoma de locura. El capitán, el artista, el sabio están a dos pasos de la casa de orates. Rota la base lógica que servía de sustento a toda la estructura medioeval, el hombre se pierde en

un mar de conjeturas. El mundo ya no es lo que es, sino lo que cada uno piensa que es. Las cosas que tiene delante pierden consistencia, se diluyen, desaparecen. La fantasía echada a volar crea su propio escenario. Los locos, que antes eran poseídos del demonio, saltan al escenario y se convierten en personajes principales del drama. Más si son locos activos como Don Quijote.

Y cuando ya no hay tierra en el Nuevo Mundo qué descubrir, cuando ha sonado la hora del descanso, que es hora de crepúsculo, un poco de vejez y un mucho de muerte, el pueblo, que no ha ido a las Indias, se vierte en los muñecos que los autores mueven en el teatro con una violencia que raya en delirio. Ahí están los personajes de dramas y comedias, viviendo, intensamente, en escasas dos horas la santidad, el heroísmo de muchas vidas. Y en las cuatro tablas y los dos bancos del escenario del Corral de la Pacheca, con una cortina por fondo los actores recorren el mundo. Van de Europa a la América, al Africa, pesan las llanuras de Castilla, se detienen en los cármes de Andalucía el momento necesario para tomar un poco de respiro, y siguen en su carrera que ha sido la carrera de España.

Es la hora de Don Juan. Muchas explicaciones se han dado sobre la existencia de este personaje. No se ha meditado sobre lo que Don Juan puede ser como reducción en tiempo y en espacio del espíritu de aventura que poseyó al español y al hombre del Mediodía de Europa en el Renacimiento. Es un aventurero, se ha dicho, y es verdad. Es el conquistador que nació tarde y en vez de apuntar en su biografía leguas de territorio conquistadas, se conforma con ir anotando los nombres de las mujeres poseídas: Isabela, Tisbea, doña Ana. No decimos amadas, porque al amar él hubiera sido el sacrificado, sino poseídas. La tierra se posee también. Dominio de conquistador. La aventura geográfica que realizaron sus antepasados se reduce a simple aventura amorosa. No conoció la Geografía del Mundo, pero sí el admirable contorno de la mujer. Fue superficial en ello. No tuvo tiempo de llegarle al alma. Como explorador no penetraba tampoco en el secreto profundo de la tierra que domeñaba, se atenía a la superficie. Don Juan es el último renacentista español. Por eso España lo condena. Es peligroso llegar demasiado temprano o presentarse un poco tarde. España al aparecer Don Juan había vuelto al medioevo.

DIALOGO CON MARTIN LUIS GUZMAN

ENTREVISTA DE
RAFAEL HELIODORO VALLE

En España se aviva la curiosidad por conocer al México de hoy, especialmente al que se halla en trance de creación artística.

Las masas españolas no son partidarias de la violencia, a pesar de acontecimientos deplorables que siempre se precipitan en las revoluciones.

Manuel Azaña es el valor más importante de la República Española.

La nueva España tiene un sincero deseo de hacer obra de inteligente comprensión y ahora entiende mejor a su América.

El mexicano que vive en España por algún tiempo, logra retornar a las verdaderas esencias mexicanas y sentir a México en su verdadero sentido de modernidad, ya que el México de hoy no es más que el florecimiento de lo español en tierras de América.

El castellano que se habla en México tiene muchas supervivencias del que España nos dió en el siglo XVI.

Sintetizo en las afirmaciones anteriores lo mejor de mi charla con Martín Luis Guzmán, autor de *El Aguila y la Serpiente*, *La Sombra del Caudillo* y *Mina el Mozo*, libros que le han dado prestigio sólido y lo comprometen a escribir obras de más aliento, con entraña más honda.

—En realidad —me dice, a la primera interrogación— he venido a México para preparar los materiales de un libro: *La Historia de la Revolución Mexicana*, que abarcará hasta la muerte de Obregón.

—Ya era tiempo....

—Y quiero que lo que me salga sea una obra, si no definitiva, no de apreciaciones superficiales de hechos, sino un verdadero relato histórico, una relación histórica. Esto lo he empezado hace algún tiempo, pero no he podido terminar algunos temas por la falta de documentos que en España es muy difícil obtener, y es que eso cuesta mucho tiempo, mucho dinero, mucha correspondencia, y aprovechando este viaje, he querido allegar todo lo que pueda, como documentación.

—Ya algunos hombres de estudio, del extranjero, me habían preguntado por alguna "Historia de la Revolución"; y, verdaderamente, no la hay...

—Eso es lo que yo estoy haciendo. Ahora, quién sabe si termine esto antes que otras páginas. Lo más probable es que no.

—¿Y "La Sombra del Caudillo" ya está terminada?

—Es la segunda parte de una trilogía. La primera la estaba escribiendo cuando murió Serrano, el general Serrano; y ese asesinato fue lo que me impulsó a dejar lo que estaba haciendo, aunque empecé la segunda parte que concluye con la muerte de un personaje que lleva el nombre de Ignacio, pero que está inspirado en Serrano, porque es un personaje sintético, que recibe elementos novelísticos de otros políticos. Pero, en fin, la parte dramática, la parte expresiva del asunto mexicano fue el modo como Serrano acabó.. Por eso dejé la primera parte y me puse a realizar la segunda; pero he vuelto a tomar la primera y creo que eso será lo que acabe antes, a menos que no sea la segunda parte de mi biografía de Mina, pues de ella quiero hacer un libro casi independiente. Y lo que ahora me interesa es *La Historia de la Revolución*.

—Hay ya una rica bibliografía. La más completa es la de Roberto Ramos. Y sé que la Universidad de Texas tiene mucho material reunido, sobre todo folletería. En México tenemos colecciones como las de Joaquín Díaz Mercado, José Valadés, Alfonso Taracena. El editor Gabriel Botas formó la más completa que se conocía; pero me ha dicho que la vendió.

—Sí, hay mucho, muchísimo, muchas cosas fragmentarias. . . .

—Pero usted preferirá los documentos manuscritos, que son los más importantes.

—Yo lo que quiero es información, documentación de primera magnitud. Todo esto hay que hacerlo antes de que se dispersen muchos archivos que ahora están en magnífico estado, pues quiero ver si hay modo de aprovecharlos, y en esas gestiones ando.

—“La Prensa” de San Antonio, Texas, ha publicado algo y, por cierto, muy valioso.

—Conozco esas entrevistas, esas cartas. Se ha publicado aquel famoso archivo de la Revolución, que se refiere al movimiento de 1923; se han publicado las memorias de Vázquez Gómez; tiene muchas cosas escritas Pani.

—Parece que ya empiezan a hablar muchos.

—Sí, ya empieza a moverse esto. A mí me tocó ser una especie de fundador de escuela con “El Aguila y la Serpiente”.

—Eso quiere decir que fuera de México hay creciente interés por conocer lo que pasó, ahora que otros países son los conmovidos.

—Hay un interés muy grande, particularmente ahora que España se mueve en definitiva por cauces de aspiración izquierdista; llamémosle así, para entendernos.

—Y es natural, que su libro, como los otros, sea traducido. Seguro que lo será, porque usted tiene facilidades para ello.

—Tengo editor que está esperando. Yo puedo editar allá desde luego, y creo que lo traducirán en el acto. Lo que no sé es si las fuerzas me alcanzarán. Es una tarea bien difícil; es muy complejo eso de la Revolución, para ser mirada así a corta distancia, entre la imposibilidad de conseguir documentos e informes que hay y la gran deformación que la causa revolucionaria ha tenido por efecto de la política de los líderes, ya que cada grupo que ha llegado al poder desde 1914, ha deformado, ha procurado deformar en todos los actos oficiales, ¿verdad?, la realidad anterior.

—Por más que la línea histórica no se ha interrumpido. . . .

—No digo deformarla en los hechos, sino en la opinión, porque hay una opinión falsa sobre muchas cosas, lo que se ha hecho a impulso de las necesidades políticas de todos los días. Por ejemplo: un partido dice: “Todo aquello —refiriéndose a lo hecho por el partido anterior— no sólo fue un disparate, sino una monstruosidad”. Y puede ocurrir que no haya sido ninguna de las dos cosas. Y, justamente, hay que desprenderse de todo esto que es de tipo exclusivamente político, que está incrustado en el suceso revolucionario y que la historia no puede considerar. Esa es la dificultad; y yo la veo, la siento.

—Tiene usted razón. En España ¿quiénes de los escritores se interesan por temas estrictamente mexicanos?

—¿En general?

—Sí, en general. Porque los universitarios son los que más se preocupan por lo que pasa en ciertos países.

—Uno de ellos es Fernando de los Ríos, que no pierde su interés por todo lo mexicano. Y luego, en el orden artístico puede decirse que todos los que hacen allá crítica de arte se interesan por el florecimiento del arte mexicano que ha llegado a tener, en realidad, un auge único en la historia de México. Me refiero a la pintura. Rivera, Orozco, etc., son conocidos, comentados mucho en España.

—Y han venido algunos españoles prominentes a estudiar problemas de arte español en México.

—Y no podemos olvidar el interés que en España despertó la exposición de las escuelas al aire libre.

Esta alusión, aquel comentario, nos obligan a deslizar la charla, imposible dejar de hacerlo, hacia la situación actual española, que Guzmán conoce tan a fondo, porque ha sido algo más que un simple espectador, dada su amistad con don Manuel Azaña.

—¿Y cómo la ve usted? ¿Viene Azaña a la Presidencia?

—Eso lo sabremos dentro de pocos días y no tiene importancia decirlo. Yo creo que sí llegará. Entiendo que si Azaña ve que hay unanimidad en todos los elementos constitutivos del Frente Popular, favorable a que él vaya a la Presidencia, seguramente que aceptará. Ahora, si la unanimidad no llega, o por lo menos no se define bien, es posible que Azaña no acepte, creo que no acepta. La unanimidad puede no producirse, no porque haya entre los grupos y partidos que integran el Frente Popular quienes no supongan a Azaña capaz de ser Presidente, sino porque muchos de ellos creen que su labor puede ser más importante como Jefe del Gobierno y no como Jefe del Estado.

—Ayer apareció un cablegrama haciendo un comentario que disgusta a sus amigos, según se dice, afirmándose que si Azaña llegara al poder sería un nuevo Kerensky.

—Lo de Kerensky en España lo dicen las “derechas”, que hacen todo lo posible por apartar a Azaña de su contacto con las masas. Le dicen: “Tú vas a ser otro Kerensky”, tanto para ver si de esa manera logran apartarlo de las masas, como para ver si éstos se van contra él; pero en este caso creo yo que desconocen el estado psicológico de las masas españolas, como siempre. Azaña, sin ser socialista, sin ser comunista —Azaña es un republicano-demócrata— quiere, a través de las instituciones de la República, que se llegue a un estado económico y de justicia social que satisfaga las aspiraciones mínimas de los proletarios. Sin ser, digo, un socialista, está perfectamente identificado con estas aspiraciones de las masas españolas. De modo que querer ponerlo frente a ellas es una tontería. Azaña le está haciendo en este momento a España el enorme servicio de mantener dentro del marco de la República a todos los elementos y partidos de la extrema izquierda, que sin Azaña, sin la promesa que Azaña significa para ellos, posiblemente se lanzarían a la revolución. Esa es la verdad. Y eso lo sabe la parte consciente de las “derechas;” lo saben, y por eso ven en Azaña su última esperanza de salvación. Con Azaña preparan el tanto por ciento que, indudablemente, tienen que perder las clases acomodadas, y sin Azaña lo pierden todo. Y eso lo saben las “derechas” y las “izquierdas” extremas. En España no son partidarios de la violencia.

—Pero ¿y los motines últimos?, ¿los asaltos a los templos católicos?

—Son desahogos momentáneos, que siempre tienen una causa ocasional. Es el desfogue de las masas que ante hechos como el de que de pronto se mate a un socialista, o se interrumpa un entierro, o que se diga que se ha querido envenenar a unos niños, hacen que las masas se echen a la calle y vean enemigo inmediato en el clero, y se van contra las monjas... Pero las masas españolas no son partidarias de la violencia.

—Lo que quiere decir, entonces, que no son los líderes, sino las masas....

—A la revolución de octubre de 1934, los que se lanzaron fueron con repugnancia, fueron por necesidad; por necesidad de salvar la República, porque veían que, de lo contrario, la perdían. Sin la revolución de octubre, quién sabe lo que habría pasado a la España republicana. La prueba está de que hicieron esfuerzos desesperados para convencer a don Niceto, para no entregarle el poder a la CEDA (los “derechistas” españoles que habían tenido mayoría en las elecciones de 33, sin declararse republicanos). “Y si lo haces, tú faltas a la Constitución y das un golpe de Estado”, le decían. Pero se lo dijeron hasta la víspera, horas antes de la huelga general, con el fin de que don Niceto rectificara y dijera: “No doy acceso a la CEDA al poder”. Las masas españolas, insisto, no gustan de la violencia. Es posible que recurran a ella si no tienen otro camino; pero si se les ofrece una senda en que poco a poco vayan obteniendo lo que ellas creen que es el mínimo de sus aspiraciones, las masas no irán a la violencia. La conciencia de esta situación es lo que hace de Azaña el valor más importante de la República Española.

—Fue, pues, un error el de las “derechas”.

—Un gran error el de ellas al no haber dado a Azaña, durante el primer bienio en el que él gobernó, todas las facilidades que exigía para llevar a efecto esa labor que cortaría para siempre el peligro y la amenaza de la inercia, sino que se empeñaron en cerrarle por todos lados el camino. Ahora el problema está en si las “derechas” españolas, después de las enseñanzas y experiencias últimas, van a tener la clarividencia suficiente para darle en esta situación las facilidades que le negaron. Y si se le dan, España sale de la situación actual sin ningún trastorno grave, con una transformación, más o menos honda, en sus instituciones económicas. Si no dan esas facilidades, sino que vuelven a empeñarse obsecadamente en cerrarle el camino, como en el primer bienio, entonces lo que van a conseguir es que estalle o que se produzca el fenómeno de que las masas se lancen a conseguir, con la violencia, lo que no se les da por la buena.

—Es decir, que son las “derechas” las que hablan de la posibilidad de ir al comunismo en España.

—La amenaza del comunismo en España no es más que un arma de las “derechas”. Las elecciones del 16 de febrero, se hicieron todas a base, por parte de las “derechas”, de gritos contra el “marxismo”, “contra el comunismo”, “contra la revolución y sus cómplices”. Esos fueron los lemas en la campaña electoral, por parte de las “derechas”. En cambio, las “izquierdas” no tuvieron ningún lema ni produjeron desórdenes de ninguna especie.

—¿Y el programa de las “izquierdas”?

—Hicieron un magnífico programa, que es un libro, que es el programa del Frente Popular. Lo que se conoce de ese programa es un extracto en donde están sintetizados todos los puntos; pero los estudios completos de cada punto, formarían un libro muy voluminoso. Y este programa, que no es socialista ni comunista, contiene uno por uno todos los puntos que se proponen desarrollar los hombres que están en el poder, mientras las "derechas" han seguido diciendo: "Contra la revolución y sus cómplices". "Si los comunistas ganan, se repartirán las mujeres, se acabará el capital, se repartirán las tierras", etc., etc. Y contra esto, que es la exposición de los mayores peligros para una sociedad, el pueblo votó por las "izquierdas". Y dijeron: "Votamos por la revolución y por sus cómplices"; y sobre todo en Asturias, que había sufrido todos los efectos de la revolución de octubre. Las "izquierdas" españolas al otro día de las elecciones pudieron hacer, con derecho pleno, la revolución de octubre, porque tenían la mayoría. Las "izquierdas" no lo han hecho; lo que quiere decir que no son amantes de la violencia.

—Es evidente que, gracias a la situación de España, ahora se mira más hacia América, hoy más que antes. Tenemos síntomas precisos.

—Sí, sí, claro, claro.

—Lo vemos a través de la prensa, de las cartas de los amigos. Hoy hay más interés por conocer lo que está pasando en América, por acercarse más a América.

—Efectivamente, hay una corriente de sincero deseo de hacer inteligente comprensión.

—Nos parece que ahora sí, España viene a América. Tratan de entenderse las Universidades, los escritores, toda la gente pensante. Porque eso de los toreros son riñas que nada tienen que ver.

—Sí; esa es una expresión lamentable del momento, pero eso pasará. El fenómeno, en general, es un interés muy grande por las cosas de América.

—Esa revista "Tierra Firme", ¡qué bien!

—Ahí tiene usted. Se refiere usted a Diez-Canedo, su director, un hombre que se ocupa de los problemas de América y que los conoce profundamente, quizá mejor que algunos hombres de estos países.

—¿Y usted vuelve al periodismo o ya lo dejó del todo?

—No hago periodismo activo, ni me propongo volver. Ahora quiero dedicarme a mis libros. Quiero hacer algo más sólido.

—Sus libros traducidos ya al inglés, al francés, el alemán, el italiano. Me parece que *El Águila y la Serpiente* es el que ha tenido más resonancia.

—El de más resonancia, sí. No es por vanagloriarme, porque eso no me gusta, pero en efecto, ha tenido ese libro una acogida muy grande. La primera edición se agotó en quince días. Se han hecho tres ediciones, cada una de 5,000 ejemplares. Y a *La Sombra del Caudillo* no le ha ido mal, pues se han tirado 8,000 ejemplares.

Luego surge el recuerdo de don Carlos Pereyra, colosal trabajador, que sigue en pie, forjando más prestigio, enriqueciendo sus investigaciones de historiador, ya radicado en España, con vinculaciones envidiables.

—El trabaja para el editor Aguilar. Y sigue siendo el gran trabajador, el gran investigador. Y colabora en muchos periódicos de América.

—Pero sin haberse desvinculado de México. Es injusto que se diga, por ejemplo, que Alfonso Reyes ya no es mexicano, que se ha alejado de México.

—Sigue siendo Alfonso la gran curiosidad mexicana, la fina mexicanidad, la de altísimo abolengo, la penetración crítica más sutil de que podemos ufanarnos. Y ante todo, sobre todo, el prototipo del hombre de letras.

—Yo creo que viviendo en España mucho tiempo, se puede retornar con más seguridad a las esencias mexicanas.

—Lo que le pasa a un mexicano en España es que empieza a sentir a México más intensamente en su verdadero sentido moderno, que es el del trasplante de lo español a América.

—Es lo que le pasó a Ruiz de Alarcón. En él siempre salió a flote lo mexicano, lo mexicano que se encendra, que es matiz.

—Y generalmente lo que pasa es que lo mexicano toma forma y cuerpo con un sabor español que acaso supera un poco lo que sería si no hubiese salido de aquí. Es la superación de lo mexicano. México moderno no es más que el florecimiento de lo español en tierras de América.

—Yo no he ido a España. Pero iré. Es un deber ir a España. ¿No le parece? Así podremos entender muchas cosas nuestras.

—Y algún día las barreras de orden económico, que nos separan, no existirán.

—Yo veo casos admirables, de gentes que han ido, claro que con buena preparación, a España, y que son más mexicanos que antes. Mencionaré a los médicos Martínez Báez, Clemente Villaseñor, y a otros muchos que han rectificado opiniones, que se imaginaban que sólo Francia y Alemania elaboraban ciencia.

—Sí, en España hay magníficos laboratorios, hay ilustres maestros.

—Ese intercambio de universitarios debe continuar. La labor del Instituto Hispano-Mexicano es muy inteligente, muy insistente. Ya ha logrado traer a Blas Cabrera, Luis de Zulueta, Fernando de los Ríos, Pío y Hortega, Américo Castro, Pittaluga, Salvador de Madariaga y otros. Ahora se proponen que vengan a dar conferencias Marañón, Ortega y Gasset y parece que Unamuno. Ahora hay un becado estudiando derecho: Bernardo Ponce. Y fruto de ese programa es uno de los jóvenes más bien preparados para emprender indagaciones históricas, Silvio Zavala.

—Todos, efectivamente, modifican sus opiniones. Y todos ganamos.

—Castro se fue encantado de México, al igual de los otros. Y encontró que en México todavía se habla mucho del antiguo español. Encontró formas supervivientes de la cortesía, de la elegancia verbal. “¿Tendría usted la bondad de decirme si tiene alfileres?”; esto lo dicen muchas gentes del pueblo cuando se acercan a comprar. Es lo que decía Cuervo: hay en América muchos provincialismos que, viéndolo bien, no son más que expresiones del más puro abolengo español.

—Leyendo a Santa Teresa se encuentra la mayor parte de los giros que usamos en México. No son más que supervivencias del habla castellana del siglo XVI, traídas por los conquistadores. En España creen muchos que son expresiones de origen mexicano y ello se debe a que allá no las usan.

—¿Y ahora qué más podríamos decir?

—Nada más. Pero se me olvidaba decirle que estoy consultando en el Archivo General de la Nación algunos papeles para la *Biografía de Francis Drake*, que estoy en vísperas de publicar.

—Mr. Conway encontró algo en ese archivo, al estudiar antecedentes de ingleses en México, de aquellos que la Inquisición atrapó.

—He visto los trabajos de Mr. Conway, enviados al biógrafo de no sé qué personaje.

—Y no olvide usted el magnífico libro de Mrs. Nuttall que se llama *New Light on Drake*. Y para Mina recuerde que se ha publicado ya el epistolario de Bolívar, compilación de don Vicente Lecuna.

—Mina trajo cartas muy importantes de Inglaterra. He reunido nuevos materiales para su biografía. Y he visto los procesos que se levantaron a aquellos ingleses cogidos en Veracruz cuando vino Hawkins.

—Olvidaba decirle que el gran anticuario Demetrio García tiene algunos documentos inéditos, que esclarecen mucho de la expedición del General Mina.

Nuestra charla termina así, con la cordialidad cálida que procede de algún tiempo, cuando Martín Luis Guzmán y yo nos encontramos en Nueva York en días azarosos para él, porque hacía sus primeras armas en la política. Recuerdo que entonces me regaló ejemplar de *La Querrela de México*. Más tarde el periodismo—torbellino terrible que dobla las torres esbeltas— se lo llevó fuera del país. Y ahora ha retornado, aunque para breve estada, a trenzar amistades, a fortalecer conocimientos, seguro de que España va en ascensión y de que México tiene más motivos para continuar la noble, la verdadera tradición española, dándole su más elevado sentido.

DECIMA DE OLVIDO

*OLVIDO fuera tu olvido
y olvido tu desamor
que por olvido de amor
más olvido ha conseguido.
Nunca olvido preterido*

*por olvido de olvidar,
puede al olvido dejar
en olvido, por perderse
en el olvido y volverse
olvido de aquel olvido.*

SOCIOLOGIA DE LA OBLIGACION MORAL

P o r S A M U E L R A M O S

SAMUEL RAMOS, uno de los valores del Claustro universitario de México, nos presenta aquí un interesante ensayo sobre la interpretación biológica de la moral, en relación y contacto con una obra reciente de M. Bergson, titulada "Las dos Fuentes de la Moral y la Religión". Es el artículo que sigue una perspicaz mirada sobre la referida tesis del filósofo de "l' élan vital", seguida de un conjunto de observaciones críticas que vienen a descubrir los puntos de coincidencia del filósofo francés con otros pensadores que se han ocupado, ayer u hoy, del mismo problema apasionante.

LA interpretación biológica de la moral que fue formulada en el siglo XIX, con el criterio científico del "naturalismo" es una tesis que hoy está definitivamente desacreditada en el ámbito de la filosofía. Tal vez la razón más poderosa que hubo para rechazar la ética naturalista fue que en su tabla de valores el hombre resultaba rebajado al plano de la animalidad y esto ofendía el sentimiento de la dignidad humana. Repugnaba conceder en nombre de la "necesidad natural" una justificación a los instintos que un prejuicio tradicional ha considerado la encarnación misma del mal. Parecía que en el fondo, la ética naturalista, era una doctrina que hipócritamente disimulaba la negación de la moralidad, y que su verdadero título era el de "inmoralismo". Nietzsche tenía a orgullo llamarse "inmoralista" pero por distintas razones. Su profunda visión de psicólogo, le descubrió que la otra moral, la que se precia de alta y de noble por su abolengo espiritual y religioso, tiene en realidad su origen en sentimientos bajos y mezquinos. Sus nuevas tablas de valores en que exalta el poderío, como vida ascendente, constituyen, sin duda, una variante de la moral de los instintos, pero con una dignidad filosófica de que el naturalismo carece en absoluto.

Los tiempos que corren vuelven a ser favorables a una reconsideración de la moral desde el punto de vista biológico, que hoy debe adoptarse para anotar experiencias importantes siempre que no se abandone el plano filosófico en que la cuestión debe ser juzgada y se caiga en brazos de un criterio anticuado científico naturalista. La historia contemporánea nos muestra por todas partes el interesante fenómeno de la "rebelión de los instintos" que asume manifestaciones múltiples y variadas. La propagación de los deportes como educación y como espectáculo, las nuevas costumbres eróticas, el jazz, el primitivismo en el arte, el socialismo, el desprecio por la cultura y otros hechos característicos de la vida moderna que sería largo enumerar, son expresiones diversas de esa conmoción psicológica que se produce en todos los habitantes del mundo civilizado: la rebelión de los instintos.

Una nueva teoría biológica de la moral ha sido defendida recientemente nada menos que por M. Bergson (1) filósofo espiritualista insospechable de "inmoralismo". ¿Cómo se compagina esta tesis moral con la tendencia general de

(1) Les deux sources de la Morale et de la Religion. —Paris, Alcan, 1932.

su filosofía? Es que tal vez M. Bergson es menos "metafísico" de lo que se le supone. Su obra muestra una profunda huella del espíritu de Comte hoy incorporado a la mentalidad francesa como un sentido realista que existe aún entre los pensadores más distantes del positivismo. Sería injusto desconocer el abundante material científico que Bergson ha seleccionado para dar un fundamento positivo a su filosofía. Las reflexiones de Bergson sobre la ética pueden sumarse a aquellas tendencias de la filosofía actual que subrayan el carácter social de la moralidad.

EL ORIGEN DE LA OBLIGACION

La teoría moral de Bergson descansa en el concepto de que el hombre es, ante todo, un ser social (2). Aún en el aislamiento Robinsón sigue en contacto con la sociedad por medio de los útiles que lo mantienen dentro de la civilización. La sociedad es immanente al individuo bajo la forma del "yo social", que mueve la vida práctica del hombre. Sería más propio llamarle el "nosotros" que antecede en la conciencia al verdadero "yo" individual.

Lo que M. Bergson se propone indagar en su último libro es el fundamento de la obligación moral. ¿Por qué nos sentimos obligados? La pregunta no se refiere a ninguna obligación en concreto, sino a la obligación como forma general de la moralidad, o bien para usar la expresión del autor, a "le tout de l'obligation". Es en vano tratar de comprender la necesidad de la obligación como derivándose del respeto a la razón, tal como Kant lo pretende; o bien por medio de cualquiera otra teoría, intelectualista, porque todas ellas presuponen la obligación. "Lo que hay de propiamente obligatorio en la obligación no viene de la inteligencia". La pretensión de fundar la moral en el respeto a la lógica —dice Bergson— ha podido nacer entre los filósofos y sabios acostumbrados a inclinarse ante la lógica en materia especulativa, e inclinados a suponer que en cualquier materia y para toda la humanidad la lógica se impone como autoridad soberana.

El origen de la obligación moral debe buscarse, entonces, por otra parte, en el lado de la biología. Tal vez la teoría más satisfactoria se encuentre refiriendo el sentimiento del deber a una cierta necesidad de la vida. ¿Pero cuál es esta necesidad? De no aceptar la respuesta que M. Bergson expone en su brillante ensayo, debe reconocerse al menos, que es una de las más

ingeniosas entre las tesis propuestas para resolver el problema de la obligación.

Un ser no se siente obligado sino cuando es libre, y cada obligación, considerada aparte, implica la libertad. La naturaleza ha querido que el hombre sea sociable, y para asegurar tal fin ha dotado a cada individuo de un instinto que lo mantiene adherido a la comunidad. Así, ésta es la que traza a cada sujeto el programa de su existencia entera. La solidaridad social se mantiene gracias a un sistema complicado de costumbres que responden a las necesidades colectivas.

La naturaleza ha establecido en la sociedad nexos muy semejantes a los que se encuentran en cualquier ser organizado. El instinto gregario que, como hilo invisible, mantiene la unión de los individuos, es equivalente a la fuerza que une las celdillas de un organismo. Pero esta cohesión estrecha tiene que relajarse de vez en cuando, siempre que es conveniente dejar en libertad al individuo para que use su inteligencia en favor de la sociedad. La ventaja que, desde el punto de vista individual, representa la libertad, puede ser, desde el punto de vista general, un peligro. El individuo libre puede aprovechar su inteligencia en beneficio propio y desentenderse de los intereses sociales. La conciencia de la obligación está destinada entonces, a contrarrestar los impulsos egoístas y aparece solamente en los casos en que esta emergencia se presenta. La obligación es, pues, una fuerza que vigila para que las veleidades individuales no comprometan la organización social (3). Si el hombre se conformara con ser un elemento subordinado a la acción de conjunto, a semejanza de una celdilla respecto a los tejidos, o a la obrera dentro del hormiguero, en vez de una obligación imperaría la necesidad. La obligación resulta pues, en cierto modo, de la aparición de la inteligencia cuya acción disolvente en la vida colectiva tiende a contrarrestar (4). A la obligación es immanente la representación de una sociedad que quiere conservarse. "Es la necesidad del todo sentida a través de la contingencia de las partes lo que llamamos obligación moral en general. (5).

EL RESPETO DE SI MISMO

Si bien la inteligencia en unas ocasiones piensa en contra del instinto social, en otras éste se impone y entonces debe pensar en defensa del instinto, como si careciera de fuerza propia y hubiera que pedírsela a la inteligencia. Así, por

(3) *Les deux sources*, págs. 6 y 7.

(4) *Id.*, págs. 23 y 24.

(5) *Id.*, pág. 53.

(2) *Les deux sources*, etc., pág. 9.

ejemplo, hará un razonamiento para establecer que el interés del individuo radica en trabajar en provecho de la comunidad, y parecerá que la obligación queda fundada racionalmente. Pero la verdad es que tal fundamento sería poco convincente si no preexistiera la conciencia de la obligación.

Un hombre puede también justificar la obligación por algo que tiene la apariencia de un interés del individuo y no de la comunidad. Dice, por ejemplo, que debe acatarse la obligación por el respeto de sí mismo, por un sentimiento de la dignidad humana. El hombre que así se expresa se desdobra en dos personalidades (6). Hay un "yo" que respeta y otro que es respetado. ¿Cuál es este "yo"? ¿En qué consiste su dignidad? No es dudoso para Bergson que ese "yo", es el "yo social". En la mentalidad primitiva no existe bien diferenciada una conciencia individual y el sujeto vive confundido en el grupo. En el primitivo se comprueba de un modo notable que el "respeto de sí" coincide en absoluto con el sentimiento de solidaridad entre el individuo y el grupo, es decir, que la conciencia de grupo está siempre presente al individuo aislado. Lo mismo puede pensarse de una mentalidad superior de tipo civilizado. "Que se piense en lo que había de orgullo, al mismo tiempo que de energía moral en el: *Civis sum romanus*: el respeto de sí en un ciudadano romano debía confundirse con lo que llamaríamos hoy su nacionalismo. Pero no es necesario recurrir a la historia o a la prehistoria para ver que el respeto de sí coincide con el amor propio de grupo". (7). Por lo tanto, debe considerarse siempre el respeto de sí, como un sentimiento social.

LA SOCIEDAD CERRADA

Estas últimas observaciones nos hacen comprender que el instinto social contenido en la obligación, no abarca la humanidad en toda su amplitud, sino solamente círculos más limitados, como por ejemplo, una nación. A tales grupos Bergson los consideró como una "sociedad cerrada". El instinto social que actúa a través de la obligación conduce a la solidaridad de grupo, pero al mismo tiempo a la lucha contra los grupos extraños. La cohesión social, se debe en gran parte a la necesidad que tiene una sociedad de defenderse contra las otras y "es desde luego contra todos los hombres, por lo que se ama a los hombres con quienes se vive". "La estructura

moral original y fundamental del hombre está hecha para sociedades simples y cerradas". (8).

LAS DOS MORALES

La moral de la obligación en tanto que no tiene vigencia, sino para grupos humanos reducidos, no puede constituir la única expresión de la moralidad. Por encima de aquella moral social, hay que colocar otra moral que, rebasando las fronteras de razas y naciones, tiene un alcance universal; ella es propiamente una moral de la humanidad. Se trata de dos morales muy diferentes, no sólo en amplitud, sino también en contenido.

La moral del deber se expresa siempre en preceptos y fórmulas. La otra moral encarna en hombres excepcionales que aparecen en todo tiempo. "Mientras que la primera (moral) es tanto más pura y más perfecta cuanto mejor se reduce a fórmulas impersonales, la segunda, para ser plenamente, debe encarnar en una personalidad privilegiada que se torna un ejemplo. La generalidad de la una proviene de la universal aceptación de una ley; la otra de la común imitación de un modelo". (9).

Esta última moral no se impone a la conciencia como un imperativo; se presenta más bien como una atracción y una aspiración. Mientras que la primera es una moral social que obliga respeto a la ciudad, la segunda es una moral humana cuyo contenido es el amor. (10).

EL PAPEL DE LA EMOCION EN LA MORAL

En el origen de las grandes obras de arte, de la ciencia y la civilización hay siempre una emoción nueva. Al lado de la emoción que es efecto de una representación, hay la que precede a la representación y aun la contiene virtualmente de manera que la emoción es su causa, hasta cierto punto. Esta emoción es creación e intuición. La emoción tiene una parte considerable en la génesis de la moral, pero se trata de una emoción capaz de cristalizar en representaciones y aún en doctrina. La moral traduce entonces un cierto estado emocional.

En la moral del deber está inmanente la representación de una sociedad que tiende a conservarse. Por eso sus preceptos tienen la rigidez y la inmutabilidad de la tradición. En la moral de la aspiración está implícitamente contenido el sentimiento del progreso. Es, pues, una

(6) *Les deux sources*, págs. 64 y 65.

(7) *Id.*, pág. 65.

(8) *Les deux sources*, pág. 53.

(9) *Id.*, pág. 29.

(10) *Id.*, pág. 53.

moral flexible y cambiante, cuya emoción es el entusiasmo de una marcha hacia adelante. Profundizando este nuevo aspecto de la moral se descubre su coincidencia con el esfuerzo generador de la vida.

La moral del deber es una aportación de la naturaleza, la otra del genio humano. Es un "élan d'amour" un esfuerzo de "evolución creadora".

Para educarse en esta moral es preciso la unión espiritual, la imitación de una persona.

Tomando la palabra "biología" en su más amplio sentido, M. Bergson concluye afirmando que toda moral como obligación o como aspiración es de *esencia biológica*.

OBSERVACIONES CRÍTICAS

La teoría moral de Bergson consta, en su trazo esquemático, de las ideas esenciales que hemos destacado en nuestra síntesis. Considerando aisladamente cada una de esas ideas no podremos estimarlas como una nueva aportación al conocimiento ético, no obstante que traducen, con matices personales, modos de pensar que flotan en la atmósfera filosófica de nuestro tiempo y tienen por ello el valor de la modernidad. Su crítica al formalismo y al intelectualismo moral, su idea de centrar la moral en elementos irracionales del hombre como el instinto, la emoción, el amor; su punto de vista social, etc., son conceptos que abundan en la literatura filosófica contemporánea. Si alguna reserva cabe hacer a las ideas morales de Bergson, cuando se examinan separadamente, es por la falta de precisión con que están formuladas, defecto que, por lo demás, es ya una característica de toda la filosofía bergsoniana. Es insuficiente la definición de conceptos tales como intuición, emoción, instinto, biología, etc., para poder comprender el sentido justo de la doctrina moral y pronunciar un juicio acertado respecto a su valor. Quizá el autor no se propuso presentar un sistema acabado de ética, pues, a juzgar por el espacio que le dedica en su último libro, parece que sólo le interesa ofrecer un bosquejo de ella a través del problema de la obligación. Afortunadamente, los puntos de coincidencia que tiene el filósofo francés con otros pensadores que se han ocupado del mismo asunto, permite al lector de buena voluntad interpretar las ideas de aquél, y, en cierto modo, completarlas por medio de las orientaciones que señalan otros sistemas parecidos, pero más consistentes y precisos.

La doctrina moral de Bergson tiene, en puntos esenciales, notables coincidencias con la ética de Max Scheler, si bien éste ha desarrollado con mayor rigor filosófico y con mayor detalle y ex-

tensión su pensamiento moral. Ambos filósofos sostienen que el amor es el fundamento del acto moral, pero a Bergson le falta la idea de los "actos intencionales" gracias a la cual Brentano y Scheler han podido encontrar nuevos caminos a la ética. La conciencia moral es también para Scheler el resultado de una "intuición emocional" que pone al sujeto en relación con el mundo de los valores. Una de las más serias limitaciones de la doctrina bergsoniana es el desconocimiento absoluto de la noción de valor que hoy parece imprescindible en el campo de la ciencia moral, pero que en la teoría de Bergson no se menciona para nada. Otras analogías pueden señalarse entre Bergson y Scheler, como el personalismo moral, y aún ciertos aspectos de la doctrina del deber, lo que significa que cuando hay ciertas necesidades espirituales, reclamando una idea, aparece al mismo tiempo, en distintos pensadores que no están en mutua comunicación intelectual.

Si consideramos ahora la teoría bergsoniana ya no en forma analítica, sino en conjunto, su valor aumenta en varios sentidos. Ciertamente que la doctrina de Bergson no está pensada con el rigor filosófico de otras doctrinas semejantes, pero en cambio, su "ethos" está más cargado de fuerza de convicción. Desde luego, en ninguna doctrina ética se había establecido con más evidencia la correlación que existe entre el deber y la libertad, de manera que sin arriesgarse por abismos metafísicos, se puede inferir de la obligación como un hecho de conciencia la existencia de la libertad moral.

Es también importante distinguir en la vida moral, dos esferas diversas, no solo por su amplitud de radio, sino por el sentido moral de cada una de ellas que no tiene la misma dirección. Este es un punto que no está desarrollado en la tesis de Bergson, pero que, sin duda, está implícito en la caracterización que hace de las dos formas de la moral. La moral de la obligación, es considerada acertadamente, como una moral social de grupo, y este grupo puede ser la nación. El filósofo llega aún a identificarla con el nacionalismo al decir que "es contra todos los hombres, por lo que se ama a los hombres con quienes se vive". En efecto, el nacionalismo se caracteriza por la actitud de hostilidad de un grupo contra todos los demás. "Todo ser colectivo supone —dice Julien Benda—, una voluntad de asociación y una voluntad de oposición. Un amor y un odio. (11). Y Bergson agrega que: "la estructura original y fundamental del hombre está hecha para so-

(11) Discours a la Nation Européenne: La Nouvelle Revue Française: Núms. 232 y 234.—1933.

ciudades simples y cerradas", es decir, para la moral nacionalista. Pero puesto que en esta moral hay un elemento de odio, cabe dudar si tienen en efecto un valor ético. El nacionalismo es una pasión que M. Benda descompone en movimientos sucesivos. En el primero el hombre abandona su egoísmo, abdica de su voluntad de ser una individualidad única, separada de todas las otras y afirma su comunión con todos los hombres que le son semejantes por la sangre, el idioma, los intereses, los ideales, la historia, etc. Pero en el segundo movimiento recupera esta voluntad en nombre del grupo al cual pertenece. El egoísmo que desaparece en el primer movimiento reaparece en el segundo, sobre un nuevo plan. "El egoísmo, dice Benda, al hacerse nacional, se convierte en egoísmo "sagrado". En cuanto que el primer movimiento encierra una superación del egoísmo individual, no se le puede negar un valor ético. En el fondo, como la reconoce Benda, el nacionalismo resulta más bien del segundo movimiento. Esto rectificaría un tanto el pensamiento de Bergson y diríamos entonces que el nacionalismo empieza donde termina la moral social de grupo. Mientras que la ética de los valores tal como se ha definido en Alemania, tiende a establecer el lado objetivo de la moral, constituido por un mundo ideal de valores y normas, la obra de Bergson insiste en el otro lado de la vida moral: el lado humano. La moral es, en

efecto, la resultante de dos factores, uno legal que a través de la conciencia nos marca el camino del deber, y otro humano hecho de impulsos favorables o contrarios a la realización de fines valiosos.

Al distinguir Bergson un tipo de moral irreductible a la de la obligación, señala un hecho innegable sobre el cual no se ha insistido suficientemente, tal vez porque ha sido tan grande la sugestión de Kant, que se ha tendido siempre a identificar la moral con el deber. Parece que esta moral de la aspiración corresponde mejor con el esfuerzo real de creación en la vida moral histórica, que la doctrina del ordenamiento inmutable de los valores sostenidos por Scheler. Es un acierto la relación que establece Bergson entre la moral de la aspiración con su anterior doctrina de la "evolución creadora". Entonces las dos morales no se muestran acordes entre sí; muy al contrario, entre ellas existe un conflicto constante; y así es como suceden los movimientos morales en la historia. Toda reforma moral al nacer va en contra de la moral social establecida, y aparece, en ese momento, como un movimiento *immoral*. El espíritu conservador ve siempre a los reformadores morales como individuos peligrosos que corrompen las costumbres, y por eso los atenienses castigaron a Sócrates con la pena de muerte.

MUERTE Y SUPERVIVENCIA DE LA NUEVA ESPAÑA

P o r

SALVADOR TOSCANO

SI dirigimos nuestra mirada a la Nueva España al finalizar la época de los Habsburgo, tropezamos con un mundo medioeval, hermético y complejo, sumergido en el más desmayado de los ahistoricismos. América vive en la soledad impuesta por el bloqueo español; encerrada en esa *muralla china* que han sido llamadas sus fronteras y cuyos destinos permanecen ignorados para el resto de Europa: ni Francia, Flandes, Inglaterra o Prusia, saben de aquel mundo velado cuidadosamente por la Contrarreforma.

SALVADOR TOSCANO, joven universitario, encierra en este estudio la visión sintética de México. Es un intento por encontrar nueva interpretación a las viejas cosas de nuestra patria, de nuestra "Suave Patria"...

Quienes sólo buscan los anecdóticos de la historia, han de quedar defraudados ante este mundo somnoliente, misterioso, enquistado en un torpón medioevalismo, y en que aparentemente todo acaecer histórico se refiere a la llegada de la Nao filipina o al cambio de virreyes y monarcas españoles. Y, sin embargo, bajo esa máscara impenetrable, bajo esa supuesta capa de una sociedad reposada y grave, se oculta todo un mundo viviente, un mundo orgánico preñado de significación, una humanidad que se agita angustiosamente en medio de la rigidez de los "gremios" y "encomiendas";

un mundo que vive su heroica y silenciosa interioridad hasta el momento en que la generación de la Enciclopedia lo alcanza a conmovier.

Algunos siglos antes—al finalizar el siglo XVI, liquidadas definitivamente las grandes expediciones y conquistas—se inicia la época de colonización, encomienda y gremio y empieza para México una historia de nuevo tipo: la historia de un pueblo en su movimiento total, como cuerpo, como orden social. No languidez y modorra, sino pesadez en marcha heroica, marcha breve y lapidaria que modela al cabo de trescientos años una sociedad nueva. Esta es la razón última de la estabilidad y aun de la falta de una historia política en la Nueva España: su historia es la historia de la aldea y de la economía ciudadana, la historia del municipio libre y de las corporaciones.

Pero de pronto, este *orden*, este mundo escolástico-contrarreformador, se ve interrumpido. En las manos de los criollos corren subrepticamente las ediciones francesas: Voltaire, Rousseau, Montesquieu, hasta los días en que la ciudad de México lee los derechos del hombre y los decretos de la Asamblea de París, después de que definitivamente la Revolución francesa vuelca su contenido en el mundo.

MUERTE Y PASION DE LA NUEVA ESPAÑA

No podemos ahondar hasta qué punto la nueva época que alborea en 1800, es cauda y reacción de la Nueva España borbónica e ilustrada. En 1808 nuevamente se ponía a prueba la lealtad criolla; un siglo antes, durante la lucha entre habsburgos y borbones por la sucesión en España, se había revelado una débil conciencia nacional aún incapaz de proyectar su sombra en el destino de la Colonia. Ahora el Ayuntamiento, el representante de la libertad ciudadana, se alzaba frente a la Audiencia, Yermo y toda aquella pesada burocracia peninsular.

Los criollos sentían que la Nueva España había muerto algunos años antes. Y que los resortes que habían motivado la independencia no debían buscarse tanto en la literatura francesa, cuanto en el entronizamiento borbón que pervirtió, con el Absolutismo, la idea del Virreinato en América.

Ya con el estilo acuñado por el absolutismo, el visitador Gálvez y el Virrey de Croix hacían saber a los vasallos de Carlos III, que los mexicanos habían "*nacido para callar y obedecer y no para discurrir ni opinar en los altos asuntos del Gobierno*". Aquella nación que había surgido de la creación de un Cabildo libre, moría en la más torpe de las autocracias.

Desde entonces no se llama a las partes de América e Indias, virreinos y capitanías generales,

sino colonias. La vieja situación provincial era reducida a un colonialismo de tipo moderno, explotador y rapaz. Humboldt lo había reconocido. Fray Servando se quejaba con amargura: las ventas y traslados de la Florida y la Luisiana eran la mejor muestra de este colonialismo-explotación. Nueva España, decía Fray Servando, era un virreinato anexo a Castilla; no una colonia. Sus Cabildos, sus instituciones jurídicas autónomas, sus Universidades, equivalían a una provincia incorporada a España. Pero el planteamiento de una política fiscal hecha por Gálvez en el segundo tercio del siglo XVIII era el coronamiento del colonialismo moderno de España: el acabamiento de las alcabalas particulares, el acrecentamiento del rentismo por la Corona, la creación de las intendencias y la creciente fiscalización del impuesto, eran la nueva realidad colonial.

La generación española de 1800 era incapaz de comprender que la efectiva sumisión, real y confesional, radicaba en la vieja situación provincial, en su libertad y democracia gremial, en la autonomía municipal, en la propiedad comunal de indios, en el ejido, tanto como en la fe contrarreformadora hoy muerta al soplo de la Ilustración. Y al fin, tardíamente, torpemente, la Constitución española de 1812 reconocía a los virreinos y capitanías como partes integrantes de la Monarquía española, con derecho al nombramiento de diputados a la Asamblea General.

Así se pretendía sanear externamente, políticamente, lo que había muerto en espíritu, lo que hacía varias generaciones se había extinguido.

En 1790, bajo la presión de las ideas de la Revolución Francesa y la ilustración, España daba término a la vida legal de los gremios. Lo que nos comprueba que la agonía de la Nueva España había empezado mucho antes de 1810. Pero esta tarea demoledora la completaron en realidad los liberales: ellos dieron muerte definitiva a estas corporaciones, a los grandes creadores del arte industrial de la Colonia, a los orfebres, tallistas, pintores, de uno de los artes más prodigiosos de México. Con ellos moría, además, el espíritu sindical. Con la consagración de la libre concurrencia al trabajo por el liberalismo, se arroja al hombre a la más terrible soledad y egoísmo, mientras una realidad de México se sacrificaba en honras a un individualismo extralógico.

Pero la piqueta destructora del liberalismo habría de ir todavía más lejos. En 1824 se atacaban ya las parcialidades y ejidos de San Juan y Santiago. Y en 1857, con las leyes de desamortización constitucionales, se ordenaba el fraccionamiento y reducción a propiedad privada de los ejidos. Una realidad mexicana hasta entonces intocada, sabiamente conservada en la Nueva España al través de

tres siglos—heredada de la gentilidad, del calpulli—, se condenaba a muerte por el envenenamiento doctrinal de Europa.

Las dos realidades más vivas, que habían mantenido el orden por más de tres siglos, finalizaban a mediados del siglo XIX: el ejido y el gremio. El individualismo más torpe se entronizaba en una realidad distinta; pero había algo que permanecía, que era eterno, en el espíritu de México.

GRANDEZA Y MISERIA DEL SIGLO XIX

1810 surgió de la rabia y de la impotencia, mezcla de sumisión y separatismo. Pero en México no brotó el caudillo genial, el Bolívar, que habría de conducir a su pueblo hasta el final. La breve carrera de Hidalgo había terminado dramáticamente, y la rebelión no había tenido más sentido que mostrar al español que vivía sobre un volcán próximo a estallar y resquebrajar todas las formas sociales tradicionalmente impuestas. Fue entonces que brotó Morelos, como surgido de la tierra misma: marcha a Acapulco y fracasa, pero es allí adonde alcanza a recoger las dispersas fuerzas nacionales. Amenaza la ciudad de México (Morelos aparece como un iluminado—si algún adjetivo se le ha de aplicar—: "*La acción no se debe a mí, sino a la Emperadora Guadalupeana...*") En esta primera campaña ha logrado levantar el Ejército del Sur, el invencible Ejército del Sur: sus proclamas arrebatadas, de frases duras y apretadas, arrastran tras de sí aquella grandiosa escuela de oficiales: Hermenegildo Galeana, Leonardo Bravo, Nicolás Bravo, Mariano Matamoros.

Ni siquiera en Cuaufla había sido vencido el valor insurgente. El gran capitán, el organizador de la fuerza de Nueva España, Calleja, entraba a sangre y fuego después de tres meses de resistencia, tres meses de vivir los insurgentes bajo el terror del fuego, alimentados apenas de alimañas y yerbas. Pero Morelos decide abandonar la plaza y, al realizarlo, corona nuevamente de gloria al Ejército del Sur.

En estos precisos momentos empieza la espectacular y siempre victoriosa carrera militar de Morelos. Marcha sobre Tehuacán y la toma, de allí a Orizaba, más tarde a Oaxaca y al fin Acapulco. Así abre un cerco de mar a mar, una tenaza sobre el Valle de México, en una serie de marchas que son modelo de grandeza militar.

Pero es en este momento cuando empieza a declinar el sol para el Caudillo. El Congreso se reúne, entran los políticos, comienzan las disensiones, las rencillas con Rayón, la envidia sobre el Generalísimo y depositario del poder Ejecutivo: todo como preparativo para el desastre de Puruarán. Llano cae sobre sus fuerzas y las destroza.

Morelos no puede rehacerse, mientras el Congreso, por boca de Ronsainz, colma la tragedia depeniéndolo del Poder Ejecutivo.

Aún quedaba el soldado; pero Morelos había perdido algo más precioso que la estimación de un estúpido Congreso: habían caído asesinados por las balas realistas sus mejores capitanes. Ya en Cuautla había caído Leonardo Bravo; ahora, en Puruarán, Matamoros y más tarde Galeana.

Y para consumir aquel drama, el Congreso empieza a pensar su destino político atado al de Estados Unidos. El Sur, en el que siempre se movió Morelos, aparece aislado. Hay que marchar a Tehuacán con el Congreso, establecer comunicación con el Norte, abrir la ruta fácil al Atlántico, hacia Boston y Nuevo Orleans. Se inicia la obsesión de la democracia modelo de los norteamericanos, de su ayuda económico-política... Morelos se decide a escoltar personalmente los restos de aquel Congreso: allí se realiza la prisión que pudo haber evitado con sólo sacrificar aquel Congreso que él entendía como símbolo...

Con Morelos es asesinado lo mejor del espíritu de México. Se aniquila una época y una juventud que empezaba a vivir. Y el alto clero, como responsable, preparaba con ello toda la tragedia de nuestro siglo XIX. Por incomprensión y vanalidad fueron incapaces de sumarse al generoso instinto revolucionario de aquellos clérigos que acudieron a la independencia. Así se preparaba el camino para la Reforma y para la cruel lucha confesional de la Guerra de Tres Años, pudiendo haber seguido otro destino grandioso no con Abad y Queipo, sino con aquellos párrocos como Morelos que encarnaban la juventud de México.

Y, sin embargo, la agonía de la Nueva España no había empezado en 1810, sino hacía un siglo con el entronizamiento borbón, absolutista a ilustrado. Como también es error creer que la Nueva España muere en 1821: su cauda y estela se prolonga por todavía cerca de cien años, más allá de todo el México independiente. Todo el siglo XIX está condicionado por la Nueva España, ella sigue actuando en sus direcciones principales como estela y latre.

CLASICISMO Y ROMANTICISMO

No es un azar que en el campo de la historia se contrapongan frecuentemente las figuras de José María Bustamante y Lucas Alamán. Bustamante procedía de la clase media de México, Alamán de las familias tradicionales de Nueva España; uno aparecía como un advenedizo, el otro como un criollo de abolengo; la educación del uso había sido en la pobreza y dificultad, el otro procedía de las universidades europeas. Uno si-

guió el camino romántico, anárquico, sentimental, destructivo; el otro fue un gran clásico, emocionado de la verdad tradicional y del frío realismo en política.

Así se consumó el drama. Aquellas viejas familias clásicas no pudieron sumarse, disgregarse, en aquel mundo nuevo que nacía. Ellos presentían la verdad y eran incapaces de encauzarla, pervivía en ellos un rígido escolasticismo. Los otros, brotados de los círculos románticos de la Nueva España, ayunos de toda realidad, acabaron por desvertebrar la verdad de México.

Más de un siglo se luchó por palabras: federalismo y centralismo, república o imperio, liberalismo o catolicismo. Palabras. Mientras en los campos de guerra desaparecían las generaciones de México.

Fue necesario que en la política nacional apareciera la política de caudillaje y cacicazgo—que era como un lejano derivado de la autocracia absolutista de la Nueva España del XVIII—y que, además, pese a la demagogia demócrata, se llegara al militarismo como único orden posible. Los grandes políticos del siglo XIX han sido, ante todo, grandes conductores, así se llamen Juárez, Díaz o Santa Anna o Miramón.

Así se llegó al punto más bajo de la historia de México. Un pueblo advenedizo, pero infinitamente más fincado en la realidad, arrebató todas las porciones Norte de la República, frente a la impotencia y venalidad de los políticos, ¡clásicos y románticos!

Entonces brota la dictadura, urgida ante el desgobierno y la anarquía, casi como un desahogo, como un reposo para la necesaria comprensión de México. Pero el liberalismo viraba: del federalismo al centralismo, de la libertad a la autocracia, de la austeridad a la riqueza conservadora. El liberalismo terminaba en el más bastardo conservatismo. ¿No fue esto el porfirismo? Y así se impuso la monstruosa y mediocre paz de los treinta años.

LA REVOLUCION MEXICANA EN LA RESTAURACION NACIONAL

Ya en 1910 este liberalismo había hecho crisis. De entonces acá se compulsó una nueva realidad. Hasta la vieja filosofía positiva quedó abandonada a un rico y nuevo espiritualismo: en la Universidad restaurada entraba una implorante, como exclamaba Justo Sierra: *“Esa implorante es la Filosofía, una imagen trágica que conduce a Edipo, el que ve por los ojos de su hija lo único que vale la pena de mirarse en este mundo, lo que no acaba, lo que es eterno”*.

Se iniciaba la revaluación de México, esa revaluación planteada definitivamente durante la Revolución de México y tempranamente hecha ley en 1917. Aquella pesada paz impuesta por el porfirismo, terminaba. En el Sur, hombres que guardaban la tradición oral de la propiedad comunal de pueblos, que habían asistido casi a los despojos que siguieron a las leyes de desamortización, se alzan al grito de: ¡Tierra y Libertad!

Con la Revolución se liquidan viejos problemas y nacen generaciones más decididas. Sus nuevas leyes vuelven a hablar de la libertad municipal, de la autonomía del ayuntamiento como base esencial del orden provincial. Resurge, además, el viejo ejido remozado por una nueva realidad. (Acaso la institución ni siquiera tenga conexiones con el viejo ejido de la Nueva España; pero aparece como una afinidad, como una resonancia, de la realidad permanente en la organización de México). Y, por último, se vuelve nuevamente a la agremiación de un nuevo tipo y de ilimitado porvenir: el sindicalismo mexicano, como una reacción a la libre concurrencia y como una reafirmación del espíritu comunal del hombre.

Un siglo de romanticismo político, ayuno de todo realismo, no bastó para borrar lo que en el hombre es necesidad primaria y eterna: la comunidad, la corporación, la sociedad como cuerpo.

También así terminó el pesimismo nacional—falsamente encubierto por el oropel porfirista—y surgió el entusiasmo de la Patria. Quien con más fina sensibilidad ha aprehendido lo cambiante de este momento, ha sido Ramón López Velarde: *“El descanso material del país, en treinta años de paz, coadyuvó a la idea de una Patria pomposa, multimillonaria, honorable en el presente y epopéyica en el pasado. Han sido precisos los años de sufrimiento para concebir una Patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa”*.

Sí, una Patria íntima, sensual, resignada, llena de gestos *“immune a la afrenta, así la cubran de sal. Casi la confundimos con la tierra...”*

Tardíamente, casi con malevolencia, hemos abandonado el grave pesimismo nacional que alimentó a la segunda mitad del siglo XIX. La Nueva España de Humboldt, enanchada de mar a mar, la Nueva España próspera y feliz, termina con la realidad dolorosa de la guerra americana del 47. Una nueva verdad nos presentaba una Patria más modesta, pero el pesimismo nuestro quiso aquel suelo mutilado como las tierras más áridas del mundo, como el pueblo del desgobierno, de la anarquía, del mestizaje. El último representante de este pesimismo nacional que alimentó la angustia de todo un siglo, fue el estilo corrosivo y destructor de Bulnes.

Pero hoy hemos redescubierto a México. Al final hemos entendido que sólo el amor es creador y fecundo y hemos tratado a México con pasión y entusiasmo, como la Suave Patria... Sí, una Patria que habíamos perdido por no haber trata-

do con amor. De esta Patria que dice López Velarde: "*habíamos salido por inconsciencia, en viajes periféricos, sin otro sentido, casi, que el del dinero. A la nacionalidad volvemos por amor... y pobreza*".

"GAMBUSINO"

P o r R U B E N S A L A Z A R M A L L E N

Ya en tiempos lejanos, pero no por lejanos menos amables, Salazar Mallén nos regaló las primicias de su literatura. Ahora, RUBEN SALAZAR MALLÉN, polemista, profesor universitario, abogado, abandona las cosas trascendentes y nos enseña este capítulo de "Gambusino", pleno de sugerencias y aciertos.

1. Ricardo recordaba a menudo, sin dedicarles mucho tiempo, los incidentes de su pasado. A su memoria llamaba el contorno de un rancho próximo al pueblo de Tlalpacoyan: una larga calzada de cocoteros que conducía a unos sembradíos de caña, un corral, unos cobertizos y una casaca de techado rojo. Ricardo solía acodarse en un cercado a ver cómo Raúl, mayor que él, arriaba los becerrillos hacia el corral.

Pero eso era muy distante, muy impreciso. Los recuerdos exactos empezaban en una casa grande, silenciosa y clara, con una sala enorme que, en las noches de fiesta, era alumbrada con la luz de dos grandes arañas de cristal tallado, en que los prismas transparentes se estremecían, chocaban unos con otros despidiendo destellos tan vivos que lastimaban la vista. En esa vasta sala en que los muebles eran dorados y había jardineras que rebosaban suntuosas flores artificiales ante espejos de complicados marcos, nació Ricardo a la vida sexual: estaba oculto tras una cortina encarnada, porque había fiesta, una de esas púdicas y ceremoniosas fiestas que gustaban a la gente antes de la Revolución. Un mocito jorobado servía oporto y jerez a los invitados; doña Andrea, la esposa de Onésimo Manzano, hablaba de su tronco de caballos; una señora cantaba un trozo de ópera... De pronto unas manos femeninas levantaron en peso a Ricardo. Fueron las manos de Matilde, una de las señoritas de la casa vecina, una morena de largas trenzas negras, ojos siempre húmedos y carnosos labios color de rosa ligeramente amartados. La joven lo arrancó a la cortina de la sala

y, llevándolo en brazos, lo cubrió de besos largos, acariciadores, gimiendo entre beso y beso: "¡Qué lindo! ¡Ay, qué lindo!"

Ricardo acababa de nacer, sin darse cuenta. Aunque muchas veces nace el hombre en su única vida, nunca se percata de ello, ignora que los sucesos y los días lo paren incesantemente, ignora que los padres engendran la bestezuela; pero sólo la vida da a luz la vida, poco a poco, por pausas. Se nace para una cosa, después para otra, más adelante para una tercera, y así hasta llegar a la plenitud, en que todos los nacimientos se unen antes de dispersarse en un viaje sin retorno.

En la vasta sala de la casa de sus padres, nació Ricardo a la vida sexual. A partir de aquel día, se acercó todas las tardes al balcón de Matilde a gorjear un rato sus tonterías pueriles; ella lo escuchaba sonriendo, le daba dulces y besos a través de las rejas y una vez lo hizo pasar a su casa. Tenía ésta un jardín interior cuyas frondas lamían la azotea de la casa de Ricardo. Era placentero correr y jugar en aquel jardín; pero el pequeño Manzano prefería debatirse entre los brazos de Matilde.

Un día, porque su hermano mayor había ido a unirse a las turbas zapatistas, ella se ausentó dejando abierta una herida en la exigua existencia de Ricardo. Sintióse éste decaído, con un decaimiento de que eran ingredientes la sorpresa, el fastidio y la pena. Algo le faltaba: quién sabe qué.

No pasó mucho sin que se repusiese: una noche, en la cocina, frotando su cuerpecillo con las recias piernas de Josefa, la criada, encontró con-

suelo. Más tarde, en su adolescencia, Ricardo asociaba la imagen de Josefa a sus frenéticos sueños carnales. Ya para entonces sabía del contacto sexual, pues desde escolar la casualidad lo arrojó una ocasión a una calle de amor. La frecuencia de las rameras fue para él un placer siempre fresco, y como su trato iba a las más pobres, las más elementales, las más brutalmente puras en su comercio, la imaginación en avance concebía mundos monstruosos de lujuria. Hubiera querido Ricardo, en sus ensueños, ser amo de un lupanar enorme, una isla olvidada de todo tránsito, por ejemplo, habitada únicamente por rameras y él. Centenares, millares de mujeres; pero nada más profesionales del amor, ninguna mujer casta, honesta, tendría lugar en aquel extraño paraíso, pues Ricardo consideraba que sería un áspero dolor educar en el amor a muchachas ingenuas. Las quería sabias ya, zafias, desnudas siempre y siempre dispuestas a la lascivia en sus formas más directas y más absurdas. En esta inclinación salaz tenía parte el escondido recuerdo de Josefa, aquella garrida doméstica cuya sola presencia era ya una incitación.

Estos pormenores explican muchas rebeldías, muchos sobresaltos y tristezas del joven. Este, en ocasiones, sentía un oscuro desvío, que incluso llegaba a rozar el odio, hacia Raquel, porque Raquel le brindaba un régimen sexual regular, tranquilo, contrario al apetito que en él maduraba a los gritos de la imaginación y de los sentidos.

2. Ricardo nació otra vez cuando la Revolución atronaba con su gloria plebeya los rumbos de México. El silencio de la paz porfirista había sido sustituido por tiroteos, por blasfemias, por canciones de un sabor inesperado e inefable.

Las canciones de la Revolución valían toda la sangre vertida y mucha más. Canciones hurañas, melancólicas y aguerridas, que Ricardo no podía evocar sin conmoverse. La *Adelita* era la que más le impresionaba. La había escuchado por primera vez, y jamás lo olvidó, en una tarde color de perla, una tarde nublada en que entre el asombro medroso de las ventanas cerradas y los visillos levantados furtivamente, pasaban por las calles hombres desarrapados, con cananas repletas sobre el pecho y mustios fusiles en la mano. Algunos, ebrios, adelantaban tambaleándose. De pronto irrumpió en la calle empedrada una carretela, una de esas pobres carretelas desvencijadas que llevaban enhiesta en el pescante una banderita roja, ridícula, graciosa, de latón. El cochero azotaba a los caballos, escuálidos y grotescos como caricaturas de caballos, y lanzaba imprecaciones con voz recia, que salpicaba de burda energía el acento marchi-

to de unos carrancistas que, en el interior del vehículo, entonaban la *Adelita*.

La canción se acercó al paso de las cabalgaduras. Débil, confusa, primero, y después bronca, pero triste: eran la valentía y la dulzura, la vehemencia de la lucha y la sed de lucha, que son vida, junto a la persecución de una mujer, que es muerte. Y era extraño, misteriosamente extraño, que hombres que venían de la guerra, avezados en la hecatombe, cantasen con fanfarronería la voluntad de lucha, como hacen los que la temen y se desquitan con palabras. Pero esto lo comprendió Ricardo mucho más tarde...

Por aquellos días le estaba prohibido asomarse a la calle, porque a veces los revolucionarios se ponían a disparar sus armas sin importarles que alguien resultase herido. Ricardo no se sometía a la clausura, y si una ocasión le salía al paso, corría a la calle o simplemente se sentaba a la puerta, como la tarde en que por vez primera oyó la *Adelita*. Allí lo sorprendió Raúl, adolescente por entonces, que, sin otra autoridad que la de algunos años más en la edad, obligó al pequeño a entrar en casa, entre bofetones y amagos.

Ricardo no osó rebelarse; mas en un oscuro rincón de su sér algo gritaba: un dolor y una rabia hasta antes ignorados, porque nunca, nadie que no fuesen sus padres, le había pegado, murmuraban cosas ininteligibles y persuasivas, cosas persuasivas e ininteligibles, que estallaron en el recuerdo de un soneto olvidado entre las páginas del libro de la escuela. Ricardo buscó, sin conciencia de que su venganza se aproximaba, el libro escolar en que leyera el soneto, y, abriéndolo, púsose a hacer de él una parodia. De ésta era protagonista Raúl, que en ella quedaba maltrecho: allí estaba la venganza.

El niño, alborozado, enseñó su obra a doña Andrea. La buena señora, al advertir que en los versos había ráfagas de ingenio, ponderó mucho las capacidades de su hijo. ¿A qué más podía aspirar Ricardo? El soneto en que Raúl resultaba víctima era alabado, y el placer que esto proporcionó al niño superaba en mucho a cualquier otro. Onésimo también elogió los versos de Ricardo y dijo que, cuando la situación se normalizara y el chico volviera a la escuela, los llevaría al maestro. El éxito del poeta novel fue muy feliz, pues, y lo estimuló a nuevos ensayos.

Los padres, que reían viendo el afán, lo deploraron más tarde, porque Ricardo cobró una afición desmedida a los versos, dedicaba sus ocios infantiles a pergeñar estrofas, vivía persiguiendo asonantes y consonantes. Los esposos Manzano lo censuraban, les parecía temerario, ciego e inútil malgastar el tiempo en hilvanar intentos poéti-

cos, y es que ambos, Onésimo y doña Andrea, habían medrado ajenos a la poesía.

Onésimo era rentista, poseía algunas de esas viejas casas de vecindad grandes como pueblos: tres patios salpicados de puertas y detrás de cada puerta una habitación; hervía en ellas la miseria, niños descalzos y andrajosos, mujeres desgreñadas, hombres abatidos por el trabajo; durante el día, trajín en los lavaderos y faena de tender la ropa lavada en los patios; por la noche, la voz quebradiza de un fonógrafo a la luz de una vela o de un quinqué. Las casas las heredó el señor Manzano de su padre, un hombre tenaz y rudo que había peleado en la Guerra de Reforma y que, ya retirado, se dedicó a la arriería hasta amasar una modesta fortuna. Onésimo, su padre y probablemente el padre de su padre, habían sido personas de seso, equilibradas. ¿De dónde procedía el gusto de Ricardo por los versos, qué sentido, qué valor podía tener el gusto por los versos?

No se podía culpar a doña Andrea. Cierto que de joven leyó las *Rimas*, de Becquer, y algún poema de Espronceda; pero supo olvidar a tiempo, en cuanto empezó a tener hijos.

La afición de Ricardo carecía de razón de ser, era una rebeldía, era Satanás. Y de la lucha, del choque entre la tradición hogareña y la satánica inclinación, surgieron situaciones que habían de concurrir en el destino de Ricardo.

3. Trece años un poco pasados tenía Ricardo cuando sus padres lo inscribieron en la Escuela Nacional Preparatoria, para que iniciara sus estudios de abogacía. Ricardo encontró rodeado de desconocidos; sus compañeros de primaria conquistaban, casi todos, el bachillerato en planteles particulares, y el pequeño Manzano sintióse descuajado del ritmo tibio de las viejas compañías. Esto le produjo una indecible tristeza, una angustia que no podía definir: era la angustia de haber abandonado un mundo conocido, familiar, para meterse en un mundo nuevo. La melancolía de estos cambios es más lancinante en los años tiernos, porque entonces el hombre no es todavía animal de costumbres, sino animal de climas. Como la personalidad es fofa y blanda, no hay costumbres, hay adhesión o sumisión a un clima sentimental y sentirse arrancado a ese clima es un dolor casi orgánico.

Los primeros días Ricardo adoptó una conducta reservada y taciturna, mas poco a poco fuese aclimatando, tendió lazos amistosos, anudó palabras y asió gestos. No intimó, sin embargo, y su mayor placer era estudiar. Fue un magnífico estudiante, sus notas sobresalientes lo demostraron.

Dos años duró el fervor. Al llegar el tercero, en un recodo de la vida estudiantil salió al paso la

vieja afición por los versos. La tenaz voluntad de estudiar retrocedió, avergonzada, a un plano ulterior, y victoriosa, virginal, saltó la de sobresalir entre los aprendices de poetas que perseguían a las musas a través de las salas de clase, tan poco propicias. Le hablaron de bohemia y se inclinó a la bohemia, a esa que es libertad de los cabellos y ojeras. Uniósse a jóvenes desordenados, que creen sobrellevar genio y, por llevarlo, imaginan que ningún límite les está vedado. Insolencia, embriaguez y versos es esa bohemia.

Ricardo se embriagaba a veces. Con la mirada perdida, los cabellos en mechones lacios y grasientos, el cigarrillo en los labios, llegaba a la Escuela. El viejo convento de San Ildefonso respondía a su extravío con la solemne paz de sus corredores y con la austeridad sombría de sus anchas escaleras... Un día, ebrio, abofeteó a un prefecto. No supo cómo: de pronto un hombre, un pobre hombre guardián de la disciplina, se asió a él con el rostro ensangrentado. Expulsaron al insurrecto de la Escuela y hubo llanto de doña Andrea, ira de Onésimo y burla de Raúl, que estudiaba Medicina con feliz ahinco. Rafael, el menor de los Manzano, recibió ejemplo y Mercedes gimió en un rincón. Fue todo. La ocasión que había de desviar la vida de Ricardo, hundió pronto su relieve, sin dignidad, en los acontecimientos cotidianos.

El rebelde, con pretexto de buscar trabajo, dióse a vagabundear por la ciudad: calles, jardines, bibliotecas eran su itinerario. Y así expiró el año. Entonces Onésimo pensó que, pues Ricardo no sería abogado, debería ser otra cosa. Ser hombre, nada más hombre un hijo suyo, era contrario a la ambición de los esposos Manzano. Llevaron a Ricardo a la Escuela Normal: sería profesor, el señor profesor, eso valía más que nada.

La Normal, por aquel tiempo, estaba extramuros, casi en el campo radiante y liso que se extendía a la otra margen del río del Consulado. Ricardo gustaba los paseos a pie hasta la Escuela y se aficionó a ellos, no a los estudios. Ese fue su sino: habría podido escapar del porvenir que en las aulas se gestaba para él; pero se lo impidió el placer de caminar por la calzada sombreada por grandes árboles, con los libros bajo el brazo. Y era también un placer eludir alguna vez las tediosas explicaciones de los profesores para pasear por la orilla de una zanja cercana, en donde había roñosos troncos derribados, cercas de alambre de púas y húmeda yerba.

En casa censuraban a Ricardo su profesión en agraz. Profesor: quizás lo enviarían a un oscuro pueblo, a desasnar indígenas, y se pasaría la vida, tan gloriosa, tan prometidora para otros, rodeado de muchachitos sucios, de pies descalzos y cabezas rapadas. Onésimo se sentía humillado de pensarlo.

En la mente de Ricardo surgió en lenta floración la rebeldía. ¿Por qué el reproche, por qué la burla? Y las cosas siniestras, confusas, se amontonaron en él.

Una noche, sin titubeos y sin voluntad, gobernado por una resolución somnolienta y huraña, abandonó la casa paterna. Ya antes, con sigilo, ha-

bía conseguido una beca. Onésimo y doña Andrea nada hicieron por recuperarlo, dejaron, y el orgullo se les hizo tino, que Ricardo asiera el hilo de su propia existencia. Y él nació otra vez para iniciar una vida autónoma, independiente de la familia, solitaria y azarosa.

M A Ñ A N A S

La editorial UNIVERSIDAD dará a la stampa, próximamente, un nuevo libro de don FRANCISCO GONZALEZ LEON, el poeta de "Campanas de la Tarde", que ha recostado toda su poesía en el corazón de la provincia mexicana. De esa obra cuya publicación nos es grato anunciar, tomamos el siguiente poema:

Mañanas anonadadas
 en que el sol está vedado.
 Las mañanas en que el día
 se ve como aletargado
 por intensas, tosudas nublazones;
 y en que no se oyen canciones
 del vecino colegio en los solares
 porque es mes de vacaciones.

La humedad de la mañana;
 la permeable lejanía;
 fragancias en la distancia;
 tímbrs de melancolía.

Algo que en ruta lejana
 de súbito se ha llegado
 cuando el alma ya ha entornado
 los vidrios de su ventana.
 Algo que se queda quieto
 y algo que inquieto se afana...

.....
 La mañana se ha quedado
 bajo el humo del nublado,
 como bajo una campana
 de cristal esmerilado.



¿CUAL ES LA EDUCACION MAS VALIOSA?

Por Will Durant

HACE setenta y cuatro años que Herbert Spencer, en un combativo librito sobre educación, desafió al mundo escolástico con esta pregunta: ¿Qué conocimientos son más valiosos? Desautorizaba Spencer la devoción de los jóvenes por las lenguas muertas, las antiguas culturas y las ya fatigosas musas del siglo dieciocho inglés; tal educación, decía, sólo puede conducir a un aristocrático aburrimiento, henchido de citas clásicas. Educado como ingeniero, viviendo en el apogeo de la revolución industrial, escuchando el llamamiento que de hombres expertos hacían las máquinas, y presenciando con placer el encumbramiento de la clase media a la dirección económica y política, Spencer pedía una formación escolar que preparase al hombre para la vida moderna, que le situase sólidamente en las ciencias físicas y biológicas, y que le preparase, con un sentido claro de la realidad, para la resolución de los problemas de la técnica y la industria. Se expresaba Spencer con tal nitidez y energía, y el espíritu de los tiempos le era a tal punto adicto, que su causa pudo cantar victoria antes de que él muriese. América, que no tenía el estorbo de las tradiciones fuertes, le escuchó con gusto; Alemania, industrializándose en el curso de una sola generación, con el producto de la indemnización de Francia, aplicó las nuevas teorías con su característica escrupulosidad y su fuerza; el Japón, impulsado hacia la industria y el comercio por un mundo que insistía en sacarlo de su placidez y agotamiento agrícola; y, bajo nuestra mirada, Rusia, que sigue esos mismos lineamientos en la política de su gobierno y en la formación de su juventud. El saber es la fuerza.

Hoy, aquellos educadores nuestros que en otra época guiaban resueltamente por los caminos del fervor técnico y científico, en las escuelas de Norte-

américa, están preocupados con el alcance de su victoria y asisten apesadumbrados a la realización de su ensueño. Y no es que se duelan de sus esfuerzos ni se retracten de sus propósitos; saben muy bien que toda nación debe escoger entre la industria y la esclavitud; que debe armar a sus ciudadanos con la ciencia y la técnica, para vencer en la competencia del mundo industrializado; estas cosas no son materia de elección, porque los países no viven en un oasis de libertad y de paz. Pero nuestros educadores conscientes se dan cuenta de que, tras una generación de esfuerzo escolar, no han logrado formar siquiera el tipo del caballero; que la prodigalidad de pertrechos en nuestras escuelas no ha servido para disminuir la corrupción política, las irregularidades sexuales o los crímenes violentos; que ciertas virtudes, en otros tiempos honradas por nuestros antepasados, parecen hallarse desterradas en una generación más sutil que la precedente en el talento del mal; y que el fervor por la ciencia no ha traído ningún aumento visible en la inteligencia del pueblo, ni dignidad de paz en las almas. Esta situación se debe más bien a cambios económicos que a negligencias pedagógicas; pero los educadores comienzan a pensar si la escuela no se ha alejado en demasía de los encantos del intelecto, si no ha ofrecido más que una débil resistencia a las fuerzas del desorden y la corrupción. Cuando Spencer preguntaba qué orden de conocimiento es más valioso, traicionaba su afirmación secreta de que la educación consiste en la transmisión de conocimiento. ¿Es esto así? ¿Qué educación es la más valiosa?

La educación más valiosa será aquella que presente al cuerpo y al espíritu, al ciudadano y al Estado, las posibilidades más plenas para una vida armoniosa. Tres principios básicos determinan una educación y definen sus ideales: En primer término, el dominio sobre la vida, a través de la salud, el carácter, la inteligencia y la técnica; en segundo, el goce de la vida, a través de la amistad, la naturaleza, la literatura y el arte; y, en tercero, la comprensión de la vida a través de la historia y la ciencia, la religión y la filosofía. Dos procesos constituyen la educación y se adunan en ella; en el uno, la raza transmite al individuo su herencia acumulada y profusa de conocimientos, técnica, moral y arte; en el otro, el individuo aplica esta herencia al desarrollo de sus capacidades y al adorno de su vida. En igual proporción en que el individuo asimile esta herencia se transformará de animal en hombre, de salvaje en civilizado; y, seguramente, si ha sabido asimilar, dejará atrás al palurdo y se convertirá en un sabio. La educación es el perfeccionamiento de la vida, el enriquecimiento del individuo mediante la herencia de la raza. Si este proceso de transmisión y absorción se interrumpe por media centuria, la civilización caminará a su fin; y nuestros nietos llegarán a ser más primitivos que los salvajes.

II. EL DOMINIO DE LA VIDA

Pero estas son simples generalidades, que ya se habían escuchado antes en las cátedras de educación y filosofía. ¿Qué tipo de educación, de un modo personal y particular, desearía yo para

mis hijos? Antes que nada, y dentro de los límites que imponen la naturaleza y las circunstancias, yo desearía que ellos adquiriesen algún dominio sobre las condiciones de sus propias vidas. Puesto que la primera condición de la vida, y la más honda raíz de felicidad, es la salud, desearía verlos plenamente instruídos en el conocimiento y cuidado de sus cuerpos. El cuerpo es la forma visible y el órgano del espíritu; sin duda, en cierto sentido lamarckiano, y a través de eones de anhelo y esfuerzo, el alma es la creación del cuerpo—la forma sigue a la función, la función sigue al deseo, y el deseo es la esencia de la vida. Por consiguiente, no existe ningún alarmante epicureísmo en el deseo de estar físicamente sano y limpio; la limpieza sigue en rango a la santidad, y es cosa difícil ser vicioso cuando se goza de perfecta salud. Yo crearía por lo que respecta a la educación de la salud un curso obligatorio en cada año de escolaridad, desde el kindergarten hasta la Escuela de Altos Estudios. Querría que mis hijos aprendiesen tanto acerca de la estructura y funcionamiento, cuidado y curación de sus cuerpos, cuanto pudiese ser enseñado en una hora diaria en quince años de escuela. Querría que los médicos aplicasen la medicina preventiva en las cátedras, mediante exámenes y reconocimientos, con la esperanza de que ello reduciría el acostumbrado tasajeo en los hospitales. Desearía que nuestros dentistas, mediante una educación ininterrumpida, impartida a los alumnos, mejor que aconsejar la orificación de los dientes les inculcasen la necesidad de una alimentación rica en calcio. Y si llegase el día en que nuestros especialistas se pusiesen de acuerdo acerca de lo que realmente saben y aceptan, yo les pediría que enseñasen en la escuela los principios de la alimentación durante una hora semanal, por no menos de quince años, de tal modo que nuestro pueblo pudiese hacer con inteligente discernimiento los cambios dietéticos requeridos cuando se pasa de una vida de ejercicio físico al aire libre, a una vida sedentaria. Les enseñaría, antes que nada, a estar sanos y limpios, con la esperanza de que todas las demás cosas se les diesen como por natural resultado.

Cuando hubiese construído un recio pedestal para el cuerpo, yo atendería en seguida a la formación del carácter. Pediría a esos augustos educadores que tienen a su cargo la vital misión de elegir maestros para nuestras escuelas, que los seleccionasen, y hasta donde ello es posible, que los formasen, no únicamente atendiendo a la competencia en la técnica en tal o cual cerrada especialidad, sino a la influencia que sus personalidades, su moralidad y sus maneras pudiesen tener sobre los niños. La moralidad y la corrección no pueden fácilmente enseñarse, pero pueden formarse; y la presencia de un caballero—esto es, de un hombre que siempre merezca este título—obra como una influencia mística sobre el desarrollo de las almas. No tenemos en nuestro idioma una palabra que exprese, en relación con el sexo débil, las cualidades que tratándose del sexo varonil, quedan actualmente connotadas con la palabra "caballero"; "dama" nos despierta más bien la imagen de una altiva y enojada duquesa; no la de aquella simple comprensión bondadosa de la mujer que ha traído

niños al mundo y les ha consagrado su amor. Si yo pudiese conseguir comprensión para mi sistema reaccionario, haría una separación de sexos en las horas escolares, aunque educaría a ambos en las mismas escuelas. La educación de los muchachos la encomendaría a verdaderos "caballeros" y la de las muchachas a verdaderas madres. No sabría yo decir, pero es de temerse, que la relativa esterilidad de nuestras mujeres ilustradas sea debida al hecho de haber sido formadas por mujeres condenadas a la esterilidad, en virtud de temores económicos y prácticas absurdas.

Puesto que la moralidad hunde biológicamente sus raíces en el seno de la familia, yo basaría la instrucción moral en una deliberada exaltación de la vida familiar. Resucitaría el antiguo estigma que iba unido al celibato, y estimularía, con la mayor delicadeza posible, el talento moral del matrimonio a la edad requerida. Trataría de inculcar en el individuo un sentimiento de obligación racial, más relacionado con la buena salud que con la abundancia. Le inculcaría también al individuo, como un buen chino, la virtud de la piedad filial, fundamento de toda moral sólida; un buen hijo es siempre un buen hermano, un buen padre, un buen vecino, un buen ciudadano. Extendería a la ciudad y a la nación los principios de la familia; demandaría una persistente instrucción moral que ayudase al individuo a considerar a su vecino hasta cierto punto como su hermano, y a su comunidad, hasta cierto punto, como la propia familia; y que aplicase a los individuos, en proporción con su desenvolvimiento y fortaleza, aquellos principios de ayuda mutua que la familia infunde en las almas como la primera necesidad de la existencia social y el ideal más elevado en cualquier organización social.

Solicitaría de cada comunidad una breve declaración de sus ideales morales, para inculcarlos diariamente en las escuelas; un código de conducta adaptado a la vida urbana e industrial, y adecuado para estimular la conciencia individual, el honor comercial y la dignidad cívica. Le pediría a cada Estado que instituyera y alentara las organizaciones semejantes a los boy scouts y las girl scouts, que pudiesen inculcar en los caracteres en formación y desarrollo ese vigor y salud que los preceptos por sí solos no logran infundir; "la excelencia moral—decía Aristóteles—, es una costumbre, no una idea". Tampoco dudaría un solo momento en inculcar a los niños un patriotismo generoso y profundo, pues aun cuando quiero y respeto a todas las naciones y razas que han contribuído a enriquecer nuestro patrimonio racial, no puedo entender cómo podría una nación defenderse, si sus ciudadanos no han aprendido a amarla de una manera especial, como a su corazón y hogar nacionales. Ambicionaría infiltrar, día con día, el desdén de la violencia y el respeto a las leyes, pero no sin exaltar la libertad como la esencia de la personalidad, lo mismo en el individuo que en el pueblo; y por las noches abriría las puertas de las escuelas para que aquí se reuniesen las asambleas que el pueblo quisiese efectuar. Enseñaría no tan sólo las formas e ideales de gobierno, sino, también, su realidad palpitante, a efecto de que los niños no llegasen a aceptar las corruptelas como

cosa natural y universal, sino, antes bien, pugna- sen sin descanso hasta no conseguir que nuestra vida pública fuese tan limpia y honesta como la que más lo haya sido. En una palabra, no dejaría de tener presente que la finalidad de la educación no es tanto formar escolares, como formar hombres.

Sin duda, el mejor conocimiento práctico que a todo maestro debiéramos pedir que impartiese a sus alumnos, es la habilidad para disciplinarnos a sí propios, porque en este mundo carente de ideales, para el individuo como para el pueblo, se abren tan sólo dos posibles caminos: el efectivo dominio de sí propio, o una práctica esclavitud. En el arte de la disciplina personal la inteligencia se combina con el carácter y llega a ser el tercer elemento en aquella técnica del saber dominarse, que es el objetivo ideal de la educación. Sócrates pensaba que la inteligencia es la única positiva virtud; y si se sabe apreciar como es debido la diferencia que existe entre intelecto e inteligencia, se concederá cuán virtuosa e inteligente es esa opinión. Intelecto es la capacidad para adquirir y acumular ideas; inteligencia es la habilidad para usar de la experiencia—incluso de la experiencia de los otros—, para la depuración y logro de un determinado fin. Puede tener el hombre un millón de ideas y no obstante ser un criminal o un loco; es difícil, en cambio, que una persona inteligente caiga en tales extremos.

¿Cómo podrá educarse la inteligencia? He aquí un tema esotérico, en el que no tengo yo la necesaria competencia, y que prefiero dejar a hombres como el doctor Dewey o al profesor Edward L. Rhoads, que pueden abordarlo desde el fondo de su larga y paciente experiencia. Desde que tales investigaciones hicieron patente que la enseñanza, en su mayor parte, se basa en prueba y error, pudimos provisionalmente concluir que la inteligencia difícilmente puede ser enseñada en la escuela y que ha de adquirirse a través de la experiencia y la acción. El valor de la instrucción y la literatura está en que nos capacitan para adquirir una mayor experiencia que la que podemos captar en lo personal; leyendo a Tucídides, por ejemplo, podemos asimilarnos algo de la experiencia de Grecia; leyendo a Dostoiewsky, podemos adentrarnos hasta cierto punto en la vida de la Rusia zarista; leyendo "Las Conversaciones de Napoleón", percibimos algún destello del mundo, visto con la mirada de uno de los espíritus más realistas de la historia. Pero esta experiencia prestada es siempre vaga y superficial; en primer lugar, porque sólo los grandes escritores consiguen captar y develar la esencia y significado de la vida; y, en segundo lugar, porque las cosas leídas pocas veces se adentran tan hondamente en la memoria que lleguen a influir sobre nuestra conducta y carácter. La ciencia, cuando es realmente ciencia, contribuye más que la literatura a la formación de la inteligencia; porque la ciencia procede basándose en el archivo de una evidencia ya tamizada, por la rígida distinción entre los ideales y los hechos y las pruebas experimentales de las conclusiones hipotéticas, por todo lo cual puede formular conclusiones de experiencias ya verificadas. Por medio de las matemáticas, la física y la química, uno puede llegar a un convencimiento conforme

con la evidencia, y sopesar toda evidencia con espíritu escéptico; si estos hábitos mentales pudiesen ser formados en todos los hombres, la habilidad para leer o escuchar cesaría de ser un impedimento para la adquisición de la verdad y nuestra estrepitosa edad de propagandas llegaría pronto a su fin.

Sin duda, el mejor medio para educar la inteligencia en la escuela, se encontraría en el ejercicio de las artes manuales y domésticas. Todo niño debiera ser enseñado a manejar las herramientas usuales de carpintería y plomería, y a hacer las pequeñas reparaciones necesarias en su hogar o en una máquina; y cada niña debiera conocer los secretos de la cocina, el manejo de la casa y los cuidados maternos con los niños. Se encuentra un placer positivo en el simple trabajo manual, y, según enseñaban los viejos maestros, aun el hombre titulado, puede encontrarse con que la posesión de un oficio salva a veces su situación.

Por cuanto a las muchachas, de nada les servirá saber latín y griego, arqueología y trigonometría, si no saben dirigir un hogar, tratar con el esposo o con los niños; la fidelidad se sostiene alimentando al estómago, y los buenos platillos consiguen más en favor de la monogamia, que todos los idiomas que han muerto hasta hoy. Un idioma es bastante para cualquier mujer, y una buena madre vale por un millar de doctoras en filosofía. Yo preferiría que la joven supiese educar excelentemente a una familia, aun cuando no escribiese un centenar de los mejores libros.

III. EL GOCE DE LA VIDA

La salud, el carácter y la inteligencia nos ayudan a controlarnos y a controlar nuestras vidas y, por consiguiente, constituyen las bases de una personalidad libre y los objetivos principales de la educación. Pero el mismo Goethe, para quien la personalidad debía tenerse como fin principal, hacía notar que se halla ésta por todas partes rodeada de límites. El círculo en que han de moverse nuestras vidas es angosto; limitándolo se hallan las urgencias biológicas, económicas y políticas de nuestra condición; y, más allá de estos apremios, la vasta región de un destino accidental e imprevisible. La educación debiera enseñarnos no solamente la técnica, sino, al propio tiempo, los límites de nuestro control y el arte de aceptar sonrientes esas limitaciones.

Dentro de estas limitaciones existen tan preciosas posibilidades de alegría, que no basta una vida para agotarlas. Debiera ser una segunda actividad de la educación disciplinarnos en el arte de explotar estas posibilidades. En primer lugar, existen otros seres humanos en rededor nuestro. Tal vez resulten ser como tábanos, muchos de ellos, y hemos de enseñarnos a amar nuestro aislamiento como la fortaleza interna de nuestra satisfacción. Mas otros muchos de esos seres acaso sean, potencialmente amigos nuestros, y otros pueden ser nuestros amadores. Yo querría a mis hijos instruidos en este dar y tomar de la sociedad humana; en la tolerancia, que es la única virtud que puede preservar a una amistad contra el desarrollo de la diversidad de intereses y opiniones, y en la

solicitud mutua, que alimenta a perpetuidad las frágiles raíces del amor. Quisiera que ellos aprendiesen algo acerca del origen y el desarrollo del amor, a fin de que supiesen acercarse a esta vital, pero a veces destructora experiencia con una modesta capacidad de comprensión. Entreveo vagamente la posibilidad de un lento curso acerca de las relaciones humanas, que se iniciara tal vez con una hora semanal a los quince años y que culminaría con el estudio de lo que las mujeres más sabias, los más sutiles hombres de ciencia y los más profundos filósofos han dicho acerca del matrimonio.

Después de los seres humanos que nos rodean, la mayor fuente de nuestros placeres y nuestros dolores sería la Naturaleza misma. Me gustaría que mis hijos supiesen sentir la belleza y también el terror en la Naturaleza, y que aceptasen, de buen grado, la fatalidad de la lucha, el sufrimiento, los peligros y la muerte; pero desearía que tuviesen sensibilidad bastante para todos aquellos aspectos de la Tierra y el Universo que pueden conmover a las almas con honda suavidad y sublimidad. En mi juventud, rechazaba la astronomía, la botánica y la ornitología como tristes catálogos de nombres. Pensaba que sería capaz de gozar de las flores, los pájaros y las estrellas, lo mismo si poseía, que si me faltaba el conocimiento de su naturaleza, sus relaciones y sus nombres. Adivino ahora que estaba equivocado y que mis hijos lo están también actualmente; porque ellos también, con obstinación que no puedo menos de reconocer como propia, no quieren tener ningún contacto con esas ciencias "afeminadas". Pero yo desearía hoy haber aprendido a distinguir mejor un planeta de una estrella, un gorrión de un águila, un crisantemo de una rosa; pienso que si conociese estas fúlgidas formas más íntimas e individualmente, y pudiese llamarlas por sus propios nombres, gozaría más de ellas, cuando menos, por ese placer personal que uno experimenta ante la presencia de las cosas que nos son familiares. Realmente, yo anhelaría que los niños se sintiesen como en su casa en medio de la variedad infinita de la Naturaleza; que amasen no sólo su verdor y su florecer, sino sus místicas neblinas y sus marchiteces melodiosas; que gozasen del océano como Byron, y del sol, como Turner; de la lluvia como Whistler, y del ruiseñor como Keats. Siento que debiera seguir yo mismo un curso sobre la Naturaleza, que avanzaría plácidamente desde los años de mi infancia y que comprendería desde el descubrimiento de las Pléyades hasta el arte de cultivar un jardín. Exploraría infantilmente los Wissahickon, y acamparía entre los Adirondaxka y bogaría en sus mismas piraguas, hacia arriba y hacia abajo a través de un centenar de ríos de nombres melodiosos, cual los que fascinaron en otros tiempos a los poetas de Inglaterra y les llevaron a soñar en una utopía que se hallase emplazada en las costas del Susquehanna. Me sentiría feliz mirando a mis hijos complacerse en el espectáculo de los deportes, pero más feliz aun ejercitándose en ellos. Le otorgaría crédito académico a la natación, el baseball, el foot-ball, basket-ball y a todos esos robustos juegos que requieren y desarrollan mayor inte-

ligencia y carácter que todas las conjugaciones de Grecia y de Roma.

No creo que debiera para nada marearlos con el estudio de las lenguas extranjeras. Yo estudié latín y griego durante siete años, los enseñé durante cuatro, y, de cuando en cuando, hablé por dos años más, alguna de esas lenguas. Encontré algunos momentos de placer en ellas, pero también muchas molestias sintácticas nada naturales; rarísima vez me ayudaron a gozar o a entender los genios del mundo clásico; y, actualmente, cuando quiero renovar mi trato con Homero, Eurípides, Virgilio o Lucrecio, no me vuelvo ya a los originales, que en mi memoria están asociados con una inútil faena, sino a aquellas traducciones como las que hicieron Chapman o Gilbert Murray, William Morris y William Ellery Leonard. Aun las lenguas extranjeras modernas poquísimas se avienen con las cátedras; nadie puede aprender en los libros, por mucho que repase y forcejee; y si usted quiere aprender francés, vaya a vivir a Francia, y arroje las gramáticas a los gramáticos, que son los únicos que han sacado provecho de ellas. Oímos decir que algún conocimiento del latín ayuda a escribir bien el inglés, y probablemente sea así, aunque nada es tan muerto como el inglés de los latinistas.

Por cuanto a mí respecta, prefiero entretener mi tiempo con el inglés de Bacon y Milton, Addison y Burke, Gibbon y Macaulay y Newman, que no con una lengua idiomáticamente extraña a la mía. Los filólogos alentarán al estudio y preservación del latín y el griego, por consideraciones de educación literaria, pero no hay mayor razón para obligar al estudio de una lengua muerta que para obligar al aprendizaje de un oficio desaparecido. La única cosa decente que puede hacerse con una lengua muerta es enterrarla.

Pero después de enterrar las lenguas de Grecia y de Roma, yo concedería a sus literaturas vivas mayor tiempo del que gasté en otras épocas en la osamenta seca de sus gramáticas y vocabularios. Nunca supe cuán rico fue el genio griego hasta que abandoné la lectura de aquella lengua. Los dramas de Eurípides, en su original, habían constituido para mí una fatigosa tarea; las traducciones de Gilbert Murray, tenidas por excesivas, constituyeron una revelación; déjesele al lector una hora "Las Mujeres Troyanas", y participará de mi entusiasmo; yo les perdonaría a mis discípulos el griego, pero no la Grecia; les incitaría al estudio de aquella exuberante civilización como un medio para medir y enardecer la propia; les impulsaría a escuchar las charlas de Herodoto y las vívidas biografías de Plutarco; a entretener su tiempo plácidamente con Homero y a entretenerse un poco con Safo y Anacreonte; mirarían a Solón legislando para Atenas; a Pericles gobernando las multitudes; a Demóstenes increpando a los demagogos, y a Fidias esculpiendo el frontispicio del Parthenón. Pasaríamos la página entonces y estudiaríamos a César, no la fría e insistente prosa de la Guerra de las Galias, sino a César mismo en su vívida personalidad y en su trágica vida; leeríamos la Eneida de Virgilio, como el más grato de los cuentos; saldríamos al encuentro de los primeros emperadores en el Tácito de Arturo Murphy; ex-

ploraríamos el Océano de la prosa de Gibbon y, con este autor, penetraríamos en la sombra mágica, la escolástica sutileza y la jovialidad campesina de la Edad Media, y en la fanática carnicería, la poética sensualidad y la arquitectura de encajes del Islam.

La literatura abriría luego, para nosotros, un tercer pórtico para el goce de la vida. Leeríamos Eloísa y Abelardo de George Moore, y las cartas, de profunda belleza, de Eloísa; a través de Norton o de Cary, admiraríamos el deleitable Infierno de Dante; y pasaríamos a Persia, donde nos perderíamos en las deslumbradoras cuartetas del Omar Khayyam de Fitz Gerald; triscaríamos a nuestro placer en los risueños volúmenes de Symond sobre el Renacimiento; escucharíamos a Maquiavelo sugiriendo a César convertirse con fortuna en un príncipe maquiavélico; dejaríamos a Cellini contar sus aventuras increíbles. Sonreiríamos con Montaigne y nos abochornaríamos con Rabelais; destrozariamos molinos de viento con Don Quijote, y, con Shakespeare nos arrancaríamos los corazones; aguzaríamos nuestras inteligencias con los Ensayos de Bacon y nuestras lenguas con el divino mono de Fernay; leeríamos un poco los poemas de Milton y más aun su prosa real; escucharíamos la confesión de Rousseau... Nos dejaríamos tragar gustosamente en el movimiento romántico de la poesía europea; nos exaltaríamos e irritaríamos con Byron, reiríamos y lloraríamos con Heine; confiaríamos y deploraríamos con Shelley; y con Keats, sufriríamos por la belleza y la tragedia del mundo; exploraríamos con Jean Valjean las alcantarillas de París y los horrores de las guerras de Cartago con la bella Salambó. Irrumpiríamos en el abigarrado mundo de Balzac y veríamos a Flaubert haciendo trizas a sus heroínas; compartiríamos las vicisitudes de Becky Sharpo, David Copperfield y del Pickwick Club; analizaríamos con Browning y cantaríamos con Tennyson. Retornaríamos luego a nuestro hogar y dejaríamos que Whitman cantase para nosotros su robusta canción; manejaríamos el lápiz con Thoreau y nos abandonaríamos al musical vaivén del talento de Emerson; leeríamos lentamente las cartas y discursos de Lincoln y dejaríamos que su profundo espíritu nos inundara hasta que supiésemos conocer lo mejor y lo peor de América.

¿Será este un pesado programa para los impreparados muchachos y muchachas de nuestros colegios? Pues aun queda otra espléndida avenida que debe ser recorrida con ellos, para su mayor goce y satisfacción. No las marcaría yo con el arte más allá de su propio deleite; porque la belleza no debe desperdiciarse tratando de hacerla sentir a quienes no tienen ojos ni oídos para ella. Pero si llegasen a interesarse por la pintura o la escultura, la arquitectura o la música, les brindaría todas las oportunidades. Les pediría que oyesen cada año el Concierto Emperador y la Pasión, según San Mateo, hasta que la insistencia de estas composiciones desbordara en sus almas y les levantase, ya para siempre, por sobre toda clase de ripios. A los más entusiastas discípulos les llevaría a los mejores museos y nos reposaríamos ante el Julio II, de Rafael, y ante los Rabbis de Rembrandt y algunos otros de sus cuadros; les llevaría a Inglaterra, si pudiese, a adorar todos la diosa Madre Demter,

la diosa de Fidias en el Museo Británico; pasaríamos una semana en Chartres o Rheims, una semana en Grecia, un mes en Italia, un día en Granada, para que se diesen cuenta de que la grandeza no es dimensión, y para que comenzasen a quemarse en esa llama del amor a la perfección, que puede construir en medio del océano de la vida, sobre el volcán de la civilización, la frágil ciudadela del arte.

IV. LA COMPRESION DE LA VIDA

Cuando mis hijos lleguen al colegio confío en que la educación ha de abrirles múltiples senderos hacia la comprensión de la vida. "¡Que mi hijo pueda estudiar historia," decía Napoleón; "porque la historia es la única filosofía verdadera y la única verdadera psicología". La psicología es casi siempre una teoría sobre la conducta humana; la filosofía es, con demasiada frecuencia, un ideal sobre la conducta humana: la historia es a menudo el archivo de la humana conducta. No podemos confiar en todos los historiadores, porque algunas veces, como se ve en Akbar, sienten la fascinación de sus personajes, y les otorgan todas las virtudes y los triunfos. Pero nadie tendrá la preparación requerida para ser un estadista, si no sabe ver su época en las perspectivas del pasado. Todo mozo y toda doncella, en los estudios superiores, debieran repasar, en ordenada recordación, la caravana de la historia; no según suele hacerse, comenzando por Grecia y Roma, cual si fuesen las viejas edades del mundo antiguo, sino con la Mesopotamia, el Egipto y Creta, de donde la civilización vino a desembocar en Grecia y en Roma, y, a través de ellas, en el Norte de Europa y en nuestra América.

En el segundo año de la Escuela Secundaria estudiarían las culturas clásicas, guiados por un texto tan perfecto como "Tiempos Antiguos", de Breasted, y no dejarían de dar por lo menos una mirada a la India de Buda y a la China de Confucio; en el tercer año estudiarían la Edad Media y el Renacimiento, el apogeo del Islam en Córdoba y Bagdad, las grandes épocas de la India bajo los Guptas y Mongoles, y el florecimiento de la poesía y el arte chinos en la Dinastía de Tang.

El primer año de Preparatoria estaría dedicado a la historia moderna e intentaría asimilar algunas de las riquezas de la cultura europea desde Lutero y León X, hasta la Revolución Francesa; en el segundo año, se seguirían las vicisitudes de la revolución y la democracia, de 1789 a la Segunda Guerra Mundial; y en el tercero se revisaría, ya con mejor comprensión que en los primeros años, la historia de América, desde los mayas e incas hasta nuestras actuales generaciones. No sería ésta sino una introducción a la historia, pues la inteligencia en estos años no puede abarcar los trabajos de Tucídides y Creto, Mommsen y Gibbon, Voltaire y Guizot, Rank y Michelet, Macaulay y Carlyle, Woodrow Wilson y Charles y María Beard. Pero se conseguiría dar al joven estudiante una completa perspectiva de los asuntos humanos, desde la primera pirámide hasta las últimas elecciones, perspectiva suficiente para que pensase y

actuase con mayor inteligencia en las posibilidades de su época.

Otra puerta que abriría a una mejor comprensión de la vida, nos la daría la ciencia, entendida actualmente no como una herramienta de conquista, sino como una descripción del mundo externo. Aquí empezarían todas las nebulosas hipótesis de los orígenes y evoluciones astronómicas; todas las valientes adivinaciones de la geología, relacionadas con la historia de la tierra; todas las teorías sobre el origen y desarrollo de la vida. Mejor que estas teorías convendría un primer estudio de la vida de las plantas y los animales, en los campos, los ríos y los bosques; también, sin duda, vendría bien un poco de trabajo de disección en el laboratorio; ante todo, una comprensión realista de la vida como asunto de hambre; desigualdad e inseguridad, competencia y cooperación, eliminación y selección, destrucción y creación, derramamiento de sangre, y ternura, paz y conflictos guerreros. Otro sendero aun más agradable que conduce a la comprensión, es la filosofía. En opinión de Platón este "amado deleite" no debiera ser permitido a los jóvenes, porque, dice el maestro, la juventud discurre sobre los problemas de la vida, no con apetito de verdad, sino con hambre ciega de victoria; se desgarran y se satirizan unos a otros, en la contienda, y la verdad, el objetivo, cae rota y andrajosa a sus pies. Sin duda el estudiante de Preparatoria debiera contentarse, en su último año de estudios, con un curso de historia de la filosofía; un curso centrado en las grandes personalidades, y que brindaría talento humano a las mentes juveniles. En tal curso, La República de Platón podría ser un texto suficiente; mediante el cual el estudiante vería qué antiguos son sus problemas actuales, y por cuantas centurias la naturaleza del hombre ha hecho estragos en los ideales de los filósofos y los santos. Entonces, mientras caminasen plácidamente por las praderas del pensamiento de Platón, podría el preparatoriano codearse un poco con Aristóteles, Zenón y Epicureo; con Lucrecio, Epicteto y Marco Aurelio; con Aquinas y Occam, Descartes y Spinoza; Bacon y Hobbes, Kant y Schopenhauer, Comte y Spencer, Nietzsche y Spengler. Si estos autores resultan difíciles para el joven, déjesele buscar la sabiduría a través de aquellos supremos escritores que transformaron la filosofía en drama, ficción y poesía; déjesele relacionarse íntimamente con Sófocles y Eurípides y Aristófanes, Dante y Shakespeare y Goethe, Hrdy y Destoievsky y Tolstoy. Ya se ganará mucho aun cuando sólo aprenda los nombres de los filósofos y deduzca de ellos la firme convicción de que existe esta cosa que se llama filosofía; en años posteriores, si la vida le concede ocio para la especulación, podrá volver a esos hombres, aferrarse a ellos con una fiera resolución de dominarlos y de construir con sus propias manos, en alguna cima, un discernimiento más claro, una aspiración más modesta y una menos áspera duda. Sin duda, ya en esas zonas de aire puro, él verá que todas las filosofías no son más que un solo tanteo, todas las fés, una sola esperanza; no tendrá ya en su corazón el deseo de luchar contra ninguna de ellas, ni el de rehusar la camaradería de su mente a ningún

credo honesto; una gran simpatía para todos los sueños del hombre, una amable comprensión para todos sus fatigosos caminos, le ensanchará y le hará más profundo, y conocerá entonces la paz y la simplicidad, la tolerancia y la catolicidad del hombre sabio.

V. FRAGMENTARIAMENTE

Es evidente que la educación no puede completarse en la primaria, la secundaria o la Universidad; todas estas instituciones nos ofrecen únicamente las herramientas y planos para otros estudios más avanzados, que conducen al dominio, al gozo y la comprensión de la vida. Nada he dicho todavía de los viajes, que, si son demasiado variados y precipitados, hacen la mente más superficial, y la confirman en sus prejuicios, pero que, si implican una comprensiva estancia en extraños escenarios, pueden revelar al espíritu cierta imagen de esa perspectiva total que es el miraje siempre fascinante de la filosofía. Nada he dicho tampoco de esas disciplinas técnicas cuya finalidad es preparar al estudiante en el camino de su vocación, porque no creo que estos estudios hayan de comenzar en los años de las cátedras. Yo reduciría a tres años el curso de Secundaria, y también el de la Preparatoria; dedicaría los primeros quince años de la educación para construir la base física, moral y cultural de la vida, y dejaría las técnicas específicas para las escuelas de postgraduados. Es mi esperanza que en el curso de mi vida la mitad de la juventud de América pasará por el colegio y la mitad de ésta pasará por tales escuelas graduadas y técnicas. Por cuanto a las aplicaciones de los inventos, serán tales que se necesitará un mayor número de bien formados técnicos y número menor de brazos y piernas. No hay razón para que los inventos, antes de la terminación del siglo, no consigan reducir casi todo el trabajo doméstico a trabajo mecánico, y permitan al hombre ser esencialmente un factor intelectual en la producción. El proletariado, en lugar de mandar, desaparecerá.

Yo creo que la educación europea es más esmerada en sus métodos y más fina en sus productos que la nuestra; en parte, debido a una más amplia y estable tradición que logra ahogar en la cuna modas y fruslerías, en parte merced a la concentración escolar en una menor variedad de temas; en parte debido a la separación de los sexos y el alejamiento, en la escuela, de las distracciones; en parte merced a exigencias más severas, respecto al estudiante, tanto por lo que ve a la cantidad de trabajo, como en lo relativo a la disciplina. No es posible esperar que rivalicemos con los mejores colegios de Europa en el curso de nuestra generación, porque el tiempo es el principal ingrediente de toda institución; pero debiéramos enviar a los mentores de nuestras escuelas normales a estudiar los métodos educacionales de Inglaterra, Alemania y Francia, con la esperanza de que supiésemos añadir aquellas excelencias a las nuestras, y lográsemos al cabo ir más allá.

A pesar de nuestras dificultades y nuestros sufrimientos en estos años de vacilaciones, estamos

bien situados en América para construir mejor que quienes mejor hayan construido. Tenemos en nuestro suelo un legado físico de inigualable riqueza, y en nuestra población un fondo todavía abundante de vitalidad, ingenio y talento. Tenemos en nuestras tradiciones, nuestras bibliotecas y escuelas, una asimilación cultural de continentes y edades, tan vasta en volumen y contenido que no hay mente que alcance a medir tal riqueza. Es función y elevado destino de la educación verter este legado de civilización en aquel fondo de vigor, para que los dones de la tierra sean explotados con mayor inteligencia; para que nuestra prosperidad se distribuya más anchamente, y para que nuestros ricos logren florear con maneras y morales más finas, con una literatura más profunda y un arte más sano. Yo no dudo de que sobre estas anchas bases de oportunidades educativas y posibilidades materiales, antes nunca conocidas, no logremos conseguir una sociedad y una civilización comparable con las mejores, y dejemos de ser capaces de añadir un tanto de talento y belleza a la herencia de la humanidad.

Nota Sobre Will Durant

La figura del americano WILL DURANT es una de las más ilustres del pensamiento pedagógico contemporáneo. Su actividad universitaria es de una riqueza excepcional y ofrece la gran sugestión de un hombre que se ha dedicado a la enseñanza pasando del Seminario Católico a los círculos radicales, para finalmente seguir la línea ideológica, de la que es interesantísimo testimonio el artículo que antecede. Will Durant tiene una larga carrera de catedrático universitario, y entre sus obras más interesantes figura la Historia de la Filosofía, resultado de las conferencias del autor dedicadas a auditorio de trabajadores, obra amena y sencilla que ha tenido un enorme y merecido éxito.

TRES LIBROS

HERMANN KNAUS.—LA FECUNDIDAD E INFECUNDIDAD PERIODICAS DE LA MUJER.

Espasa-Calpe. Madrid, 1935.

Un estudio detenido, durante varios años, acerca de cada uno de los elementos e instantes de la fisiología de la fecundación, ha conducido al doctor Knaus, asistente ordinario de la Clínica Universitaria de Ginecología de Graz, a una revisión primero y a repudiar después, la tesis de que la mujer es capaz de ser fecundada permanentemente y a completar, con el medio natural y lícito desde todos puntos de vista de la abstinencia sexual durante los períodos de fecundabilidad, un método para la regulación de los nacimientos. No se ignora, en el estudio, que la teoría de la fecundidad periódica haya sido lanzada por varios au-

tores en distintas épocas, sino que la indeterminación precisa de los períodos de fecundidad e infecundidad, que había conducido a hacer dudosa la tesis, puede realizarse con los métodos del doctor Knaus con bastante exactitud.

El autor del libro que comentamos ha revisado las investigaciones sobre las posibilidades del óvulo y la duración de su vida, las de la célula seminal, las del cuerpo amarillo, y presenta así una verdadera estructura de funciones en que unos y otros elementos se ligan estrechamente, y sólo la coincidencia en un instante hace posible la fecundación. El óvulo, lleno de futuro, sigue el proceso de todo lo vivo si se logra o si fracasa: germina y crece cuando llega a tiempo la célula seminal; se marchita, decae, muere y se corrompe cuando permanece virgen. También el germen masculino no conserva su positividad indefinidamente y, al lanzarse en busca de su complemento, tropieza con demasiados obstáculos; durante algún tiempo se mueve, se agita, busca en la obscuridad del instinto y del milagro, el campo fértil para el extraordinario desarrollo y logro de sus finalidades.

Determinar el momento de la ovulación es lo básico para fijar el período de fecundidad, ya que el óvulo se mantiene fértil y capaz solamente un período de cuarenta y ocho horas. El doctor Knaus ha comprobado y completado las investigaciones que descubrieron la dependencia cronológica entre la ovulación, la aparición y desarrollo del cuerpo amarillo y la menstruación. Sus propios estudios le conducen a esta ley: la ovulación tiene siempre lugar quince días antes de la aparición de la menstruación. La dificultad consiste, pues, en la determinación más o menos exacta de lo que dura el ciclo menstrual en cada caso, tomando en cuenta las causas que lo alteran, y para ello el doctor Knaus aconseja la inscripción cuidadosa de las fechas en que principia el ciclo, para precisar la fecha de la ovulación. Tomando en cuenta el tiempo que dura el óvulo fértil, lo que tarda la célula seminal en encontrarlo desde el momento del coito, llega a establecerse que el período de la concepción posible, corresponde a cinco días, que son el de la ovulación, tres días que le preceden y el día que le sigue. Esto para los ciclos regulares de veintiocho a treinta días; pero en los casos de ciclos irregulares, el período de posible fecundidad debe variarse de la fecha en que se calcule la ovulación del ciclo más corto a la del ciclo más largo, tomando los datos, cuando menos, de un año.

Estas ideas abren el paso a la regulación de los nacimientos y a la generación consciente. Las viejas reglas de la abstinencia hacen posible el control. No serán los hijos, para las personas mejor educadas sexualmente, sobre todo en las mayorías de la población, ni una fatalidad irremediable o desgraciada, ni un azar; por el contrario, puede obedecer la concepción a un impulso que salga de lo más noble de la conciencia humana. No sólo eso, sino que puede ello realizarse en un tiempo en que la vida lata con plenitud absoluta en mujer y hombre.

Además, la abstinencia durante los períodos de fecundidad, resulta tan arraigada en los viejos motivos humanos, que aparta a las gentes que la vida

actual detiene o imposibilita para tener hijos, de todos los métodos artificiales que pervierten en lo moral, perjudican en lo físico y vuelven repugnantes ciertos actos que para toda gente normal están teñidos de sensualidad y de belleza. Por eso dice el doctor Knaus: "nos hallamos en el dintel de una época nueva y más bella de la regulación de los nacimientos, destinada a libertar a la Humanidad de los procedimientos seguidos hasta ahora para la profilaxia de la concepción, los cuales, además de dañar la salud, no resultan seguros y, sobre todo, las mujeres se verán libres de los peligros de la interrupción del embarazo, que eran la consecuencia de aquellos fracasos".

El doctor Knaus estudia en capítulo especial la importancia que sus investigaciones y descubrimientos tienen en relación con el Derecho Civil, para el caso de la determinación de la paternidad, haciendo una crítica de los plazos y términos que la ley contiene.

¿Revive el doctor Knaus en su estudio las tesis del neo-malthusianismo?—puede uno preguntarse. Por caminos muy diversos, recae ciertamente en una preocupación paralela a la de tal escuela demográfica. Aparece la tesis, sin embargo, válida para el caso individual; pero dudo que pueda mantenerse vigente en el caso colectivo. El autor quiere, por momentos, lanzar su doctrina con alcances al problema sociológico, cuando habla del número de sin trabajo que existen y de la posibilidad de mantener el nivel de la población, pero en ello no hay, acaso, sino un legítimo deseo de universalidad. Al rebasar la tesis fisiológica y aun ético-individual, y tratar de convertirla en doctrina social, olvida la distancia que hay entre el individuo y las colectividades, cuya vida no está gobernada por la razón y el cálculo, y en la que se agitan otros motivos más complejos, más oscuros, más incontrolables.—M. M. S.

F. L. L. BUYTENDIJK.—EL JUEGO Y SU SIGNIFICADO.

Revista de Occidente. Madrid, 1935.

El profesor Buytendijk, Director del Instituto Fisiológico de Groningen, emprende en su obra un intento de replantear los temas que suscita el problema del juego del hombre y de los animales, y la revisión y crítica de las teorías. Al fijar los contornos del problema, encuentra ya al juego, palpitante de universalidad y como expresión honda de impulsos vitales. "El afán del juego es tan general como el hambre y la sed, en circunstancias no menos apremiantes". Debe recordarse la frase de Schiller: "El hombre es hombre completo cuando juega".

El juego, tanto de animales como del hombre, es "sobre todo, una función del individuo joven" y su esencia, por ello, "no se comprende sino partiendo de la esencia de lo juvenil". El ansia interior, el afán de movimiento, la plenitud vital y emotiva, la ausencia de formas, todo ello se da en

el joven, y constituye, en consecuencia, el fondo del que se nutre el juego. La vida del joven establece una relación con el ambiente muy distinta de la que se establece entre éste y el adulto. El primero se entrega, vive en el ambiente; el segundo se orienta dentro de él. "Lo joven vive en otro espacio que lo adulto y mantiene con él otra relación". El jugar encierra siempre una unidad pátética con el exterior; por ello constituye una actividad "en la que el organismo y su medio ambiente establecen a una la unidad dinámica de la vida, donde se entrelazan oscuros motivos, tensiones contrarias, comportamientos ambivalentes, clarividencia de los sentidos (Klages), fantasía vital, posibilidad y actualidad, pasado, presente y futuro".

El juego implica el afán de movimiento, y aunque no todo movimiento es ya un juego, sí se conserva en éste como dinámica fundamental. El movimiento que caracteriza al juego es movimiento sin sentido, sin referencia a un fin. Tal es el movimiento "que refluye sobre sí mismo". El afán de movimiento conduce a movimientos sin sentido, que tienen que producirse como movimientos que refluyen, conteniendo así el principio de la repetición. De este modo concebimos ahora la conexión del afán del movimiento juvenil con lo rítmico.

Todo ello conduce a delimitar la extensión del juego. De los impulsos vitales en que se origina, hasta el límite de ritmo en que el movimiento se vuelve danza, el límite de reglas en que se vuelve deporte o el límite de utilidad, dirección o sentido en que se vuelve trabajo. En la danza asistimos a un movimiento rítmico constantemente recreado; pero su ritmo y acomodamiento a tiempos musicales o a simples espacios idénticos de repetición, lo aleja del juego. El juego y el deporte se distinguen en que aquél no tiene limitaciones, mientras que éste tiene un ideal de ejecución. El espacio del juego se limita para el solo objeto de que el movimiento refluya dentro de un ámbito. En el deporte lo que se aspira es a hacer el mismo movimiento mejor cada vez, más perfecto (natación, carrera). Para que un juego con reglas se mantenga como tal juego, necesita regular no *lo que tiene, qué hacerse* como en el deporte, sino *lo que no puede hacerse*; así conserva el juego su emoción, porque entonces "lo que acontece tiene algo de salto, y cada fase se presenta no en razón de lo ya sucedido, sino que procede de una fuente desconocida, improvisable, espontánea. Por eso en la dinámica del jugar, radica siempre un elemento de *sorpresa, de aventura, de ocurrencia*".

"Jugar es siempre jugar con algo"; el objeto del juego, con lo que se juega, debe ofrecer también campo de mágica sorpresa. Una pelota puede botar de diferentes maneras. Cuando el objeto se encierra dentro de un círculo limitadísimo de posibilidades dinámicas, se vuelve *conocido*, pierde su encanto. "No se juega con lo conocido". El misterio de los objetos reales, empuja a jugar con ellos. Logra así quien juega una plenitud de vida que se apaga con la tristeza de toda experiencia, de toda verdad, de todo conocimiento. "El juego tiene sus raíces en las funciones más escon-

didadas de la vida". "El hombre necesita pan y juegos. Pan para crecer y existir; juegos para "vivir" o sentir esta existencia". De lo pático a lo gnóstico, del misterio a la verdad, de lo juvenil a la madurez, transcurre la vida del hombre; arranca "del paraíso vital del juego y de la ingenuidad, para que gane la paz del espíritu con la existencia en la verdad".

Buytendijk revisó al final las teorías de Groos, Scheller, Spencer, Stanley Hall, la teoría catártica (salida mediante el juego de impulsos peligrosos) y Claparede las critica y acepta o rechaza en parte, resaltando sus propias ideas.

M. M. S.

GENARO ESTRADA.—200 NOTAS DE BIBLIOGRAFÍA MEXICANA.

Secretaría de Relaciones, México, 1935.

"200 Notas de Bibliografía Mexicana", se titula este nuevo libro de Genaro Estrada, que es, entre los amantes del libro en México, quien, con vientos más propicios, ha hecho, no uno, sino incontables viajes de circunvalación en el maravilloso mundo de los libros, con curiosidad siempre despierta, con amor siempre eficaz, lo mismo cuando recorre continentes conocidos, como cuando penetra en horizontes inexplorados. Y, viejo lobo de mar, de sus viajes, moderno Zimbad el Marino, trae siempre curiosas historias que contar...

¿Constituyen estas 200 Notas un libro? Sí, a nuestro juicio, pues las doscientas notas—curiosísimas—sobre nuestra bibliografía mexicana, que van en el tiempo desde el siglo XVI hasta nuestros días, y en el espacio desde las bibliotecas de alcurnia hasta los puestecillos callejeros de libros de lance, están engarzadas todas por el hilo de la fina conversación de Genaro Estrada, quien nunca es tan grato conversador, siéndolo siempre, como cuando, vigía en el mar de los libros, nos cuenta estas cosas de sus exploraciones, que son su vida.

Y tiene todavía un mayor encanto este libro de 200 Notas, y es que entre todas ellas—y algunas son tan raras como preciosos incunables—está circulando—gracias al fervor y al estilo—un aire fuerte de vida. Por lo cual la obra, siendo de erudición precisa, no despidе ese olor—entre humedad y tierra—de las bibliotecas cerradas—sin dueño—, sino que nos deja la impresión de que charlamos directa y cordialmente con el autor, al aire puro y bajo el sol de este Valle de México, donde él por su cuenta ha escrito, en prosa y en verso, otros libros que participan también, externa e internamente, de este aire puro y de este sol claro...

Por cuanto a los tipos que por el libro desfilan (no los de tipografía, hablamos ahora de *los otros*), estas páginas nos dan la sensación de un largo y bello *film* que, comenzando por presentarnos sobre un fondo de callejas coloniales, siluetas de bibliófilos, bibliómanos, litógrafos, escritores y eruditos, con el pergeño de aquellos siglos..., terminara por hacernos ver esos mismos tipos de bibliófilos, bibliómanos, litógrafos, impresores y escritores... ¿esos mismos? sí..., pero deambulando ahora por la ciudad moderna, con sus trajes nuevos casi siempre, ¡ay!, un poquito traspillados y entrando y saliendo en y de las casas nuevas... A. M.

NOTAS

ACTIVIDADES DEL DEPARTAMENTO DE ACCIÓN SOCIAL

Servicio de Acción Estética

La Orquesta Sinfónica de 60 profesores, bajo la dirección de los maestros Rocabruna y Vázquez, ha proseguido en su tarea de extensión educacional y de divulgación artística, así entre las clases populares, por medio de sus conciertos en el Teatro-Cine "Venustiano Carranza", como entre las clases universitarias e intelectuales, en el Anfiteatro "Bolívar", habiéndose puesto hasta hoy obras clásicas y modernas, entre las que figuran Bach, Haendel, etc.

El Grupo Coral, de más de cincuenta voces, dependiente de este Departamento, y bajo la dirección del maestro Juan D. Tercero—recién llegado de Europa, y después de una brillante actuación—ha dado algunos conciertos en el Anfiteatro "Bolívar", cuya resonancia en el ambiente musical de México es todavía recordada.

Dependiente de este Departamento y aun en formación, está el cuadro teatral que dirige el señor Julio Bracho, cuadro teatral que tiene ya en estudio y preparación dos obras clásicas del teatro griego: *Las Troyanas*, de Eurípides, y *Los Caballeros*, de Aristófanes, que habrán de representarse a mediados del próximo junio, con la colaboración musical de Silvestre Revueltas, decorados y diseños de Fernández Ledesma y Carlos González.

Servicio de Prácticas Escolares

El Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional ha puesto al frente de este servicio al eminente médico Salvador Aceves, profesor de la Facultad de Medicina, habiendo iniciado sus labores con la apertura de seis consultorios médicos gratuitos, clínicas con servicio dental anexo, en los barrios más pobres y de más densa población de la ciudad de México, poniendo al frente de ella a médicos capaces y de experiencia, a fin de proporcionar servicio médico eficaz a los obreros y campesinos, así como para abrir posibilidades de práctica a los alumnos de último año de las Escuelas de Medicina y Odontológica.

Bufetes Gratuitos

Desde el día primero de marzo vienen funcionando normalmente los bufetes gratuitos para trabajadores, vecinos rurales de las cercanas poblaciones, y todas las clases sociales carentes de recursos, establecidos en las Villas de Coyoacán, Xochimilco y San Ángel. En el patrocinio de litigios por estos bufetes no solamente se ha tenido en cuenta la capacidad económica del solicitante, sino el caso moral y legal del asunto.

Desde la fecha indicada los bufetes han tramitado diversos asuntos, entre los que figuran muchos relacionados con campesinos, como el de poseedores y cultivadores de pequeños terrenos, que no poseen títulos de propiedad hasta ahora, asunto que ha aparejado el problema de los gastos del Registro Público de Propiedad, ubicación, etc.; pero ya el Juez de Primera Instancia en Coyoacán, licenciado Carrancá y Trujillo, se ha dirigido al Departamento Central, y otras autoridades, para ver si es posible subsanar dichas dificultades en beneficio de los campesinos pobres.

Servicio de Bibliotecas

En cada uno de los Centros Populares para Trabajadores ha quedado establecida una pequeña biblioteca, cuyo núcleo inicial, severamente seleccionado, consta de unos 200 volúmenes, que ya están al servicio de los trabajadores y público en general. Entre las obras figuran volúmenes de historia, literatura, derecho obrero, sociología, etc.

Asimismo, se ha procurado renovar la existencia de obras en las bibliotecas de las escuelas y Facultades universitarias, habiéndose hecho ya pedidos de obras modernas de Derecho, Medicina, Matemáticas, Artes, etc.

Servicio de Educación Física

El Servicio de Educación Física, encargada su dirección al licenciado Herminio Ahumada, ha rendido los mejores frutos. Desde luego que este servicio ha procurado promover las actividades deportivas, sacándolas del estancamiento en que se mantenían a pesar de la tradición universitaria, siempre en primera fila; pero se ha procurado hacer llegar los beneficios del deporte hasta los trabajadores y clases populares, y ya se estudian las posibilidades de establecer centros deportivo-recreativos, que deberán contar con estadio, tanques de natación, gimnasios, campos, bibliotecas; y de igual manera se estudian las posibilidades de organizar, bajo la dirección de este servicio, excursiones campestres dominicales, en que participen obreros y universitarios, lo que redundará en beneficio de la salud física y moral de México.

Pero donde más claramente se muestran las posibilidades del deporte universitario, es en la serie de triunfos que han logrado los atletas de nuestra Institución. El equipo universitario triunfó en las carreras San Angel a México; se venció, igualmente, en el torneo de basquet-ball, en primera y segunda fuerzas; se lograron la mayoría de los primeros lugares en el campeonato de lucha; y merece mención especial el triunfo de los universitarios en el Campeonato Regional de Atletismo, en el que se logró aplastante victoria sobre más de doce equipos, logrando más de 50 puntos sobre el contrincante más cercano, y es significativa esta victoria por considerarse la justa como una eliminatoria para seleccionar el equipo que representará a México en la Olimpiada de Berlín.

A estas actividades debemos añadir aquellas de carácter cultural, propio de esta rama, que se han iniciado con la conferencia del profesor Feiring Williams, de la Universidad de Columbia y del Instituto Carnegie, conferencia a la que concurren los profesores de entrenamiento, los atletas y deportistas de más valer que forma el Servicio de Educación Física.

Sociedad Filarmónica de México

El día 17 de marzo, y bajo la presidencia del Rector Luis Chico Goerne, quedaron inaugurados los trabajos de la Sociedad Filarmónica de México. En la mesa directiva figuran definitivamente los señores Salvador Azuela, José Barros Sierra, Jesús Sánchez, Fernando Lanz Duret, Pablo Gorospe, las señoritas Virginia Huerta, Carmen Jiménez Labora, María Esther Guzmán, María Pimentel, y señora Esperanza G. de Pallares.

Esta Sociedad iniciará su actuación presentando en el próximo mes de junio a los famosos artistas Jorge Barrere, flautista; Carlos S. Salzedo, arpista y Horacio Birtt, violoncellista, todos de renombre mundial que arribarán próximamente a México, dando algunos conciertos y sustentando, además, breves cursos en la Facultad de Música.

Para el mes de septiembre esta Sociedad, contando con el patrocinio del diario "El Universal", organizará un certamen de *La Danza y Música Vernáculas*, en el que participarán grupos auténticos de danzantes y músicos, provenientes de las regiones de nuestro país que tienen mayor riqueza folklórica.

Servicio Editorial

La función primordial de este Servicio ha sido razón suficiente para que se vigile cuidadosamente su labor. Desde principios de año se lanzó a la circulación el primer número de la Revista UNIVERSIDAD, con un tiro de más de 10,000 ejemplares, que se distribuyeron gratuitamente entre todas las clases sociales de México. La Revista UNIVERSIDAD ha logrado agrupar a su alrededor a las mejores firmas de México, así como ha conseguido renombradas colaboraciones de extranjeros; y ya procura extender su radio de acción, para poder presentar en breve un cuadro de los escritores jóvenes, noveles, de la Universidad Nacional y del país. Consta la Revista, además, de una sección de artes plásticas, en la que han figurado fotografías, litografías, dibujos a lápiz, óleos, esculturas, etc., de los artistas mejores de México.

En este mes quedó totalmente terminado el segundo tomo de la obra *Principios de Obstetricia*, escrita por el doctor Fermín Viniestra. Esta obra consta de más de 200 grabados, cuidadosamente seleccionados; y será texto en la Facultad de Medicina, llenando una laguna en los estudios de obstetricia. Igualmente se espera terminar la obra *Cactáceas de México*, escrita por la señorita Helia Bravo, del Instituto de Biología. Esta obra habrá de ser fundamental, junto con la del maestro

Ochoterena, en el estudio de esta flora específica de México.

Para principios del mes próximo saldrán a la venta los dos primeros tomos de la colección de *Cuadernos de Divulgación Política*, obras que corresponderán a las selecciones de Bolívar y Mariátegui, complementadas con valoraciones modernas hechas por escritores jóvenes de México.

Con carácter de estudio ha pasado al Departamento de Acción Social, un proyecto para la impresión de una *Colección de Autores Clásicos de México*, biblioteca que será integrada por autores definitivamente consagrados, y a la que irá anexo un prólogo que será la visión actual que tengamos de nuestros clásicos.

En preparación, tiene este Servicio Editorial, los originales de la obra del maestro José Vasconcelos *Historia de la Filosofía*, obra de carácter didáctico, que será indispensable texto en los estudios filosóficos, tanto en la Escuela Nacional Preparatoria como en la de Filosofía y Letras, de la Universidad Nacional de México.

Cursos Breves en la Universidad Michoacana

Encabezados por el licenciado Salvador Azuela, jefe del Departamento de Acción Social, un grupo de profesores universitarios ha salido para la ciudad de Morelia y ha iniciado allá una serie de conferencias, con carácter de cursos breves, que se efectúan en el benemérito colegio de San Nicolás de Hidalgo, alma mater de la Universidad Michoacana.

Sabemos que la ciudad de Morelia ha dispensado la más entusiasta acogida al grupo de universitarios de México, correspondiendo así a la muestra de especial simpatía que significó haber escogido aquella población para inaugurar en ella estos trabajos de extensión que el Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional de México se propone llevar a cabo a través de la República, fiel a su programa de estudio y cediendo también a las reiteradas invitaciones que para ello ha venido recibiendo del estudiantado de la República.

IMAGENES

1 FERMIN REVUELTAS

Reunió este joven pintor, muerto prematuramente, una serie de elementos importantes que hubieran hecho figurar su obra en un preeminente lugar de la pintura mexicana contemporánea.

Así, muestran sus cuadros una preocupación enorme por la composición, entendiéndola desde un punto de vista rigurosamente geométrico, es decir, persiguiendo esa sutil armonía matemática que se llama "Sección de Oro", y probablemente sea Revueltas uno de los investigadores que han tenido mayor número de aciertos en esa difícil tarea.

Al mismo tiempo sus obras, desde las acuarelas, que logran evadirse de esa molesta inconsistencia que parece característica de ese procedimiento, hasta los vitrales luminosos, así como sus óleos tan organizados y tan abundantes en plástica pura, todos son ricos en color; color realmente tropical: ócres quemados, rojos, amarillos brillantes y los fondos profundos de azul, de negro, de verde y de sepia sombrío.

Por otra parte, tiene Revueltas un valioso mérito: el de su originalidad, pues es en verdad difícil referirlo a alguna de las series de pintores contemporáneos que dirigen su trabajo paralelamente al de determinadas figuras principales.

Naturalmente, y a pesar de lo anterior, pertenece al gran grupo del renacimiento de la pintura en México y las obvias influencias que tiene, son las mismas, occidentales, que sufrió toda su época.

2 MARDONIO MAGAÑA

La escultura fue, de todas las ramas del arte, la que más profundamente y durante mayor tiempo, resintió la influencia terriblemente perjudicial del academismo. Se encontraba hundida en los más lamentables trucos de Atelier, el banco giratorio, la talla por coordenadas, las facilidades mecánicas de reproducción, que más que un medio valioso de expresión, era una cocina que producía docenas de "Psiquis", de "Poesías", de "Pegasos", en fin, toda una fauna ramplona que atestaba las rinconeras de las salas y los escritorios de los ministros.

Tras el momento caótico, destructivo, y, sin embargo, tan útil, que sufrió el arte occidental, surgió una nueva modalidad escultórica, que aquí en México dimos en llamar Talla Directa, por contraposición a los procedimientos más o menos mecánicos, más o menos artificiosos, que se usaban para reproducir los modelos de barro en materias duras.

Pero no sólo era el procedimiento lo que tenía que cambiar; el espíritu mismo del escultor estaba infectado de academismo.

Por esto cuando llegó al espectador la obra del escultor Magaña, animada por el poderoso soplo de lo popular (genuinamente popular, porque Magaña es un campesino), tuvo que ocurrir necesariamente una serie de choques de ideas que oscilaban de la desconfianza hasta la más resuelta acusación por superchería y desde el estudio sereno hasta la apasionada ponderación.

De todas estas opiniones, y alejados en el tiempo, surge la convicción sólida y tranquila: Magaña es un gran estudiante de Plástica. Sus volúmenes existen categóricamente. Su obra carece de trucos académicos y su espíritu es sincero por lo que tiene de eminentemente popular.—J. I. P.

POR MI RAZA

HABLARA EL

ESPIRITU



I M A G E N E S

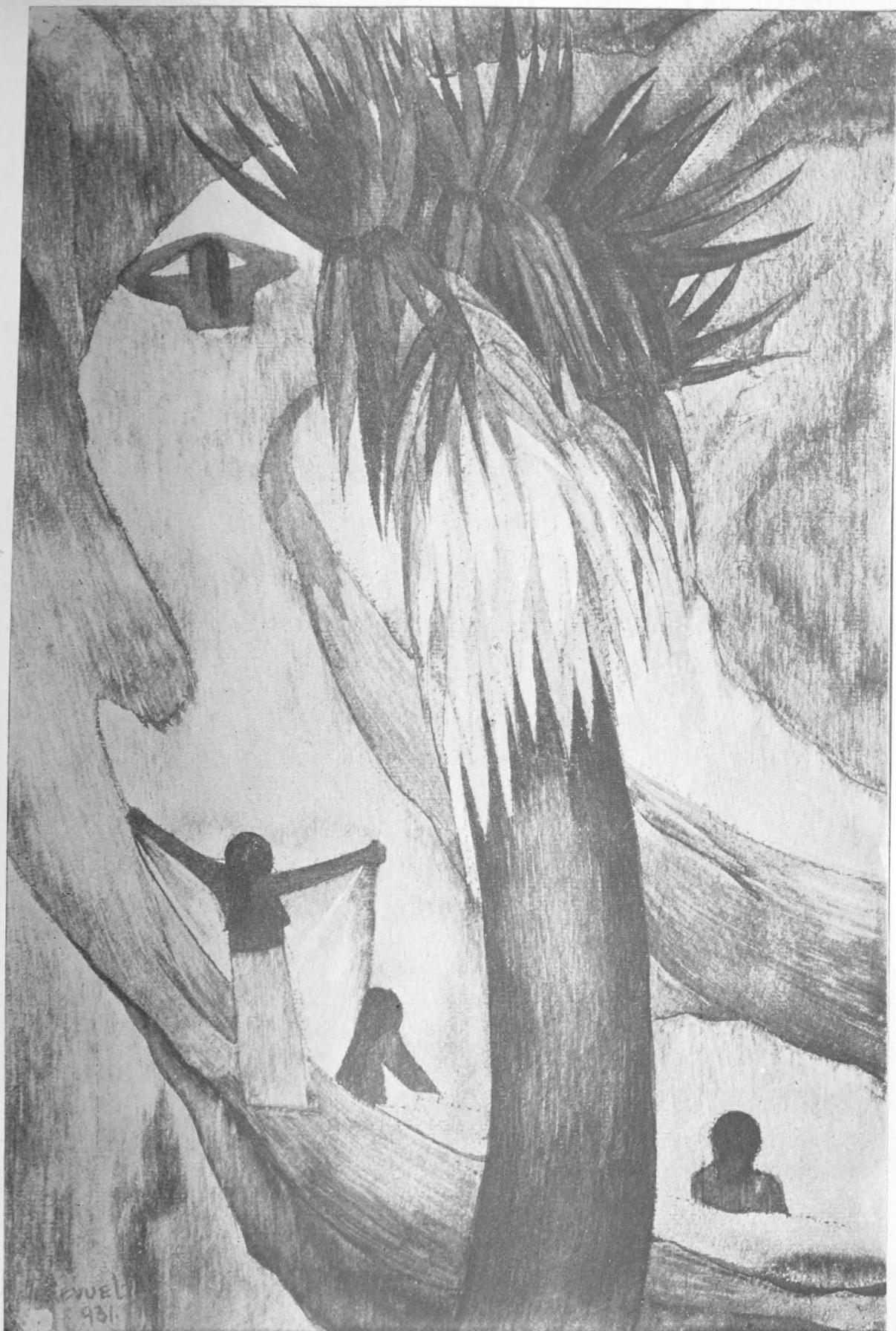
Fermín REVUELTAS

Mardonio MAGANA

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL



O l e o
REVUELTAS



Acuarela
REVUELTAS



Acuarela
REVUELTAS



O l e o
REVUELTAS



Escultura
MAGAÑA



Escultura

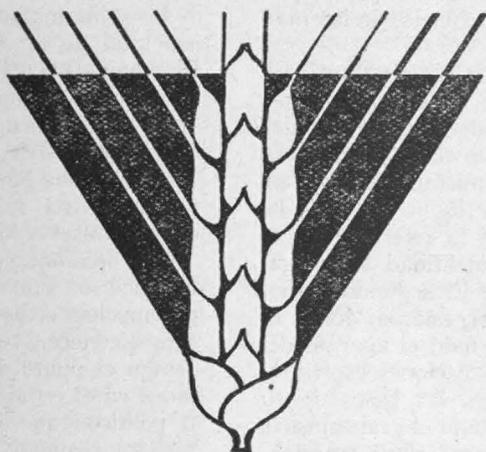
MAGANA



Escultura

MAGANA

EL GRANO



EN LA ESPIGA

LA CULTURA Y LOS PLANOS DE LA CULTURA

LA palabra cultura, hace unos años todavía, era sinónima de una actividad puramente intelectual, siendo por esto, algo ajeno, y aun contrario, a las tareas sociales otras. Así surgió la invención de un espíritu, del espíritu como patrimonio absoluto de los intelectuales; intelectuales consagrados por supuesto a esta sola—desvinculada de lo vital—actividad. La cultura, entonces, devino hasta llegar a ser empresa exclusiva, por lo mismo que se definía como una labor alejada de lo vital, de aquellos que sin preocupación alguna, en lo social, bien podían dedicarse a ella en absoluto. Ciertamente que aun esto era falso, porque tal actividad cultural—casi puramente científica—al fin y al cabo volvía a la vida, de la que no es dable desprenderse, pero a ejercer, eso sí, por las personas que se sentían sus depositarios únicos, una misión que consistía en sostener, dándoles un carácter de inamovilidad, ciertas especies de autoridad, alejadas al igual, como los culturalistas, de toda verdad social e histórica.

No tardó, por supuesto, en estallar tal concepción. La cultura es, antes que nada, actividad del ser todo, en cuanto sujeto y objeto de la sociedad. La creación intelectual no es así su única actitud. Es, se puede decir, una de sus actitudes, la del encargo de la organización y la estadística del saber; pero el espíritu alienta al igual otras manifestaciones vitales, cuya cohesión informa eso que, últimamente, se ha descubierto es la cultura, advertida en su esencia como la firme e íntima re-

solución espiritual del hombre de superarse, social e individualmente hablando.

Tenemos así, con esta explicación, que la cultura, lejos de significar una sola tarea, inabordable muchas veces, pasa por ello mismo a ser el fuego elemental que ha movido y presta impulsos al hombre en lo colectivo, en su marcha superadora. Pues la cultura, cabalmente es la que presta cohesión y otorga personalidad a los afanes históricos todos, dando así un ritmo determinado a cada porción geográfica y cada raza. Por esto es dable hablar de cultura griega, de cultura europea o china, por ejemplos. Pero de lo que sí no es dable hablar, dentro de estas clasificaciones más o menos aceptadas para la simplificación del estudio de la historia, es de otras divisiones y subdivisiones muy en boga, y que atienden a las clases sociales que la sostienen y la viven, y las naciones donde alienta.

La cultura es una y la misma. Existen, claro es, diversificaciones en sus actividades. Matices. Actitudes colectivas o individuales, etc. Pero, en general, precisa decir de la cultura como actividad espiritual, más bien para borrar toda suerte de limitaciones, en lo nacional y lo político.

Con esta mira, quisiéramos ahora, para su demarcación, señalar los planos mismos de su desenvolvimiento y su radicación en lo humano, acordándonos de una ya clásica ordenación de esa índole. Conviene, además, trazar las líneas generales de su desplazamiento, ahora que los nacionalismos pretenden, de acuerdo con las tesis mate-

rialistas más embozadas, limitar la cultura, que es la tradición misma del hombre en el hombre, hasta confundirla con los problemas exclusivos de una nación, en lo político, dándole así un acomodo pragmático que no es otro que aquel que mejor cuadra a las ambiciones, en lo externo, de las maquinarias estatales.

Tres planos podemos advertir en la cultura. El primero, lógicamente hemos de hallarlo ahí donde descansa aquella porción humana y elemental del pueblo. Es la de lo popular, que elabora sus creaciones sobre la base del sentimiento, el cual, en el fondo, es idéntico en todos los hombres de la tierra, pese a sus distingos en lo referente a sus particulares aplicaciones. Su identidad le otorga, pues, valencia de universalidad. El segundo plano, en nuestra ordenación simplista, está allí donde la cultura, desenvolviéndose con todo el aparato del saber, hace descansar en las creaciones espirituales más altas, intelectualísimas, las bases de su movilidad. Es aquel donde trabaja el gran músico, el matemático o el filósofo, cuyas obras trascienden de la nacionalidad misma de los creadores y tienen garantida su significación absoluta, en su universalidad. El plano tercero, por último, será aquel donde lo regional solamente cuenta, representando lo decisivo, imponiéndose sobre la base de lo diferencial de los pueblos y sus usos. Su ámbito es, aun en lo nacional, la región única y exclusivamente, y su trascendencia no va más allá de lo folklórico.

Sobre la "Crueldad" Latinoamericana

Por RAUL HAYA DE LA TORRE

Es RAUL HAYA DE LA TORRE, para una buena porción de espíritus del Sur de Hispano-América, uno de los guías más capacitados y alertas. Autor de numerosas obras de tendencia revolucionaria, el político e intelectual peruano, parece ser de aquellos pocos que hacen respaldar el credo social que predicán, en el ejemplo diario de sus vidas.

La literatura extranjera—europea y norteamericana—sobre la América Latina es cada vez más abundante. Asombra a quien busque en los catálogos de cualquiera de las bibliotecas de primer rango en Europa el número de libros y folletos que se han escrito sobre nuestra América, principalmente en inglés, en francés y en alemán. Cada año aparecen nuevas obras sobre nuestros pueblos. Ya no sólo las de carácter histórico, arqueológico y "turístico", que son las más abundantes, sino las que intentan una estimativa más integral de nuestros problemas. Hasta ahora, por la vastedad

de lo que ya comienza a llamarse seriamente en Europa "la gran nación latinoamericana", se nos ha estudiado parcialmente. El libro del vizconde Bryce, "South America" publicado hace diecinueve años y aun sumamente interesante fue uno de los primeros intentos hacia la visión más o menos total de la América Latina contemporánea. Pero hay otros más modernos, y en Alemania "Die Dritte Eroberung Amerikas", de Goldschmidt—del que me ocupé hace mucho tiempo ya en estos artículos—es quizá más completo que el de Bryce, aunque por ser de un escritor definitivamente izquierdista, resulta polémico y más sujeto a la crítica conservadora.

Las opiniones extranjeras sobre nuestros pueblos nos son sumamente interesantes. No sólo porque muchas veces contienen duras críticas que debemos conocer, sino porque en otros casos, representan el punto de vista de hombres experimentados en el estudio de grandes problemas sociales o políticos que pueden contemplar aspectos de nuestra realidad que nosotros mismos no hemos descubierto aun, por aquello de que "los árboles no dejan ver el bosque".

No falta la literatura incomprensiva y apasionada, bien lo sabemos. Abunda el tono protector de algunos autores que nos miran como a razas inferiores. Si los europeos cuentan con una numerosa literatura de este género, los norteamericanos son los que la han producido con mayor fecundidad. Y no faltan tampoco los que con excesiva benevolencia o con propósitos más o menos interesados nos adulan.

Es importante recordar que casi todos los escritores extranjeros que nos juzgan, admitan que culturalmente estamos todavía muy lejos de Europa y aun de Norteamérica. Bryce anotaba ya que aun no tenemos ni filósofos ni poetas mercedores de traducirse. Son muchos los escritores europeos que opinan que sólo lo indio es digno de apreciarse en la América Latina como testimonio de una cultura o de una civilización original. Empero, en los últimos tiempos la cuestión de la posición más o menos próxima de los pueblos latinoamericanos a los problemas del mundo civilizado, es asunto que preocupa y seriamente, a muchos investigadores.

Interesado por estas cosas no sólo me he ocupado de leer cuanto es posible de lo mucho que se ha escrito en Europa y Norteamérica sobre nuestros pueblos, sino de buscar el trato personal de aquellos europeos o norteamericanos autorizados que conocen nuestros problemas y se interesan por ellos. Y el otro día tropecé con un notable hombre de ciencia en la Biblioteca Nacional de Berlín, a causa de un libro antiguo sobre el Brasil que ambos reclamábamos. Supe incidentalmente que había vivido algunos años en los países latinoamericanos—de México a la Argentina y Chile—y que escribía una obra sobre Antropología Social. Le pedí sus impresiones sobre nuestros pueblos y después de una larga charla caímos en un tema, promovido por él, que me atrajo totalmente. El sabio alemán me habló de "la crueldad latinoamericana" y al admitir sus opiniones me rogó no mencionar su nombre, si las hacía públicas, mientras su segundo libro no apareciera. "Justamente por

temor a la crueldad latinoamericana", me dijo humildemente.

Según él, somos los latinoamericanos uno de los pueblos más crueles de la tierra. Crueles en el sentido de falta de generosidad; de falta de respeto entre los unos y los otros. "No con el extranjero", me advirtió, al que según el profesor, brindamos excesivo sometimiento. "Cruelles entre ustedes mismos". Y anotó que para él no había diferencias nacionales entre nosotros, porque la psicología latinoamericana, era una, con variantes de poca importancia. "Las diferencias nacionales, la incompreensión entre ustedes en nombre de su separación de fronteras, es una invención infantil, resultado en gran parte de su crueldad", afirmó.

El tema me interesó intensamente, porque ya en 1927 oí a un alto jefe de la marina yanqui, en el Instituto de Ciencias Políticas de Williamstown, lanzar una afirmación semejante. "No conozco pueblo más inclinado a la fácil crueldad que los latinoamericanos", decía el marino golpeando con los puños monstruosos sobre la mesa. "Cuando vi despedazar a un Presidente en Haití, pensé que esa crueldad era típicamente negra, pero más tarde aprendí que los latinoamericanos se despedazan cuando pueden con las manos y siempre con la lengua". Curiosamente el profesor alemán coincide con el marino yanqui.

Advierto que mi interlocutor es hombre bastante maduro y gran simpatizante de la América Latina "cuya misión histórica como nación unida", considera que ha de cumplirse tan pronto como adquiramos mayor cultura. Empero, insiste en lo de la crueldad. Según él tenemos y hemos tenido grandes hombres, "grandes hombres que en Europa habrían alcanzado posición importante" pero a los que hemos debilitado por envidia, por incompreensión, por crueldad. Además no faltan entre los hombres superiores de la América latina—según el profesor—aquellos cuya grandeza esté mermada por la propia crueldad. Me manifestó que anheloso de tratar a un escritor—o escritora—sudamericano, logró conocimiento. La literatura del hombre o mujer—que para el caso da lo mismo—buscada por él, es de una generosidad y de una religiosidad tal, que hace imposible suponer que pueda alentar crueldad alguna. "Usted no sabe mi desilusión" me dijo. "Aquella persona no hacía sino hablar mal de los demás y atacar en forma tal a todas las personas que yo consideraba dignas de respeto, que puse fin a la visita inmediatamente".

"Ustedes no respetan nada en los demás", agregó y "sólo los muertos se salvan en la América Latina". Explica así nuestro exagerado culto a los que no existen, la belleza de los cementerios, la falta de sentido crítico para apreciar la obra de un difunto. "Mientras viven la crueldad los destroza y cuando mueren, la superstición los respeta".

Hacia mi interlocutor una gran diferencia entre nuestra crueldad y la severidad. Para él no somos severos, porque somos injustos. Por lo mismo, somos crueles. Abusamos de toda situación de ventaja y tenemos muy poco sentido de responsabilidad. "Se habla corrientemente en la América latina de asuntos personales, con una irresponsabilidad tal que no es posible hallarla ni en las clases

más bajas de la Europa culta", agregaba. Con una rara agudeza examinaba nuestro chiste, como expresión de nuestra crueldad. "Crueldad cínica", según la crueldad aunque agrega un término más duro aún, "y cobarde".

"Yo analizaré todo esto en un libro de impresiones, posterior a mi obra científica"—me dijo—"y he de ser severo pero no cruel". Luego me agregó que no quisiera ser un latinoamericano de estos tiempos porque siendo nuestros pueblos débiles tienen que ser excesivamente crueles. "Día vendrá en que la fortaleza les haga generosos y respetuosos unos de otros, y entonces utilizarán mucha energía perdida". No dejó de anotar que por ahora, mientras el rumor malévolo mata como el puñal, por la espalda, la suerte de todos los hombres superiores ajenos al ambiente sería penosa.

La entrevista me dejó una profunda impresión, más grande aún por la tranquilidad bondadosa de aquel hombre y por su fe en nuestros destinos. Pero según él no han de ser los intelectuales de hoy, o muy pocos de ellos, los que cumplan labor sería alguna, porque están "envenenados de crueldad". Ha de surgir otra generación más experimentada y más seria. Todavía debemos pasar de la media cultura actual a los planos de la cultura verdadera.

Y este profesor añadía que muchas veces ha recordado aquel pensamiento de Heráclito sobre los habitantes de Efesa: "Todos los hombres mayores deben ser ahorcados y la juventud debe abandonar la ciudad, porque ellos han arrojado a Hermodoros, su mejor hombre, diciendo: no dejemos que nadie sea el mejor, que lo sea en otra tierra y entre otras gentes".

¿Tendrá razón el sabio alemán?

El Alma Humana y el Realismo

P e r F R A N Z W E R F E L

De una de las mejores revistas nacionales, tomamos el interesante extracto del ensayo del alemán WERFEL, y donde el escritor aborda el tema mismo del hombre, en cuanto persona espiritual, colocado ante los complejos y formidables problemas de las organizaciones estatales, levantadas éstas, precisamente, sobre la base del más crudo realismo. Dada la forma de su exposición, harto simplificada, y el estilo claro y sin demasiados cruces eruditos, de Werfel, creemos accesible el ensayo a la inteligencia, siempre alerta, de aquellos a quienes se consagra esta sección.

Cuántas veces hemos oído repetir, en todos los tonos, en periódicos, conferencias y conversaciones, que vivimos en una época de realismo radical. Escritores cuya clarividencia nos parece en-

vidiable, han tratado esta verdad—universalmente reconocida y hasta banal—y utilizado los resultados de sus análisis para establecer nuevos puntos de vista proféticos. Tales autores nos han mostrado a los europeos el instrumento simbólico, cuyas mandíbulas son América y Rusia, que deshace nuestra vieja cultura. Los más inteligentes han sabido, desde luego, reconocer la identidad profunda de estos dos términos contradictorios en apariencia. El *realismo* radical de los Estados Unidos de América es exactamente el mismo que el de las Repúblicas unidas de la Rusia Soviética.

La U. R. S. S. y los U. S. A.

El dogma rigurosamente *ortodoxo* de la U. R. S. S., es de esencia marxista. Recordemos uno de sus axiomas básicos: el hombre, como individuo y como miembro de grupo, es sólo un producto del dinamismo económico. Lo que el mundo pre-científico llamaba "alma" no es, en realidad, sino la apariencia psicológica de este dinamismo. La vida interior del hombre está enteramente determinada... ¿Y cuál es la *escatología* oficial de la U. R. S. S., es decir, cuáles son los puntos de vista de la doctrina bolchevique sobre los fines últimos de la historia? Si la organización humana llega un día a dominar las potencias anárquicas de la naturaleza y de la tierra, entre las que se hallan las fuerzas económicas, podrá establecerse un nuevo orden social en el cual ya no habrá clases.

Este orden social tendrá consigo una *estabilización de la vida del alma*. Los impulsos afectivos y voluntarios del individuo deberán ser *desvalorizados* en provecho de la conciencia colectiva. Gracias a la colectividad el sufrimiento será suprimido,—idea de inspiración netamente oriental—y un estado de beatitud se establecerá sobre la tierra.

La América carece de dogma oficial, pero se inspira en el *Behaviorismo*. Esta palabra, tan curiosa como repelente, designa una teoría psicológica que cuenta cada vez con más partidarios en los Estados Unidos y que parece ser un símbolo precioso de la espiritualidad americana. Para el doctor Watson—padre del Behaviorismo e inventor de este término simpático cuyas palabras se tuercen como un gusano machacado—el hombre interior es simplemente un monigote. Las marionetas humanas son movidas por funciones y reacciones. Un asno podría, con sólo tirar los hilos de una *pedagogía* tan simplificada, conformar cada una de estas marionetas al modelo deseado. Estas ideas reflejan la misma nostalgia colectivista, el mismo deseo de tratar al hombre como un producto *standard*. Por otra parte, los Estados Unidos muestran ya el ejemplo de una dominación de las masas—inconsciente, es verdad—que toma la forma de una disciplina colectiva: ¿acaso no tiene todo el mundo el mismo sombrero y la misma opinión?

El verdadero sentido del realismo

Pero si se trata de los Estados Unidos y de la U. R. S. S., es sobre todo en la medida en que estos inmensos continentes nuevos manifiestan poderosamente, y de una manera consecuente, la actitud del *realismo* radical ante la vida: porque el

resto de los países modernos participan de este estado de espíritu e imitan esta actitud. El término mismo de *realismo* tiene una larga historia y desempeña ya un papel importante en la edad media. ¿Pero cuál es su sentido general fuera de toda consideración histórica? La respuesta es clara y precisa: la actitud realista es la que pone al hombre en contacto directo con la vida; la que haciendo a un lado todo prejuicio une el hombre a la naturaleza. El realista se adhiere a la riqueza inmediata de lo *vivido* sin dejarse turbar por abstracciones... ¿El *realismo* de nuestra época corresponde a esta definición? ¿Manifiesta un nuevo *comportamiento* ante la naturaleza, liberado de ideas preconcebidas, que contribuya a formar un vínculo entre el alma y la vida? ¿Representa una victoria sobre la abstracción?

La religión del cuerpo humano

Antes de responder de una manera negativa a esta pregunta, notemos que el *realismo* radical de estos últimos años parece haber logrado su objeto en un solo punto: ha acercado—de una manera que parecía antes irrealizable—el hombre a su propio cuerpo. No sería exagerado ante este estado de cosas hablar de un descubrimiento del cuerpo humano y de su conquista por el hombre. No me refiero solamente a la higiene, los deportes, el naturismo, la vida al aire libre, etc., sino a una especie de acercamiento amistoso entre el hombre y su sér corporal, tal como nunca lo ha conocido la historia. Este *acercamiento*, que es ciertamente el mejor éxito del *realismo* moderno, tiene, sin embargo, una significación eminentemente simbólica: sólo se explica por el *horror vacui*, el horror al vacío. El alma hambrienta y debilitada del hombre se agarra al objeto menos lejano, el cuerpo. Una especie de *onanismo* psicológico impulsa al hombre a abandonar el mundo exterior, privado en lo sucesivo de realidad, para replegarse sobre sí mismo. Persigue así el alimento sustancial que le falta... Transformado en un verdadero ídolo por la cultura física moderna, el cuerpo es como la última camisa que el *realismo* radical ha dejado todavía al alma humana.

La técnica contra la vida

¿Qué? ¿El *realismo* privaría al mundo de toda realidad? Sí, aun cuando esto pueda parecer para dójico. La historia no ha conocido sin duda una época tan profundamente *ilusoria* como la nuestra. La humanidad moderna cree literalmente rebosar de *realidad* mientras se asfixia bajo un amontonamiento de abstracciones. Basta con un ejemplo para ilustrar esta tesis: *la técnica*.

¿No es el viaje un medio *realista* de entrar en contacto con tal o cual parte del mundo y de aprender a conocerlo mejor? El ferrocarril quita a un trayecto una gran parte de su realidad. El avión suprime completamente esta realidad y la sustituye por una especie de película de dos dimensiones en negro y blanco... Sería posible enunciar la ley siguiente: la realidad disminuye en proporción geométrica, en función misma del perfeccionamiento de los medios técnicos.

Del campesino al "proletario nómada"

Otro ejemplo. El campesino ¿no ha sido siempre un hombre *real* en el sentido en que hemos tratado de definir este término? Parte integrante de la naturaleza, cambia tan poco como esta última. Su trabajo sigue siendo el mismo desde hace siglos. Pero la industrialización trastorna a las masas campesinas y transforma una gran cantidad de campesinos en proletarios. ¿Son éstos, todavía, hombres *reales*? Se mantienen inmóviles ante una máquina y ejecutan seis veces por minuto el mismo movimiento *taylorizado*. Y eso durante ocho horas. ¿Es posible concebir algo más irreal, más incomprensible con la dignidad humana, más infernal? No porque su trabajo sea particularmente difícil—el trabajo del campesino es ciertamente más duro. No, la fábrica moderna es la imagen misma del infierno a causa del carácter artificial y abstracto del trabajo mecánico. Ahora bien, la técnica americana y la técnica rusa previenen la supresión de la pequeña propiedad campesina, la destrucción de esta célula primitiva de la sociedad, y su sustitución por inmensas explotaciones agrícolas. No puedo juzgar el valor práctico de este plan, ni las repercusiones que puede tener sobre la producción. Pero lo cierto es que la realización de este proyecto significará la desaparición de la última forma de *enraizamiento* y transformará la humanidad entera en una verdadera tribu nómada, privada de contacto con la naturaleza.

El fracaso del realismo

Estos cuantos ejemplos bastan para permitirnos concluir diciendo que el *realismo* radical, así como sus subproductos, (materialismo histórico, biologicismo, pragmatismo, positivismo, productivismo, etc.) que gobiernan el mundo actual son lo contrario de lo que pretenden ser. ¿Qué hacer, sin embargo, si la palabra *realismo* se emplea en un sentido inaceptable y falso? ¿Vamos a luchar por palabras? Sin embargo, recordemos que no se trata en este caso de una cuestión teórica, sino de una verdadera forma de la conciencia, de una nueva manera de sentir. Ahora bien, la conciencia sopesa, juzga y elimina, provocando así *escisiones* que determinan a su vez un fanatismo agresivo... ¿Cuál es, pues, el enemigo, objeto de odio del *realismo* moderno? Es el hombre interior, su alma, mejor aun, su *espíritu creador*. ¿Y qué razones explican este odio? Son dobles: por una parte eternas y metafísicas; por otra, históricas y temporales. Las primeras llevan la huella de la voluntad *luciferina* o *prometeísta* de oponer a Dios la autonomía de la creatura. Las segundas están ligadas al tiempo. Expresan la inversión de un sentimiento de inferioridad y de menor valor que experimentan infaliblemente los pueblos o las clases sociales cuando llegan a dominar por la fuerza física a grupos humanos de un más alto nivel espiritual.

El nacimiento del ideal burgués

El nacimiento del *realismo* moderno coincide con una época de trastorno social: La Revolución

Francesa... Un verdadero torbellino hace desaparecer un mundo de alta espiritualidad. Este mundo desapareció, sin duda, justamente. En efecto, su espíritu se había separado poco a poco, por un largo y laborioso proceso, de sus raíces metafísicas y religiosas. Dominando aun en apariencia a la sociedad, este espíritu estaba minado en realidad por una duda mortal. El escepticismo crecía (de los enciclopedistas a Kant). El espíritu cínico se envenenaba a sí mismo. Después de su muerte, el hombre nuevo, el burgués, se encontró en presencia de una situación que le interesaba aclarar. Pero no se establece un trono sin proponer al mundo un ideal susceptible de ser comprendido y defendido. El burgués buscó, pues, un ideal que le conviniese. ¿Qué encontraba en la sociedad del antiguo régimen? Las dos grandes ideas que dominan la humanidad histórica desde que existe: el ideal heroico y caballeresco y el ideal religioso y ascético. Pero el novicio no se sentía con tamaños para aceptarlos. El tendero, abarrotero, coyote, se sabía extraño al espíritu de la vieja sociedad que lo había despreciado siempre desde lo alto de sus valores establecidos. ¿No era él precisamente lo contrario de un sacerdote o un caballero? Había, sin embargo, algo que no conoció ni comprendió nunca: la *ociosidad*, madre del espíritu. Sufría día y noche sin descanso, lleno de temor y de cuidados. ¿Por qué razón? ¿Era tan difícil la vida? De ningún modo. La vida estaba simplemente vacía. ¡Para poder soportar la *ociosidad* precisa ser un *capitalista del alma!*

La nobleza del trabajo

El trabajo, esta forma extrema de lo impersonal, tentaba a la nueva clase dominante: así nació el mito de la *nobleza del trabajo* que, bajo la forma de *moral de eficacia* y de éxito, continúa rigiendo el mundo de hoy. La novedad de este ideal era en verdad desconcertante. Lo que había sido considerado siempre como impuro e indigno se convertía en el valor supremo. Pero el impulso que este ideal burgués imprimió a la evolución fue prodigioso. Por primera vez se imponía a la humanidad una gran idea que no solamente no encerraba elemento alguno de riesgo o peligro de muerte, sino que aun mejor se tornaba en una fuente de beneficios. El mundo se transformó con una rapidez mágica. Máquinas colosales sustituyeron a las primeras manufacturas; barrios inmensos cuyos muros transpiran enfermedades, vicios, suicidios, cercaron las pequeñas ciudades rientes. Y el tendero de antaño se convirtió en un industrial lleno de atenciones, un *homo economicus*, una rueda de esta economía absoluta, indiscutible invasora, cuya potencia domina al mundo.

Cuadro del mundo contemporáneo

Y ahora echemos una ojeada sobre el presente, sobre los años de 1930 y 1931. Progresos inauditos de la técnica. La economía parece alcanzar el punto culminante de la irrealidad. La producción excesiva y el insuficiente consumo suspenden al cuello de la sociedad un círculo vicioso que amenaza ahogarlo al estrecharse. La máquina, después

de haber reducido las masas populares al estado miserable de *proletariado industrial*, continúa el curso que su propia lógica le impone imperiosamente, y las relega al rango infinitamente más miserable todavía de *proletariado sin trabajo*. Cuando Dios hace con su manificencia madurar el trigo en el Canadá, en otros países los hombres mueren de hambre. Cuando el café crece abundantemente en el Brasil, en Nueva York el número de suicidios crece no menos abundantemente. Como se ve, vivimos en un mundo imbuído de *realismo*. Precisa verdaderamente ser un economista distinguido para no hacerse uno mismo—en esta atmósfera de locura—perfectamente irreal.

¿Goethe o Ford?

Y a pesar de todo el prestigio del realismo conserva su grandeza, tanto respecto de los culpables como de sus víctimas. Se aprieta uno la cabeza entre las manos por temor de que estalle, al leer los himnos llenos de veneración que los biógrafos dirigen a Mr. Henry Ford. Que sus obreros reventen a los cincuenta años, no tiene, según parece, ninguna importancia, mientras disfruten antes de desaparecer del derecho envidiable (cuyo ejercicio hace subir evidentemente la cifra de venta de las fábricas Ford) de aumentar los obstáculos de la circulación, paseando orgullosamente en sus ratoneras con ruedas. Debo confesar que si Ford es un gran hombre, el abarrotero de la esquina lo es también... a condición, sin embargo, de que sus procedimientos de venta le hayan permitido aventajar la de los otros abarroteros del barrio. Entre Ford y un abarrotero no existe diferencia esencial y profunda; no están separados sino por una diferencia *cuantitativa* de nivel. Para organizar la producción y la venta de automóviles, del papel de envoltura o del jabón, para escoger los medios técnicos y las modalidades financieras, precisa, evidentemente, poseer cierta habilidad profesional y una clarividencia comercial. Pero mientras que esta clarividencia tenga solamente por objeto el jabón, el papel de envoltura o los automóviles, por más que se la considere como profética, no conocerá sino lo útil e ignorará para siempre la *grandeza creadora*. Si continuamos considerando a Ford como un gran hombre, Shakespeare, Goethe y Rembrandt acabarán por pedirnos que no hagamos preceder su nombre de este noble epíteto.

La traición revolucionaria

Los años de postguerra triunfaron en aquello en que fracasó el realismo durante el siglo XIX: la humillación del hombre interior condujo a una verdadera tiranía y a la *desvalorización del acto creador*. Nuestra alma perdió la fe, ya no confía, sobre todo en sí misma. Existe un hecho siniestro que revela este estado mejor que todo lo demás: la actitud de la juventud y de la revolución. Estos eternos defensores de la vida—la juventud y la revolución—no se encuentran actualmente del lado de las víctimas, sino del de los verdugos. Y a la luz indecisa de esta revelación, el *comunismo* aparece lo que es: *el hijo legítimo del capitalismo*. Los

rasgos de familia se acentúan de día en día... Los empresarios capitalistas han desaparecido, pero su lugar ha sido ocupado por el Estado ruso, que es hoy día su propio capitalista. El proletariado no se compone solamente de una parte de la población: el pueblo entero se ha transformado en un rebaño de esclavos. El nuevo capitalismo utiliza su fuerza en suprimir sin escrúpulo el derecho de huelga, la libertad de asociación, etc., y ofrece, en cambio, a "su" partido—que constituye una especie de guarda amarilla de rompeshuecos—el mal alcohol de su ideología. Esta ideología no se inspira, por otra parte, en la pseudo-ciencia soviética actual, sino en el pathos olvidado y traicionado de la época heroica de la revolución.

La dignidad suprema de la persona humana

Y no obstante ¿no es el hombre interior quien funda, en cierto sentido, la existencia del mundo exterior? *No hay realidad sin imaginación*. No hay verdad alguna que no sea engendrada por *el acto creador* del hombre. La persona humana es la medida de toda cosa. Ahora bien, todas las teorías modernas, el *paneconomismo*, la teoría del medio, el materialismo histórico, etc., hacen de la cosa inerte la medida del hombre: este es todo el secreto de la técnica. Precisaba que sufriendo su fatalidad. ¿Acaso no nos promete resolver todas las cuestiones, domesticando las fuerzas cósmicas y edificando una sociedad nueva, entera y definitivamente racionalizada? Como lo hemos observado ya al estudiar la Rusia soviética, el objeto último de esta evolución es la extinción de la conciencia individual y su sustitución por una conciencia colectiva, más elástica, más dócil, menos capaz de una rebelión efectiva. Y no es Rusia la única que persigue este objeto: otros países le pisan los talones. Todos los medios son buenos para lograrlo, ya sean el sport o la "disciplina de partido". Un inmenso embrutecimiento nos amenaza. Triunfa el cerebro standard. Un nuevo militarismo ha aparecido—militarismo sentimental—, que invade toda nuestra vida, dejando tras de él, muy lejos, el antiguo cuartel prusiano. El "ayudante" domina desde ahora en todos los dominios: parece pertenecerle el porvenir... Todo es cuartel, lo mismo la literatura que la vida política. ¿Qué hacer ante semejante situación? Los gritos de desesperación no pueden salvarnos... ¡Séamos hombres!

El hombre musical

Solo el hombre interior, el hombre *musical*, puede salvarnos y permitirnos construir un mundo nuevo. No se trata del esteta, ni del artista, ni de la obra de arte: el hombre musical es aquel que tiene un alma, dinámica, sensible, capaz de entusiasmarse, abierta al universo entero, temblorosa de simpatía. Este tipo de hombre no es una excepción: se le encuentra en todas partes, en el cine y en la calle tan a menudo como en una sala de conciertos... Se le encuentra en todas las clases de la sociedad. Iré aun más lejos: todo hombre tiene en su fuero interno una fuente de "música". Esta fuente está simplemente obstruida por los cuidados y el realismo y envenenada por un falso

ideal. Pensad, no obstante, en la leyenda de Orfeo. ¿Acaso no arrastró con su música y su canto a los animales, a los árboles y a las piedras mismas?... Las piedras, imagen del mundo inanimado, conforme a los principios del materialismo... Y el materialismo, bajo la forma del *realismo* radical, ¿no es el padre de la proletarización general y de la crisis mundial, de las que es madre la técnica moderna? Que nadie trate de atacarlos de frente. Las quejas y los gritos de los reaccionarios que añoran aun las formas de vida acabadas, la monarquía difunta, los privilegios, etc., los ayes históricos de los partidarios del "Tercer Imperio" (acerca del cual no tienen idea alguna estos curanderos alhaquientos), no son sino manifestaciones de una profunda debilidad de espíritu mezclada a un falso misticismo... ¡Seamos revolucionarios!

El fin del individualismo burgués

No se puede lastimar el *realismo* atacando su poder material: el *realismo* sólo es vulnerable porque está vacío interiormente, y para decirlo todo, porque es irreal. El monstruo sucumbirá a los golpes del hombre "musical", que se levantará para defender el ideal espiritual. Quizás esto parezca a primera vista utópico. Pero no intento, creedlo, contar un simple sueño... *precisa, no obstante, que finalice antes la revolución económica y social a que asistimos.* El capitalismo está llamado a absorber los últimos vestigios del individualismo liberal. Este proceso será seguido de un período de empobrecimiento catastrófico, período cuyos primeros efectos comenzamos a sentir en nuestra carne y en nuestro espíritu. La dialéctica de la historia exige, quizás—por monstruoso que pueda parecer esto—que tal estado de miseria se acentúe y afirme. Porque ningún llamado, ninguna hoja de propaganda, ninguna prédica pueden conducir a una revolución espiritual con el mismo rigor que esta situación creada por el propio *realismo*.

La flama inmortal de la Revolución

Pensando cada una de mis palabras, anuncio esta revolución de mañana: *la revolución de la vida* contra la abstracción del cuartel. El que no ha sido *revolucionario* más de una vez en su vida, no lo ha sido nunca. El que se declara satisfecho porque su partido ha llegado al poder y se contenta en seguida con arrastrarse bajamente ante los principios abstractos de *partido* o de *clase*, no es más que un arrivista interesado y no un revolucionario. *La revolución es tan eterna como el falso ideal de poderío material.* Su secreto está en su renovación: cambia constantemente de frente. Ahora tiene que combatir a los *reaccionarios*, entre los cuales unos prefieren el dogma capitalista y otros se declaran comunistas, pero que juntos defienden la misma fortaleza. La revolución del espíritu y del corazón se ha vuelto ineluctable, como lo ha sido en otra forma la revolución material. El círculo vicioso de la economía actual será su causa determinante. Y aun si el *realismo* llega a resolver las dificultades materiales, será vencido. Porque el progreso técnico y la inevitable disminución de la jornada de trabajo serán los dos polos de la revolución de ma-

ñana. La máquina que produce mercancías crea igualmente ocios: allí está precisamente su valor profundo. Estos ocios serán la dinamita que abrirá la primera brecha en las murallas de la sociedad materialista e inhumana. El comunismo tiene, pues, perfecta razón en hacer coincidir el advenimiento de su "paraíso terrenal" con la muerte del alma individual: porque el alma viviente no querrá ni podrá jamás soportar, después de una jornada de trabajo de cuatro horas, diez horas de... libertad al estilo ruso-americano. Y todas las playas del mundo, todos los partidos de foot ball o de boxeo, todos los films y todos los autos, no harán cambiar nada. Porque el mundo comienza con el hombre. *Y el hombre sólo vive para la creación y el milagro.*

O n o m á s t i c o s

P o r L U I S C O R D O V A

LUIS CORDOVA es uno de los jóvenes trabajadores de la novela en México. Leal a sí mismo, intensifica su vida—creación—recreándola, de ahí su actitud de lírico y narrador. Pertenece, indiscutiblemente, a la falange última de novelistas de la Revolución, en su tendencia a reflejar la realidad del medio social; pero en Córdova, México y sus afanes se traducen, muchas veces, en actividades otras, bien lejanas, al menos aparentemente, de "la bola", bien que derivadas de ésta, en paisajes más civiles. Su estilo es poco abundoso, irónico y firme.

Es la víspera del día de San José, y los empleados de la Secretaría Particular del Señor Ministro, han acordado celebrar una breve asamblea a la hora de salida. El motivo no es para menos: uno de los secretarios particulares se llama José María y el otro José, a secas. Ante la inminencia del doble onomástico, siguiendo una tradición prehistórica de servilismo, sienten pesar sobre sus hombros la obligación moral de felicitar y dar cuelgas a sus jefes.

Se reúnen en un ángulo de la oficina, con sombreros y abrigos en las manos. El señor Pedroza, de más reciente ingreso que ninguno, y superior gerárquico de todos, toma la palabra y aborda el asunto directamente.

—"Como ustedes saben, soy íntimo de Pepe Rodríguez, y esta circunstancia, me ha permitido conocer bien sus gustos. En el hall de su casa tiene un terno precioso, estilo colonial, con lámparas de pie de hierro forjado; pero falta la mesa y, en alguna de mis últimas visitas, su esposa y él hablaron de lo bien que haría juego una mesa cockteler, con su dispositivo para poner garrafa, botella y una docena de copas. Nosotros podríamos dársela de cuelga. En la casa Nieto hay unas admirables del mismo estilo, y cuestan sólo ciento cincuenta pesos, ¡una verdadera ganga! Les propongo que, para no gravar demasiado nuestros

presupuestos, paguemos la mitad de contado y el resto, en abonos quincenales. ¿Qué les parece?"

Un frío silencio acogió aquella brillante proposición, y los ojos se fijaron en el señor Sánchez, el empleado de confianza del otro Secretario, inmediato en categoría al que había hablado.

—“Yo no soy precisamente amigo íntimo de don José Alvarez—dijo el señor Sánchez—pero he tenido el honor de tratarlo y ser el último de sus colaboradores desde cuando él era Jefe de la Oficina de Revisión, Concentración, Glosa y Control Previo de Cuentas Especiales, hará unos diez años. Por su gran inteligencia e incansable laboriosidad, ya se veía en él al hombre llamado a altos destinos. No haré aquí su apología, pues sus hechos hablan por sí solos; me limitaré a expresar que lo estimo profundamente como jefe y amigo, y le estoy muy obligado por muchos conceptos.

Soy el primero que aprueba, en principio, la idea del señor Pedroza, pues un obsequio de esa naturaleza causaría grata impresión al agasajado y, a reserva de discutirla luego, yo sugiero se obsequie al señor Alvarez, cultísimo intelectual y hombre de letras, la Nueva Enciclopedia Espasa, tamaño pequeño, edición de lujo, con encuadernación de piel de Suecia, de cuyo importe, ciento veinticinco pesos, daríamos desde luego cuarenta, y el saldo, en abonos quincenales”.

Cholita, la más antigua empleada, que desempeñaba un modestísimo puesto de oficial sexto, se siente presa de una inquebrantable resolución y mete baza:

—“Las proposiciones de ustedes son muy atendibles; pero no pueden adoptarse, porque nuestras condiciones económicas no lo permiten. Bastante menguados están ya nuestros sueldos con toda clase de descuentos y ni siquiera se nos pagan las horas extras de trabajo. Por lo que a mí toca, cada centavo que gano lo necesito, estoy entrapada con el casero, con el de la tienda, con el árabe de la ropa, con todo el mundo. Soy la única que trabaja en casa, y mis obligaciones son muchas. Creo que los demás compañeros están en circunstancias semejantes”.

Un coro plañidero acoge sus palabras y se eleva hasta el artesonado presuntuoso:

—“¡Exactamente!”

—“¡Es imposible!”

—“¡Apenas me queda para mi camión!”

—“¡Tengo a mi niña enferma!”

—“¡Debo dos meses de casa!”

—“¡En abonos mensuales, estoy pagando ochenta pesos!”

—“Bueno—continúa Cholita—, como el mal es general, lo que debe hacerse es felicitar a nuestros jefes, sin dar cuelga a ninguno, pues de preferir a uno, se sentiría el otro y eso no conviene. Por lo demás, ellos están muy bien retribuidos para necesitar de nosotros. De sus numerosos amigos les llegarán tales regalos que, junto a ellos, los nuestros desmerecerían mucho. Yo creo que los Señores Secretarios—pruebas hemos tenido—son lo suficientemente bondadosos para darse cuenta de nuestra situación.”

Mayoría aplastante aprueba a Cholita y no se le vitorea; solamente por las precauciones que se adoptan en estos casos. Los señores Pedroza y

Sánchez, derrotados, se retiran silenciosos, tras de haber condescendido tibiamente con la resolución tomada. Van pensando que ellos solos tendrán la obligación de erogar el importe de la mesa-cocketera y la enciclopedia.

2

El día de San José, a las diez horas. Todos los empleados, trabajando en sus lugares, presentan una perspectiva de espaldas dobladas, como si un viento poderoso combara sus débiles talles. Mañana lavada y bonita. Las campanas de Catedral que supieron de los repiques a vuelo de la Revolución, ahora, en que ya los hombres se han asentado en sus puestos y labrándose sus porvenires, tañen dulcemente. En otro rincón de la Secretaría de Estado, un joven comunista, que trabaja y ahorra para ir a Rusia, substituye en su imaginación las campanas con silbatos de fábricas y percibe una sinfonía de redención.

Un abrir de puertas y pasos presurosos, hace que los burócratas levanten la cabeza del fango blanco del papel, y miran cómo un ujier entra en la Oficina Privada del Secretario—el que se llama José a secas—, lleva una gran caja envuelta en papel dorado, y atada con lazos de colores.

—“Ya principia la serie de obsequios—comenta Cholita—. Buen número se va a encontrar el Señor Secretario”.

Una hora después, suenan tres secos timbrazos bajo el pupitre del señor Sánchez, que automáticamente suelta la pluma y se levanta, para regresar más tarde con la razón de que “el Señor Secretario nos llama a todos”. Los empleados, en quienes la obediencia se observa como un reflejo de la voz de mando, silenciosos e intrigados, penetran en la Oficina Privada de su jefe. Este luce un hermoso traje beige-deslavado y un evidente fistol. De pie, tras de su escritorio, la mano izquierda se apoya sobre la caja que los empleados vieron pasar, como en un acto de dominio.

—“Me apena que ustedes se hayan molestado por mí. Les agradezco infinitamente su regalo y, esta atención, trataré de devolverla como jefe y amigo personal de cada uno. Yo nunca he acostumbrado celebrar mi onomástico, porque he creído que no tiene importancia llamarse Juan o Pedro. Lo interesante es el hombre. Además, quien como yo tiene una ideología revolucionaria firmemente sustentada por sus convicciones personalísimas, tiene que ver forzosamente como pasos retrógrados en el camino de la civilización, estas costumbres semireligiosas de celebrar el santo de las gentes, verdaderos anacronismos en un tiempo en que la Revolución agita su tea roja sobre el mundo”.

De no haber estado sumergidos en la perplejidad más profunda, los dignos empleados hubieran aplaudido calurosamente el campanudo discurso de su jefe; más no estaban para eso, la sorpresa les había cosido los labios. Todos miraron suplicantes al señor Sánchez, quien, fortalecido por esta muestra de confianza, titubeó:

—“Señor Secretario: creo que hay una mala inteligencia; el obsequio que tiene usted sobre su mesa, no es de nosotros; el nuestro no tardará

en llegar. ¿No es verdad?" (Dirigiéndose a sus compañeros).

—“En efecto—responde Cholita—, es cosa de un momento”.

El Secretario, sorprendido, busca la tarjeta con la que debió llegar aquella caja y la encuentra oculta entre los pliegues de la envoltura; sonriendo, se excusa con sus subalternos.

—“Es verdad, la manda mi compadre el general Luna; pero les suplico no se tomen ninguna molestia por mí”.

—“No es molestia señor”.

—“De ningún modo, al contrario”.

—“Nos consideraremos muy honrados”.

—“No sé cómo corresponder a esta fineza de ustedes, y les ruego pasen todos aquí, antes de irse, para que tomemos una copita”.

Aquellas caras se enfrentan las unas a las otras y el disimulo esfuma el dibujo vigoroso de la preocupación, en un suave bosquejo.

Al salir del recinto, se atropellan las palabras en las bocas nerviosas.

—“¡Buena la he hecho usted, señor Sánchez!”

—“¡Habíamos resuelto no dar ninguna cuelga!”

—“¿Qué querían ustedes que yo hubiera dicho? No nos íbamos a poner en ridículo diciéndole que no esperara regalo de nuestra parte, cuando él así lo creía, hubiera sido defraudarlo.”

—“Dios mío! ¿Qué haremos ahora? Tendremos que darle al otro también. No sólo una cuelga, ¡sino dos!”

—“Lo justo es que usted, señor Sánchez, amigo del Señor Secretario y segundo puesto en la oficina, compre el regalo. Gana usted bastante más que nosotros”.

—“Eso sí que no!”—responde con viveza el aludido—. Yo no soy todo el personal de la oficina, y él espera un obsequio de todos. Cada uno tiene que contribuir, pues no es posible volverse atrás, sería una grosería imperdonable y ¡no olvidar!, así como es bondadoso el señor Alvarez para quienes lo tratan gentilmente, es implacable con aquellos que lo menosprecian. Yo podría citarles a ustedes un caso...”

Cholita tiene en su rostro todo el dolor de ser paria. Con una voz tranquila que asusta, exhorta a sus compañeros:

—“El tiempo apremia; en lugar de discutir, lo conveniente es que los señores Pedroza y Sánchez vayan por la mesa-cocktelera, y la enciclopedia, procurando que las cantidades de contado sean las menores posibles”.

Los dos hombres acogen calurosamente la idea y, con el tácito asentimiento de todas aquellas víctimas, que se resignan a lo inevitable, toman sus sombreros y se marchan.

El señor Sánchez y el señor Pedroza, van sonriendo satisfechos. Aproximan sus caras confidencialmente:

—“De no haber sucedido esto, yo hubiera tenido que comprar la mesa-cocktelera”.

—“Y yo la enciclopedia”.

Tomados del brazo, se pierden entre el gentío de la avenida.

Amor, Dolor y Compasión

Por MIGUEL DE UNAMUNO

El escritor español, Don Miguel de Unamuno, es uno de los más altos espíritus de nuestro tiempo. Místico, ensayista y poeta, su ejecutoria en la política peninsular, a favor de la instauración de la República y en franca lucha contra la dictadura, es un ejemplo claro de pureza civil y fortaleza moral, no sólo para la juventud de su país, sino para la de la América toda, que conoce a Unamuno lo suficiente, en sus libros y por la prensa, y lo identifica como uno de sus más acabados maestros. El presente pequeño ensayo, cuyo tema hace insistir a Unamuno en todos sus trabajos, es una muestra breve de la sencillez con que a veces sabe exponer el pensador, en forma casi periodística, los diferentes y complejos puntos de sus tesis.

Siempre que hablamos de amor tenemos presente a la memoria el amor sexual, el amor entre hombre y mujer para perpetuar el linaje humano sobre la Tierra. Y esto es lo que hace que no se consiga reducir el amor, ni a lo puramente intelectual, ni a lo puramente volitivo, dejando lo sentimental o, si se quiere, sensitivo de él. Porque el amor no es en el fondo ni idea ni volición; es más bien deseo, sentimiento; es algo carnal hasta en el espíritu. Gracias al amor sentimos todo lo que de carne tiene el espíritu.

El amor sexual es el tipo generador de todo otro amor. En el amor y por él buscamos perpetuarnos y sólo nos perpetuamos a condición de morir, de entregar a otros nuestra vida. Los más humildes animalitos, los vivientes ínfimos se multiplican dividiéndose, partiéndose, dejando de ser el uno que antes eran.

Pero agotada al fin la vitalidad del ser que así se multiplica dividiéndose de la especie, tiene de vez en cuando que renovar el manantial de la vida mediante uniones de dos individuos decadentes, mediante lo que se llama conjugación en los protozoarios. Unense para volver con más brío a dividirse.

Todo acto de engendramiento es un dejar de ser, total o parcialmente, lo que se era, un partirse, una muerte parcial.

Vivir es darse, perpetuarse, y perpetuarse y darse es morir. Acaso el supremo deleite de engendrar no es sino un anticipado gustar la Muerte, el desgarramiento de la propia esencia vital. Nos unimos a otro, pero es para partirmos; ese más íntimo abrazo no es sino un más íntimo desgarramiento.

En su fondo el deleite amoroso sexual, el espasmo genésico, es una sensación de resurrección, de resucitar para perpetuarnos.

Hay, sin duda, algo de trágicamente destructivo en el fondo del amor, tal como en su forma primitiva animal se nos presenta, en el invencible instinto que empuja a un macho y una hembra a confundir sus entrañas en un apretón de furia.

Lo mismo que les confunde los cuerpos, les separa, en cierto respecto, las almas; al abrazarse se odian tanto como se aman, y sobre todo luchan, luchan por un tercero, aun sin vida. El amor es una lucha, y especies animales hay en que al unirse el macho a la hembra la maltratan, y otras en que la hembra devora al macho luego que éste la hubo fecundado.

Háse dicho del amor que es un egoísmo mutuo. Y de hecho cada uno de los amantes busca poseer al otro, y buscando mediante él, sin entonces pensarlo ni proponérselo, su propia perpetuación, busca consiguientemente su goce. Cada uno de los amantes es un instrumento de goce inmediatamente y de perpetuación medianamente para el otro. Y si son tiranos y esclavos; cada uno de ellos tirano y esclavo a la vez del otro.

¿Tiene algo de extraño acaso que el más hondo sentido religioso haya condenado la virginidad? La avaricia es la fuente de los pecados todos; y es porque la avaricia toma la riqueza, que no es sino un medio como fin, y la entraña del pecado es esa, tomar los medios como fines, desconocer o despreciar el fin.

Y el amor carnal que toma como fin el goce, que no es sino un medio, y no la perpetuación, que es el fin, ¿qué es sino avaricia? Y es posible que haya quien para mejor perpetuarse guarde su virginidad. Y para perpetuar algo más humano que la carne.

Porque lo que perpetúan los amantes sobre la Tierra es la carne de dolor, es el dolor, es la muerte.

El amor es hermano, hijo y a la vez padre de la muerte, que es su hermana, su madre y su hija. Y así es que hay en la hondura del amor una hondura de eterno desesperarse, de la cual brotan la esperanza y el consuelo. Porque de este amor carnal y primitivo de que vengo hablando, de este amor de todo el cuerpo con sus sentidos, que es el origen animal de la sociedad humana, de este enamoramiento surge el amor espiritual y doloroso.

Esta otra forma del amor, este amor espiritual, nace del dolor, nace de la muerte del amor carnal; nace también del compasivo sentimiento de protección que los padres experimentan ante los hijos desvalidos.

Los amantes no llegan a amarse con dejación de sí mismos, con verdadera fusión de sus almas, y no ya de sus cuerpos, sino luego que el mazo poderoso del dolor ha triturado sus corazones remejiéndolos en un mismo almirez de pena. El amor sensual confundía sus cuerpos, pero separaba sus almas; manteníalas extraña una a otra; más de ese amor tuvieron un fruto de carne, un hijo. Y este hijo engendrado en muerte, enfermó acaso y se murió. Y sucedió que sobre el fruto de su fusión carnal y separación o mutuo extrañamiento espiritual, separados y fríos

de dolor sus cuerpos, pero confundidas en dolor sus almas, se dieron los amantes, los padres, un abrazo de desesperación, y nació entonces, de la muerte del hijo de la carne, el verdadero amor espiritual.

O bien, roto el lazo de carne que los unía, respiraron con suspiros de liberación. Porque los hombres sólo se aman con amor espiritual cuando han sufrido juntos un mismo dolor, cuando araron durante algún tiempo la tierra pedregosa uncidos al mismo yugo de un dolor común. Entonces se conocieron y se sintieron, y se consintieron en su común miseria, se compadecieron y se amaron.

Porque amar es compadecer, y si a los cuerpos les une el goce, úneles a las almas la pena.

Todo lo cual se siente más clara y más fuertemente aun cuando borta, arraiga y crece uno de esos amores trágicos que tienen que luchar contra las diamantinas leyes del Destino, uno de esos amores que nacen a desatiempo o desazón.

Cuanto más murallas pongan el Destino y el mundo y su ley entre los amantes, con tanta más fuerza se sienten empujados el uno al otro, y la dicha de quererse se les amarga y se les acrecienta el dolor de no poder quererse a las claras y libremente, y se compadecen desde las raíces del corazón el uno del otro, y esta común compasión, que es su común miseria y su felicidad común, da fuego y pábulo a la vez a su amor. Y sufren su gozo gozando su sufrimiento. Y ponen su amor fuera del mundo, y la fuerza de ese pobre amor sufriente bajo el yugo del Destino les hace intuir otro mundo en que no hay más ley que la libertad del amor, otro mundo en que no hay barreras porque no hay carne. Porque nada nos penetra más de la esperanza y la fe en otro mundo que la imposibilidad de que un amor nuestro fructifique de veras en este mundo de carne y de apariencias.

Y el amor maternal ¿qué es sino compasión al débil, al desvalido, al pobre niño inerte que necesita de la leche y del regazo de la madre? Y en la mujer todo amor es maternal.

Amar en espíritu es compadecer, y quien más compadece más ama. Los hombres encendidos en ardiente caridad hacia sus prójimos es porque llegaron al fondo de su propia miseria, de su propia aparenialidad, de su nadería, y volviendo luego sus ojos así abiertos, hacia sus semejantes, los vieron también miserables, aparenciales, anonadables, y los compadecieron y los amaron.

El hombre ansía ser amado, o, lo que es igual ansía ser compadecido. El hombre quiere que se sientan y se compartan sus penas y sus dolores.

Hay algo más que una artimaña para obtener limosna en eso de los mendigos que a la vera del camino muestran al viandante su llaga o su gangrenoso muñón. La limosna, más bien que socorro para sobrellevar los trabajos de la vida, es compasión. No agradece el pordiosero la limosna al que se la dió volviéndole la cara por no verle y para quitárselo de al lado, sino que agradece mejor que se le compadezca no socorriéndosele, a nó que socorriéndosele no se le compadezca, aunque por otra parte, prefiera esto.

Ved, si no con qué complacencia cuenta sus cuitas al que se conmueve oyéndoselas. Quiere ser compadecido, amado.

El amor de la mujer, sobre todo, decía que es siempre en su fondo compasivo, es maternal. La mujer se rinde al amante porque le siente sufrir con el deseo. Isabel compadeció a Lorenzo, Julieta a Romeo, Francisca a Pablo. La mujer parece decir: "¡Ven, pobrecillo, y no sufras más por mi causa!" Y por eso es su amor más amoroso y más puro que el del Hombre, y, más valiente y más largo que el amor de cualquier hombre.

La compasión, es, pues, la esencia del amor espiritual humano, del amor que tiene conciencia de serlo, del amor que no es puramente animal, del amor, en fin, de una persona racional. El amor compadece, y compadece más cuanto más ama.

No se conoce nada que de un modo o de otro no se haya antes querido, y hasta cabe añadir que no se puede conocer bien nada que no se ame, que no se compadezca.

Creciendo el amor, esta ansia ardorosa de más allá y más adentro, va extendiéndose a todo cuanto ve, lo va compadeciendo todo. Según te adentras en ti mismo y en ti mismo ahondas, vas descubriendo tu propia inanidad, que no eres todo lo que no eres, que no eres lo que quisieras ser, que no eres, en fin, más que nada.

Y, al tocar tu propia nadería, al no sentir tu fondo permanente, al no llegar ni a tu propia infinitud, ni menos a tu propia eternidad, te compadeces de todo corazón de ti propio, y te enciendes en doloroso amor a ti mismo, matando lo que se llama amor propio, y no es sino una especie de delectación sensual de ti mismo, algo como un gozarse a sí misma la carne de tu alma.

El amor espiritual a sí mismo, la compasión que uno cobra consigo, podrá acaso llamarse egotismo; pero es lo más opuesto que hay, al egoísmo vulgar. Porque de este amor o compasión a ti mismo, de esta intensa desesperación, porque así como antes de nacer no fuiste, así tampoco después de morir serás, pasas a compadecer, esto es, a amar a todos tus semejantes y hermanos en aparencialidad, miserables sombras que desfilan de su nada a su nada, chispas de conciencia que brillan un momento en las infinitas y eternas nieblas. Y de los demás hombres, tus semejantes, pasando por los que más semejantes te son, por tus convivientes, vas a compadecer a todos los que viven, y hasta a lo que acaso no vive, pero existe. Aquella lejana estrella que brilla allí arriba durante la noche, se apagará algún día y se hará polvo, y dejará de brillar, de existir. Y como ella, el cielo todo estrellado.

Y si doloroso es tener que dejar de ser un día, más doloroso sería acaso seguir siendo siempre uno mismo, y no más que uno mismo, sin poder ser a la vez otro, sin poder ser a la vez todo lo demás, sin poder serlo todo.

Si miras al universo lo más cerca y lo más dentro que puedes mirarlo, que es en ti mismo;

si sientes y no ya sólo contemplas las cosas todas en tu conciencia, donde todas ellas han dejado su dolorosa huella, llegarás al hondón del tedio, no ya de la vida, sino de algo más: al tedio de la existencia, al pozo del vanidad de vanidades. Y así es como llegarás a compadecerlo todo, al amor universal.

Para amarlo todo, para compadecerlo todo, humano y extrahumano, viviente y no viviente, es menester que lo sientas todo dentro de ti mismo, que lo personalices todo. Porque el amor personaliza todo cuanto ama, todo cuanto compadece.

Sólo compadecemos, es decir, amamos, lo que nos es semejante y en cuanto nos lo es, y tanto más se nos asemeja, y así crece nuestra compasión, y con ella nuestro amor a las cosas a medida que descubrimos las semejanzas que con nosotros tienen.

O más bien es el amor mismo, que de suyo tiende a crecer, el que nos revela las semejanzas esas. Si llego a compadecer y amar a la pobre estrella que desaparecerá del cielo un día, es porque el amor, la compasión, me hace sentir en ella una conciencia, más o menos oscura que la hace sufrir por no ser más que estrella, y por tener que dejarlo de ser un día. Pues toda conciencia lo es de muerte y de dolor.

Conciencia, es, conocimiento participado, es con-sentimiento, y con-sentir es com-padecer, es amar aquello que se compadece.

El amor personaliza cuanto ama. Sólo cabe enamorarse de una idea personalizándola. Y cuando el amor es tan grande y tan vivo, y tan fuerte y desbordante que lo ama todo, entonces lo personaliza todo y descubre en el total Todo, que el Universo es Persona también, que tiene una Conciencia, conciencia que a su vez sufre, compadece y ama, es decir, es conciencia. Y a esta Conciencia del Universo, que el amor descubre personalizando cuanto ama, es a lo que llamamos Dios. Y se siente por El compadecida, ama y se siente por El amada, abrigando su miseria en el seno de la miseria eterna e infinita, que es al eternizarse e infinitarse, la felicidad suprema misma.

Dios es, pues, la personalización del Todo, es la Conciencia eterna e infinita del Universo, Conciencia presa de la materia, y luchando por libertarse de ella. Personalizando al Todo para salvarnos de la nada, y el único misterio es el Misterio del Dolor.

El dolor es el camino de la conciencia y es por él como los seres vivos llegan a tener conciencia de sí. Porque tener conciencia de sí mismo, tener personalidad, es saberse y sentirse distinto de los demás seres, y a sentir esta distinción sólo se llega por el choque, por el dolor más o menos grande, por la sensación del propio límite. La conciencia de sí mismo no es sino la conciencia de la propia limitación. Me siento yo mismo al sentirme que no soy los demás; saber y sentir hasta donde soy, es sentir donde acabo de ser, desde donde no soy.

¿Y cómo saber que se existe no sufriendo poco o mucho? ¿Cómo volver sobre sí, lograr

conciencia refleja, no siendo por el dolor? Cuando se goza olvidase uno de sí mismo, de que existe, pasa a otro, a lo ajeno, se en-ajena. Y sólo se en sí misma, se vuelve a sí mismo, a ser él, en el dolor.

“El más acerbo dolor entre los hombres es el de aspirar mucho y no poder nada”, como según Heródoto, dijo un persa a un tebano en un banquete. Y así es. Podemos abarcarlo todo, o casi todo con conocimiento y el deseo, nada o casi nada con la voluntad. Y no es la felicidad, contemplación, ¡no!, si esa contemplación significa impotencia. Y de este choque entre nuestro conocer y nuestro poder surge la compasión.

Compadecemos a lo semejante a nosotros, y tanto más lo compadecemos cuanto más y mejor sentimos su semejanza con nosotros. Y si esta semejanza con nosotros podemos decir que provoca nuestra compasión, cabe sostener también que nuestro repuesto de compasión, pronto a derramarse sobre todo, es lo que nos hace descubrir la semejanza de las cosas con nosotros, el lazo común que nos une con ellas en el dolor.

Bajo los actos de mis más próximos semejantes, los demás hombres, siento —o consiento más bien— un estado de conciencia como es el mío bajo mis propios actos. Al oírle un grito de dolor a mi hermano, mi propio dolor se despierta y grita en el fondo de mi conciencia. Y de la misma manera siento el dolor de los animales y el de un árbol al que le arrancan una rama, sobre todo cuando tengo viva la fantasía, que es la facultad de mi intuimiento, de visión interior.

Descendiendo desde nosotros mismos, desde la propia conciencia humana, que es lo único que sentimos por dentro y en que el sentirse se identifica con el serse, suponemos que tienen alguna conciencia, más o menos oscura, todos los vivientes y las rocas mismas, que también viven. Y la evolución de los seres orgánicos no es sino una lucha por la plenitud de conciencia a través del dolor, una constante aspiración a ser otros sin dejar de ser lo que son, a romper sus límites, limitándose.

P o e m a

Por PONCIANO GUERRERO

El poeta PONCIANO GUERRERO—sobriedad y hondura—, es un ejemplo claro, en nuestro ambiente, de estudioso apartamiento y noble entusiasmo lírico. Ofrecemos esta breve muestra suya.

¡Cantos de la tierra mía!
Pena huraña y montaraz
para contársela al viento
nada más.

Al viento de mis desiertos,
que glosa el Eclesiastés:
“vanidad de vanidades,
antes, ahora, después”.

Cantos de la tierra mía,
en que el rudo corazón,
por la boca ruda dice
su emoción.

“Pero María del alma,
vengo a que me hagas favor
que condesciendas conmigo,
que ando rendido de amor.
Si tú no sabes de amores,
ven, te diré cuales son...”

Campañas ensombrecidas,
cielos de alucinación.
En el sueño y en las vidas,
cansancio, desilusión.

Y dolor sin esperanza,
antes, ahora, después:
“Si me han de matar mañana,
que me maten de una vez”.

¡Cantos de la tierra mía!
Cansancio, desilusión.
“Mi ranchito lo quemaron
cuando la Revolución”.

El Hombre Consiño Mismo

Por FEDERICO NIETZSCHE

Noble sin quererlo.—El hombre se conduce noblemente sin quererlo, cuando está acostumbrado a no querer nada de los hombres y a servirles siempre.

Condición del heroísmo.—Si alguien quiere llegar a héroe, le es necesario que previamente la serpiente se transforme en dragón; de otro modo le faltará su enemigo legítimo.

Lo más noble de los hipócritas.—No hablar absolutamente de sí, es una hipocresía muy noble.

Verdad.—Nadie muere hoy por causa de las verdades mortales; hay muchos contravenenos.

Valor de una profesión.—Una profesión libra de pensamientos: en ello reside su gran bendición. Es una barrera detrás de la cual podemos legítimamente retirarnos cuando las inquietudes y cuidados de toda especie vengan a asaltarnos.

Fines y caminos.—Muchas gentes son temerarias en lo que atañe al camino una vez emprendido, y pocas en lo que atañe al fin.

Los “espirituales”.—No tiene espíritu quien busca el espíritu.

CEMENTO TOLTECA

== PORTLAND UNIFORME

ESTA EN PRENSA EL INTERESANTE LIBRO
LAS CACTACEAS DE MEXICO

Por HELIA BRAVO H.

DEL INSTITUTO DE BIOLOGIA

Obra aproximadamente de 600 páginas, con más de 300 bellas fotografías originales tomadas en el medio donde naturalmente viven las Cactáceas, tan típicas de México.

ESTA DE VENTA EL LIBRO

NOCIONES DE OBSTETRICIA

por el Dr. FERMIN VINIEGRA

Precio del Ejemplar: \$10.00

Pídalos en la Editorial de la Universidad Nacional de México

Impresores

TIPOS

DE MADERA

- EQUIPOS PARA CARTELES -
PIDA CATALOGO

Alberto Rocha Arredondo

4^a LIBERTAD 139 - INT. 13

MEXICO, D. F.

cía. mexicana de luz
y fuerza motriz, s. a.



CASTELAN

M U D A N Z A S

MEJOR SERVICIO a MENOS PRECIO

Tel. Eric. 2-81-06 y 2-88-07

Capuchinas 5. Mex. L-08-20

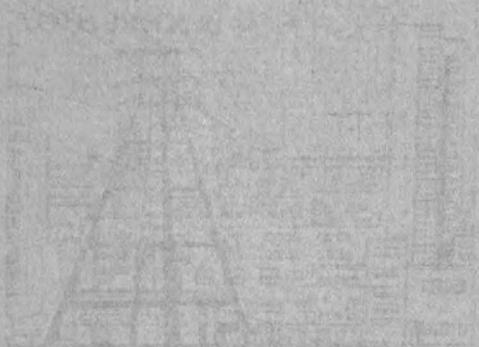
GRANDES CAMIONES ACOJINADOS

ESPECIALISTAS PARA TODOS NUESTROS TRABAJOS

Mudanzas - Pianos - Cajas Fuertes
- Maquinaria -

Carga por Tonelaje, Empaques y Maquinaria

Y TIENE BOMBA S. A.
CALLE DE LOS



TIPOS

DE MADERA
CORPUS PARA TERTIAS
UNA CATEDRA

Alfredo Boda Archibondo

LIBRETA 120 - 121 18

WESTING. D. F.

CASTELAN

M. F. D. A. N. V. A. S.

MEJOR SERVICIO A MENOR PRECIO
Cualquier cosa que se pida

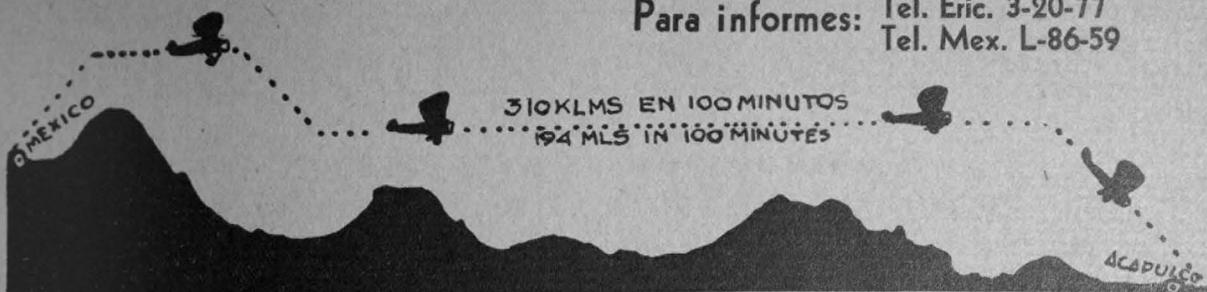
GRANDES CAMIONES ACORRADO

ESPECIALISTAS PARA TODOS NUESTROS TRABAJOS

Mudanzas - Pianos - Cajas Fuertes
- Muebles -

Carga por Tonelaje, Empaques y Manobras

Para informes: Tel. Eric. 3-20-77
Tel. Mex. L-86-59



AERONAVES DE MEXICO. S.A.

AVE. JUAREZ 80

MEXICO. D. F.

EL EBANO

FABRICA DE SILLAS Y MUEBLES
PARA OFICINAS Y ESCOLARES

PROVEEDORES DE LOS F. F. C. C.
NACIONALES

CASA FUNDADA EN 1880

TELEFONO
MEXICANA
J-21-34

Calzada de la Viña números 4 y 6

TELEFONO
ERICSSON
2-03-97

A P A R A T O S P A R A L A B O R A T O R I O

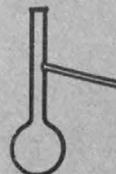
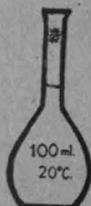
PYREX

EL CRISTAL SUPREMO
REPRESENTANTES PARA LA REPUBLICA:

Casa Mario Padilla

MOTOLINIA 16.

MEXICO, D. F.



Tel. Mex. 1-80-32
Tel. Mex. 1-80-32

STORMS EN LOS MONTES
PASEOS EN LOS MONTES

EL EBANO

FABRICA DE BILLYS Y MUEBLES
PARA OFICINAS Y ESCOLARES

PROVEEDORES DE LOS F.F.C.C.
NACIONALES

CASA FUNDADA EN 1880

ERISSAN
ERISSAN

Colonia de la Vía número 4 y 5

ERISSAN
ERISSAN

LABORATORIOS PARA LABORATORIOS

PYREX



REPRESENTANTES PARA LA REPUBLICA
CASA MORA PARRIS



BOGOTÁ, COLOMBIA

BANCO NACIONAL DE MEXICO, S. A.

FUNDADO EN 1884

CAPITAL: \$ 16.000,000.00

CASA MATRIZ: ISABEL LA CATOLICA 44. MEXICO, D. F.

OFRECEMOS AL PUBLICO NUESTRA EXPERIENCIA DE MAS DE **MEDIO SIGLO** DE SERVICIOS BANCARIOS, EN LAS SIGUIENTES DEPENDENCIAS

SUCURSALES EN LA CIUDAD DE MEXICO:

"Cinco de Mayo", Avenida 5 de Mayo número 32. "Merced", 8ª Venustiano Carranza número 145.
"Santo Domingo", Brasil y Bolivia número 2. "San Cosme", Esq. Ribera de San Cosme y Sta. Maria la Ribera.
"Tacubaya", Edificio "Ermita", Esquina Jalisco y Revolución.

SUCURSALES EN LOS ESTADOS DE LA REPUBLICA:

Aguascalientes, Ags.	Hermosillo, Son.	Pachuca, Hgo.
Celaya, Gto.	Irapuato, Gto.	Parral, Chih.
C. del Carmen, Camp.	Jalapa, Ver.,	Puebla, Pue.
Ciudad Juárez, Chih.	León, Gto.	Saltillo, Coah.
Ciudad Obregón, Son., Agencia.	Mazatlán, Sin.	San Luis Potosí, S. L. P.
Colima, Col.	Mérida, Yuc.	Tampico, Tamps.
Córdoba, Ver., Agencia.	Monterrey, N. L.	Tapachula, Chis.
Cuernavaca, Mor.	Morelia, Mich.	Teziutlán, Pue., Agencia.
Chihuahua, Chih.	Navjoa, Son.	Toluca, Méx.
Durango, Dgo.	Nuevo Laredo, Tamps.	Torreón, Coah.
Guadalajara, Jal.	Oaxaca, Oax.	Tuxtla Gutiérrez, Chis.
Guaymas, Son., Agencia.	Orizaba, Ver.	Veracruz, Ver.

LAS AGENCIAS DAN AL PUBLICO LOS MISMOS SERVICIOS QUE LAS SUCURSALES

Contamos con una extensa red de CORRESPONSALES en toda la República para nuestro servicio de **COBRANZAS**

Le interesa solicitar información

AGENCIA EN LA CIUDAD DE NUEVA YORK 52 WILLIAM STREET

CORRESPONSALES EN EL PAIS Y EN EL EXTRANJERO

SUPER-CERVEZA

MORAVIA

¡ORO DE LEY!

PARA LOS QUE CONOCEN Y PUEDEN PAGAR MAS

CERVECERIA MODELO, S. A. - MEXICO, D. F.

BANCO NACIONAL DE MEXICO, S. A.

CAPITAL Y RESERVAS

RENTAS Y DIVIDENDOS

ESTADOS FINANCIEROS

ESTADOS DE RESULTADOS

ESTADOS DE BALANCE

ESTADOS DE FLUJO DE EFECTIVO

ESTADOS DE VALORES AGREGADOS

ESTADOS DE RENDIMIENTO

ESTADOS DE RIESGO

ESTADOS DE SOSTENIBILIDAD

SUPER-CERVEZA

MORAVIA

ORO DE LEY!

PARA LOS QUE CONOCEN Y PUEDEN PAGAR MAS

CERVECERIA MODELO, S. A. - MEXICO, D. F.



E

N las horas libres, cuando concluye la provechosa labor mental de la cátedra, la grey estudiantil invade bulliciosamente el patio y los corredores de la escuela . . .

Es el momento de encender un cigarro MONTE CARLO N° 20, amigo fiel e inseparable de la juventud que cultiva el intelecto.



*Cortesía de la
Cia. Mofra. de Cigarros
"El Águila" S.A.*

DEPARTAMENTO DE ACCION SOCIAL
EDICIONES DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL

